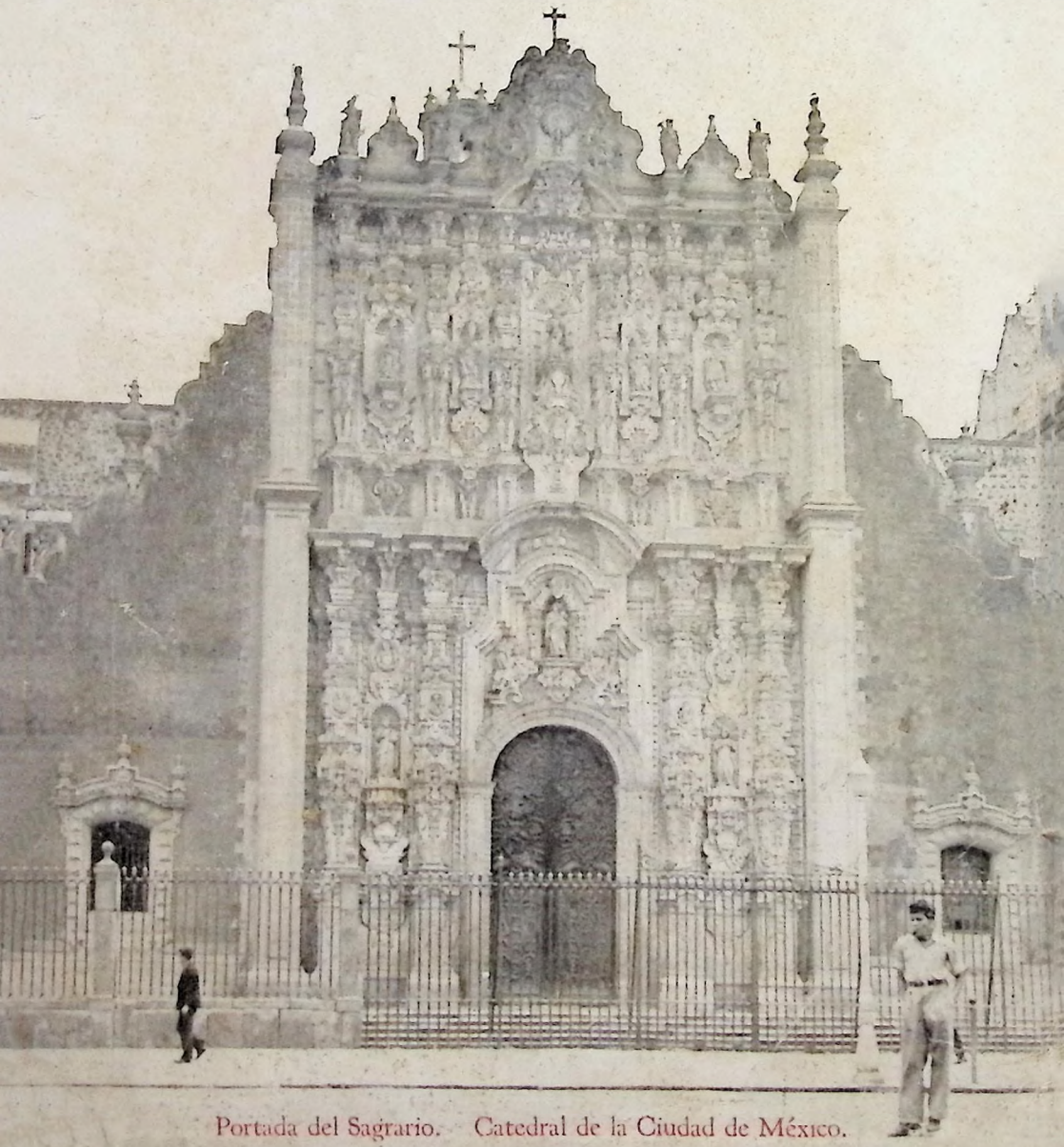
JACULATORIAS



Portada del Sagrario. Catedral de la Ciudad de México.

Dr. Vicente Dávila

JACULATORIAS

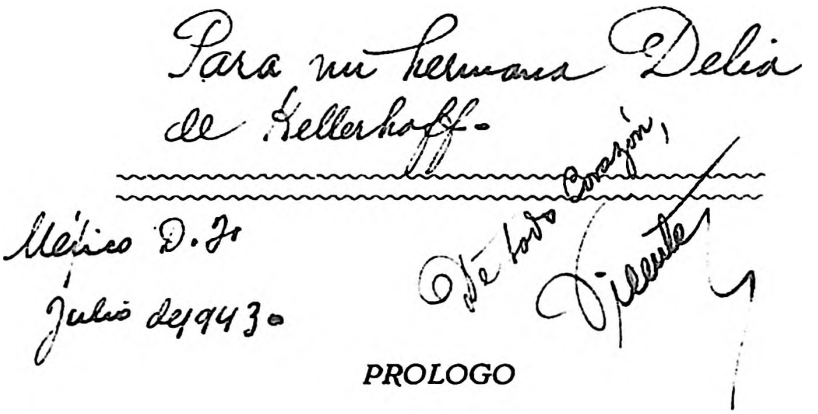
Tercera Edición
Aumentada

IMPRENTA MANUEL LEON SANCHEZ, S. C L.
M. R DEL TORO DE LAZARIN 7.
MEXICO, D. F.

Este ex libris obedece a la continua labor que, desde 1917, llevó a cabo el autor de estos estudios en los documentos del Archivo del General Miranda.

Dichos documentos los divulga en periódicos, revistas, folletos y libros que envía, junto con obras de autores venezolanos, a los principales centros literarios de la América hispana, y de otros países. Con los canjes del intercambio intelectual, durante más de una década, se ha fundado en el Archivo Nacional una Biblioteca pública de autores de habla española.

El ex libris se inspira, además, en el pensamiento capital de Miranda: la Emancipación de las Colonias hispanoamericanas.



PROLOGO

Este libro, devoto y galante, es una joya ambigua: prenda de amor pagano y de piedad católica: algo así como sarta de perlas, a la vez rosario y collar, que adornaría con gracia idéntica en horas de amorosos deliquios, para contento y gloria del amante humano o divino, el blanco cuello voluptuoso de una Margarita de Valois o la virginea mano ardiente de una Teresa de Jesús.

¿No extrañará esta mezcla de lo profano con lo santo? No es insólito que las mujeres guarden cartas de amores entre las páginas del devocionario o sagradas reliquias bajo las tibias sedas del corsé tentador.

Uno de los misterios psicológicos que más nos conturban es la íntima unión del misticismo y la sensualidad en las almas selectas. San Pablo, corazón de fuego, inteligencia de ángel, apóstol de la Cruz, asceta y virgen, se queja a gritos del estímulo de la carne que le acosa violento y tenaz. San Francisco confiesa que su corazón "se estremecía" cada vez que una mujer hermosa se arroja sobre espinas que le desgarran y ensangrientan. San Juan, el Crisóstomo, confiesa que su corazón "se estremecía" cada vez que se encontraba en las calles de Constantinopla con alguna de esas soberbias hijas de Eva que todo lo avasallan. A fe de los hagiógrafos, Santa Catalina de Sena, Santa Rosa de Lima, casi todas las Santas vírgenes, con hondo espanto de sus almas castísimas, sentíanse presas de carnales ardores a la vista del Esposo crucificado, blanco y bermejo, fruto dulcísimo

de amor, maduro y péndulo, en el árbol doliente del nuevo Paraíso; y hasta en la unión eucarística, con las mejillas encendidas y palpitante el pecho, solían padecer, aterradas por involuntarias sensaciones, deliquios inefables.

En ninguna otra parte el diente impío de la lujuria muerde al alma con tan cruda saña como en el yermo y en el claustro. Nunca visitaron la muelle alcoba del patricio romano visiones tan diabólicamente lúbricas como las que atormentaron a San Antonio en su caverna y a San Jerónimo en su gruta. Las pasiones de Fray Hernando, tan magistralmente expresadas por José Asunción Silva en su "Don Juan de Covadonga", arden siempre bajo las cenizas del hogar religioso. Rancé hizo echar fuera las palomas que poblaban con sus arrullos el huerto de la Trapa, donde solían pasearse, en silencio, los monjes.

El Cantar de los Cantares, poema erótico el más intenso de cuantos se han escrito y se escribirán hasta la consumación de los siglos, y donde se exalta el amor divino en la forma del amor humano, es tenido por la Iglesia Católica como libro sagrado, inspirado por Dios a Salomón que, acaso por ser el más sabio, fué también el más místico y el más sensual de los hombres. Libro todo él lleno de perfumes, de caricias, de besos, de suspiros, de ayes, de desfallecimientos y espasmos de amor: profundo símbolo del gozo infinito del alma en su unión mística con el divino Esposo.

Entre los innumerables comentarios que se han hecho, durante treinta siglos, de este sublime epitalamio, sin duda el más perfecto es el de San Juan de la Cruz. En efecto: nada más hondamente místico y a la vez nada más intensamente sensual que La Noche Obscura del santo carmelita. Sus páginas huelen a incienso y a mandrágora. En la sombra del regio tá-

lamo, la esposa "negra, pero hermosa", se desmaya de amores: y un reguero de estrellas fecunda el vientre de la noche inmensa. Es el fiat *genésico de la vida futura, de la vida divina, simbolizado en el inefable misterio de la conjunción sexual.*

El conflicto que existe entre los anhelos del alma y los apetitos del cuerpo no puede explicarse sino por el dogma cristiano del pecado original, que torció los instintos naturales del hombre, rompió en el ser humano la armonia entre el espiritu y la carne y tornó malo lo que Dios hizo bueno.

Desde luego, que el autor de "Jaculatorias" no se interna en tales honduras. Su libro no es un tratado de teologia mistica sino gentil ritual de devota galanteria. Dedicado a las damas, contiene en flor la savia de la cruz. Es un ramo de flores misticas, cortadas en los prados de la leyenda, para obsequio de la hermosura. ¿Lo inculpará de paganismo la censura farisaica?... También entre los lirios y las rosas del jardin monacal florece el mirto griego, amado de Afrodita.

No encuentro mal en que nuestro lirico hagiógrafo ruegue a los Santos que le sean propicios para con el corazón de la Amada. Ellos también saben de amores y protegen los afectos puros, que Dios bendice. San Francisco de Sales, con su pluma de miel y oro, redactaba cartas de amor para la novia de su secretario.—"Esto es, hijo mio, lo que habéis de decirle".

Tenia yo catorce años cuando amé por vez primera. Ella apenas contaba once. Nada más inocente que aquel amor de niño. La Catira—asi la llamaban familiarmente—sabia muy bien que la adoraba, aunque yo nunca se lo dije, a pesar de la intimidad en que viviamos. Y en mi pura fe de adolescente, todas las noches, antes de acostarme, dirigia a la imagen de la

Virgen esta ferviente súplica: ¡Virgen Santísima, haz que ella me quiera!

Pero mis jaculatorias se perdieron, con mis ensueños juveniles, en el lejano azul del cielo. Nos separó el destino: pasó el tiempo... Yo me hice sacerdote. Ella fué esposa y madre... y ya duerme en la tumba, cerca de los senderos que tantas veces recorrimos juntos, de niños, cogiendo cundeamores que ella mordía, riendo, y que al desgarrarse parecían corazoncitos de oro vertiendo sangre.

CARLOS BORGES.

Caracas, Venezuela, marzo de 1919.

OFRENDA

La tercera edición de "Jaculatorias" es en homenaje a las bellas e intelectuales amigas mexicanas del autor. Que es "gentil ritual de devota galantería", como bien dice el Pbro. Carlos Borges, que prologó la primera edición.

La portada de la segunda es mundana, propia de un solterón que había pasado su primera juventud, quemando orobias en el altar de las hermosas.

Pero han transcurrido varios lustros desde aquel entonces. Y todo lo que fueron praderas de rosas y azucenas, donde sólo florecía la ilusión, hoy son campos de trigo, donde el grano se cuaja en espigas doradas. Y la siega del fruto en sazón llena las trojes del hogar. El hortelano cultiva su predio, que riega con el agua lustral de su cariño.

En andanzas de estudio viaja por los pueblos de América, y trata de saturar su espíritu con la esencia de las cosas: las bellezas naturales y las creaciones del arte. Y en ningún país del nuevo Continente ha encontrado ni más cosas bellas ni más grandiosos monumentos, que en la nación mexicana.

Las ruinas de las civilizaciones antiguas que hallaron los conquistadores, muchas de ellas en escombros, pertenecen a los arqueólogos y a los Museos, y hoy sirven de estudio y de admiración a los visitantes.

Pero las obras del arte cristiano, fruto de la piedad y consagración de millares de hombres, fueron,

son y serán el rico patrimonio que heredó el pueblo mexicano. Conservarlo íntegro es el orgullo de sus habitantes. Que si México tiene ese valor auténtico, reconocido por todos los extranjeros, es sólo por sus Palacios, sus Templos, sus Monasterios y sus Capillas sembrados en toda la haz de la República.

Los constructores de esos monumentos fueron obreros humildes, pero inteligentes, ilustrados y con usos y costumbres de Santidad. Trabajaron en obras centenarias y en nombre de su Dios. Poblaron yermos y en sus capillas, escuelas y colegios civilizaron al indio nómade y salvaje y educaron al criollo y al mestizo, mexicanos auténticos desde la conquista.

Y esos humildes obreros, de la Iglesia y las congregaciones religiosas, fundaron pueblos, educaron hombres y echaron las bases de esta gran nación. Por sus manos de artistas pasaron enormes piedras de canteras y toscos leños de bosques, y salieron portadas, arquerías y retablos que son pasmo y admiración de los hombres de letras, de ciencias y de artes.

Fácil es comprender que todos los mexicanos sean guardianes de sus monumentos, que son gloria nacional. ¡Que si un día de público quebranto hubo algunos que destruyeron obras de arte, hoy se juzgan fríamente como si una onda de locura hubiese trastornado sus ideas!

Que no están en el caso de Hitler, que ha jurado destruir pueblos y monumentos de arte y de belleza. Aquel bárbaro, enloquecido de orgullo y de soberbia, creyó que bastaba en Europa la sola civilización alemana, y por eso ha pretendido destruir las otras.

El suscrito, bajo la influencia de tantas bellezas de portadas de templos y palacios, estampa aquí la

del Sagrario. Luce esta encajeria de canteras nacionales, al lado del frontispicio de la Catedral de México, una de las más suntuosas Catedrales del Continente americano.

VICENTE DAVILA.

México, D. F., mayo de 1943.

I

EL ESTILITA

En los primeros siglos del cristianismo el fervor de aquellos iluminados de la gracia excedió a todo humano martirio, y los tormentos, aun los más crueles, se tuvieron en poco para el flagelo del cuerpo pecador.

En esa falange de obreros del espíritu, entre esos hermanos de los filósofos antiguos, ninguno más osado en los medios de tortura, ninguno más ingenioso en el cilicio corporal, y ninguno más sutil en purificar, a fuerza de oración y de piedad, el vaso de la carne, como aquel Simeón El Estilita.

Nació en Siria, Asia-Menor, por los años de 392.

Tenía 13 de edad cuando predicaba el Sermón de la Montaña un elocuente orador, y despertando en él lo que llevaba de místico y sagrado, corrió al desierto a comenzar su vida penitente.

El monasterio se escandalizó con los tormentos extremos del torturado de la fe, y pronto dejó el claustro.

Buscó la cumbre de un monte, en donde se fabricó un pequeño círculo de cal y canto, sin techo y sin abrigo, a fin de que la inclemencia de las estaciones calmase la sed de martirios y expiaciones que devoraba su alma atormentada.

Agregó gruesa cadena al pie, cosa que le obligaba a no abandonar el sitio que la intemperie completó con rachas de nieve y rayos de quemante sol.

No contento con este género de tortura, imaginó

una columna de cuatro pies de altura y sobre ella pasó unos cuantos meses.

Pronto la abandonó por una nueva de seis varas de alto, en cuyo plano superior duró diez años.

Una tercera vino de once varas y en ésta permaneció catorce años; y por último, en otra de veintiuna varas terminó sus días.

La base superior de estas columnas era de un diámetro de cuatro pies, circundada por un parapeto que daba a la cintura del penitente, de tal modo que tenía de permanecer de pies, de hinojos o recostado al pretil.

Sobre su cabeza el cielo; y a sus plantas una multitud que había atraído de todas las naciones la fama de este varón de martirio y piedad tan singulares, que llenaba el siglo con su nombre.

Aun este nuevo martirio en sus últimos días lo exageró, permaneciendo sobre un pie, como aquellos flamencos que se miran a orillas de los estanques descansando sobre una extremidad. Esto le aumentó las mortificaciones corporales.

Cuentan que la multitud, sedienta del agua de la gracia y hambrienta del pan del milagro, se sucedía alrededor de El Estilita formando un pueblo en romería piadosa.

Y fueron cuarenta y siete mortales años el tiempo que permaneció este hombre singular sobre su columna, semejando una plegaria hecha espíritu en vaso corporal que lentamente se extinguía.

De sus labios caían palabras de amor y de consuelo que fortalecidas con su ejemplo, llegaban al corazón de los desolados con alientos de vida.

Hoy se ve el mismo hecho, de tantas sombras y visos leyendarios, cuando se visita la Gruta de Lourdes. La multitud acude presurosa a la fuente del mi-

lagro, y allí encuentra la clave del misterio después que la ciencia dijo su última palabra.

El nombre de El Estilita, llamado así por su columna que semeja el *Stilus* de los Griegos, ha pasado a la Historia con toda la rareza y originalidad que caracteriza la vida del siriaco Simeón.

Hay crispatura de nervios al pensar en la sola posibilidad de permanencia de medio siglo sobre un lugar estrecho, elevado, al descubierto, y siempre en oración; predicando a las muchedumbres y en suplicio de tormentos y torturas.

Este género de martirio hace pensar en la vida regalada de los habitantes de la antigua Sibaris, que también fundaron escuela. Una vez decía un Sibarita: "no me fué posible conciliar anoche el sueño, porque un pétalo de rosa caído sobre la sábana del lecho me mortificó en demasía."

Cavilando en las horas en que tú ocupas más el pensamiento, se encuentra un símil real en la vida de El Estilita con la pasional de los mortales.

Es que para hacerse digno de ese dios que tan bien sabe recompensar a sus creyentes, es preciso levantar sobre el corazón columna formada de cariño, de sacrificios generosos, de piedad y de perdón, y sobre ella, nuevo Estilita, colocar la imagen de quien tortura, a fin de purificar en la vida del amor la arcilla pecadora.

JACULATORIA:

¡Concede, oh Dios Amor, al mortal que te invoca de hinojos, sobre columna que el afecto levantó canto a canto en el pecho de la mujer, sea siempre oficiante en tus altares!

Y como para entrar en tu recinto es menester purificarse, ¡haz que el labio de la mujer, piscina pro-

bática de prevaricaciones amorosas del hombre, purifique en sus lustrales aguas las faltas del suplicante después de sus caídas! Amén.

San José de Cúcuta, Departamento Norte de Santander, Colombia. Agosto de 1914.

II

LA ANGELICA

El hada del milagro tejió en el estambre de la vida de Santa Rita de Casia, los legendarios prodigios que se cuentan de esta hermosa de Umbría, desde antes de venir al mundo.

Sus padres eran ancianos cuando a fuerza de oración consiguieron este brote de amor tardío; vino a la vida sin que el dolor, fruto de maldición paradisíaca, desgarrase las entrañas maternales; y siendo niña, allá en la cuna, enjambres de abejas entraban en su boca dejando al salir la miel de sus panales.

La originalidad inspirada en su nombre Rita, que significa recto, fué un símbolo de su vida ejemplar en la rectitud de sus deberes.

Cuando llegó el tiempo convenido por sus padres para su matrimonio entró en él.

Tuvo por marido, como Santa Mónica, un hombre dado a la cólera y a la incontinencia.

Armada de paciencia y santidad, escudo defensivo de la mujer piadosa, soportó Rita la deshecha tempestad de golpes, injurias y reproches que durante doce años, cayó consecutivamente sobre su faz y espaldas mortificadas.

Al cabo de esta penosa prueba triunfó la santidad de la esposa; y en su hogar la calma sucedió a las borrascas de cólera y a las incontinencias del marido.

Vino luego la muerte trágica de éste, y entonces se consagró por entero al cuidado de sus hijos.

Pronto murieron éstos y una vez sola, la vida de claustro fué su anhelo.

Rita, patrona de las mujeres que tienen por maridos hombres groseros y golpeadores, continuó en la viudez vida ejemplar y meritoria.

Llamó a las puertas del monasterio que había en Casia, y fué rechazada hasta por tres veces.

La tercera repulsa la hizo convertir su casa en claustro. Estando en oración, en medio del éxtasis, tuvo aparición de tres varones celestiales que conduciéndola por escarpada ruta, la dejaron dentro del monasterio de Casia a despecho de los cerrojos de puertas y ventanas.

Ante el hecho prodigioso tuvieron de aceptar a la que habían rechazado en varias ocasiones.

La vida de esta santa mujer enseña que en la consecución de sus propósitos, y una vez puesta de pies en la dificultad, nada la detuvo: fatigó la paciencia, agotó la tenacidad, y apeló, cuando necesario fué, a la audacia del prodigio hasta que el triunfo coronó su intento.

Una vez en el claustro su vida de asceta fué aún más severa que en sus etapas anteriores.

El fuego divino abrasó de tal manera su corazón que en desmayos de amor y en deliquios de ternura, pasaba la mayor parte de las horas sobre las frías baldosas de su oratorio.

A pesar de haber sido esposa y madre permaneció casta; por eso sus contemporáneos le dieron el nombre de Angélica.

En uno de sus desmayos, fué tan intenso el deseo que tuvo de sentir sobre la frente la misma pena que el Salvador sintió, cuando la corona de espinas

desgarró sus sienes, que al instante un vivo dolor, como aguda espina, taladró su frente; y en llaga incurable quedó para siempre convertido su deseo de tortura.

El tormento que cada día le ocasionó esta úlcera sostenida en estado canceroso por su anhelo de martirio, fué un prolongado padecer que purificó más aún la frágil envoltura que a fuerza de oración se consumía.

A medida que se hacía más espiritual, se presentaba al mundo como oráculo de la fe, pues su clara inteligencia comprendía mejor, a través del sufrimiento, las cosas que atañen al misterio.

En 1456, después de larga enfermedad, rindió la vida en brazos de su dios. El prodigio la siguió en su última morada: cuentan que la úlcera, cerrada a tiempo de morir, brilló mucho después por entre las grietas de la tumba cual una estrella.

Jaculatoria:

¡Hermana en las dificultades! ¡Concede a quien te invoca la virtud de tu paciencia, para poder soportar injurias de cosas, de hombres y de dioses!

Que al tocar en ventanas de corazones y en puertas de fortuna, si en rechazo, hasta por nueve veces, contestasen dioses y mujeres, ¡alienta tú, Rita de Casia, el ánimo abatido!

Y en alas de tu aliento, y por sobre puertas y ventanas con cerrojos, como un francés en asalto de fortaleza alemana, corona la empresa de tu hermano en las dificultades.

Logrado el propósito graba en el dintel de la fortuna y la mujer la huella del suplicante, ¡cual esa espina de dolor que hirió tu frente de martirio! Amén.

Cúcuta, Septiembre de 1914.

III

EL HOSPITALARIO

En 1495, cuando Europa aplaudía a Colón por su descubrimiento de América, nacía en Portugal un niño que, hortelano del huerto de caridad, vendimiaría más tarde frutos opimos de lágrimas y bendiciones de aquellos desheredados, a quien iba a ofrecer techo hospitalario, pan para su hambre, vestido a su desnudez, y un bálsamo que calmase su dolor.

Sus padres eran humildes pero de inclinación altruísta. Niño todavía siguió a un sacerdote que se hospedó en su hogar; luego viéndose abandonado, se hizo zagal y compañero de un pastor en la faena de los rebaños.

Cansado de la vida campestre, sentó plaza en las huestes de Carlos V que combatía a los franceses. Más tarde por asuntos de disciplina militar estuvo sentenciado a la horca; le salvó la intercesión amistosa; vuelto de nuevo a la vida pastoril, pronto tuvo de abandonarla.

Muertos sus padres durante la ausencia y cansado de la mundana vida, salió en busca del martirio a tierra de Musulmanes y pasó al Africa. Allí con los cautivos inició su vocación piadosa.

De regreso a Gibraltar tuvo visión: Jesús se le apareció, y mostrándole una granada abierta con la Cruz en el fondo, le dijo: *Juan de Dios, Granada será tu Cruz*. De ahí adelante cambió su nombre de familia Juan de Robles por el de la visión.

Una vez dentro de la ciudad que el Darro y el Genil bañan con sus aguas, y bajo la influencia del predicador Juan de Avila, confirmó su vocación definitiva. salió del templo dando gritos y humedeciendo las baldosas de las calles con sus lágrimas; todo esto en tan completo desorden, que le tuvieron por un loco.

Pasada la crisis del arrepentimiento, el contrito Juan alquiló una casa en Granada y se dedicó, desde aquel instante, a recoger enfermos y pobres abandonados.

Fué el año de 1536 cuando se creó este primer establecimiento de caridad y se fundó la Orden de los Hospitalarios.

Juan se consagró con todo el esfuerzo de su alma a cuidar de los muchos enfermos que tenía, de tal modo, que en pocos años llegó a ser universal su nombre de fundador de Hospitales.

Su caridad inagotable socorría a familias vergonzantes, a doncellas abandonadas y aún a mujeres perdidas.

Todo lo hacía con las limosnas que diariamente imploraba el santo varón en la ciudad.

Cierto día, a tiempo de tender la mano para la demanda del óbolo piadoso, un disoluto levantó la suya dando una bofetada al hombre de la humildad: por toda respuesta le presentó la otra mejilla.

El torpe insultador quedó corrido y avergonzado.

Cuando en 1550 llegó el momento de entregar su espíritu al Creador, estaba definitivamente fundada La Hermandad de la Caridad; y al desaparecer Juan de Dios como mortal, dejó en la historia de su vida un símbolo viviente de la piedad humana, antorcha luminosa que ha venido incendiando los sentimien-

tos altruístas de los que saben compadecer al desvalido.

Los visitantes de la Alhambra mora en Granada de Andalucía, también deben de conocer el Hospital de San Juan de Dios, el primero en su género, y construido en 1552, dos años después de muerto el Santo.

Allí verán de hinojos con un Cristo en las manos, cubriéndolo de lágrimas y besos, a semejanza de la pecadora arrepentida, al fundador de los Hospitales: así terminó sus días. Los restos se veneran en la capilla del edificio.

Cuando se visitan lugares consagrados por la piedad y la grandeza, de quien supo inmolarse en servicio de la humanidad y en aras de generoso altruísmo, se siente el hombre herido en su habitual egoísmo, y comprende con dolor la infinita pequeñez de su alma y la inútil tarea de su vida y de su afán.

Y es en esos sitios, cuyo ambiente respirable embalsama el corazón, donde el viajero ofrece cultivar en el campo agreste de sus luchas, flores propiciatorias al olvido de las ofensas, y frutos de consolación.

JACULATORIA:

¡Concede, hermano Juan, un rayo siquiera de tu antorcha hospitalaria, a fin de que se consiga la fundación de un sanatorio para los tuberculosos indigentes, que tanto ha menester la Patria de quien te implora!

Inspira tú, a los que puedan llevar a cabo el pensamiento generoso, la utilidad y el bien común que se desprende de la hospitalización de esos enfermos,

cuya silueta amenazante cruza ciudades, pueblos y campiñas propagando su contagio.

Que tu nombre, ¡Juan de Dios el Hospitalario, proteja el sanatorio, cuando éste sea en la cumbre de la montaña una realidad consoladora! Amén.

Cúcuta, Octubre de 1914.

IV

LA LIMEÑA

Semejante a Rita de Casia vino a la vida sin que el dolor hiriese el seno maternal.

Su nombre de Isabel trocado fué por el de Rosa a causa del prodigio: siendo aún de tres meses, un dia vieron los que a su casa se acercaron que el rostro suyo semejaba fresca rosa.

Pequeñuela todavía la gracia que la inundaba dióle valor para soportar, cual filósofo estoico, las varias incisiones hechas por motivo de enfermedad.

Todas sus partes punto por punto de extremada belleza, fueron razón de pleito homenaje para el intento de los muchos pretendientes.

Hidalga de nacimiento, de gentil continente, y virtuosa asaz de suyo pasó por el mundo sin que éste pudiese ajar sus alas, ni manchar en punto alguno sus pétalos de rosa.

La repulsa que dió a la demanda conyugal motivada por haberse consagrado a su Jesús, irritó el ánimo de sus padres hasta el punto de echarle encima los oficios de servidumbre.

Al fin se avinieron aquéllos con Rosa y ella triunfó en el empeño suyo.

Habiendo en Lima a esta sazón varias congregaciones religiosas, fué solicitada por algunas de ellas.

A tiempo que era esperada en un convento adonde se encaminaba, y donde tenían pensado dejarla mal su grado, hubo de entrar en una capilla donde en sazón le vino el milagro en su ayuda.

Una vez hincada de rodillas quedóse inmóvil. Nada bastó para levantarla; por donde se dieron a entender los que acudido hubieron, que debían respetar lo que Rosa había determinado de hacerse: religiosa de la tercera orden de Santo Domingo, como Catalina de Siena de quien gustaba seguir sus pasos.

Este hecho milagroso dió al través con las importunas pretensiones de las comunidades limeñas.

En celda que se hizo al efecto en lo más apartado del huerto suyo, entregóse a solas a su vida de ascetismo.

Prohibido que le fué el azote con gruesa cadena, la ciñó luego hasta por tres veces a su cintura, unió sus extremos con candado, y haciendo perdidosa la llave de éste propónese que al encarnarse el cilicio en su blando cuerpo no se pudiese quitar de sobre ella.

Así se acrisolaba y aquilataba en el martirio la rosa más bella de los jardines peruvianos, en la tierra del sol padre de los Incas.

Tal vez solicitó, rogó, importunó de una criada suya que vapulase y ultrajase sus desnudas carnes: corona de estaño incrustada por de dentro en púas de metal, ceñía la frente hasta bañarse en sangre.

Y aun así no veía colmo el vacío de sus ansias de martirio.

En conversaciones con su dios oyó Rosa la voz de Jesús que la demandaba por esposa; y recibió de manos suyas el anillo de sus bodas.

Mas en esta alma toda pureza vínole la tentación a cuento.

Poseída a estilo de las antiguas posesas de Palestina de espíritus inmundos, sus palabras de amor se anegaron en aguas turbulentas, puesto que la amar-

gura del corazón desbordóse en la copa de los labios.

Erase un torbellino de impurezas que surgía del fondo de sus entrañas, fermento de la carne insurrecta.

Al cabo de años de lucha desesperada triunfó el espíritu del bien sobre el espíritu del mal.

Y las rebeldías de los sentidos domeñadas fueron a impulso de paciente santidad.

Su palabra de consuelo y su óbolo de caridad no se hacían esperar donde era menester. Que puesto caso que forman parte de la piedad, y que hacen al propósito de la santidad, acudía Rosa a los menesterosos de Lima, y desgranaba sobre ellos sus bienes a manera de pétalos de rosa.

Nunca flor alguna del continente americano lució mejores galas, ni exhaló perfume de mayor exquisitez, ni se atavió de más bella primavera, que esta rosa del jardín limeño: especie de virgen inca ante su padre sol, alentada por el espíritu del dios de los cristianos.

El año de 1677 cuando llegó el día en que tuvo de morir era de hasta edad de 31 años.

Terminó sus días presa de dolores mortales: flor de sacrificio que sahumó sus pétalos en la pira del martirio para dar perfume al holocausto.

JACULATORIA:

¡Rosa fragante de los jardines de egregios incas; que siendo conquistadores de un Imperio fueron a su vez, en hora menguada para ellos, conquistados por férreos españoles en nombre del Cristo y de la espada!

¡Hermoso brote de dos razas de guerreros! Concede al cuerpo de la amada la eficacia de tu cadena de martirio, de modo que sienta la pasión del suplicante, si de sentirla tiene, como sentías tú los eslabones incrustados en tus carnes cual zarpas de fiera.

Y cuando de acercarse tenga a la turgencia de sus senos, ¡efluvio turbador inunde los sentidos de quien te invoca, hasta caer embriagado en el regazo de ella olvidando así las penas de la vida! Amén.

Cúcuta, Octubre de 1914.

V

LA PALERMITANA

Nació trayendo en sus venas sangre principesca de los Carlomagnos, los Rogers y los Enriques.

Todo cuanto la llenaba de esplendor en la corte siciliana, era motivo para ella de un mayor desasimiento de las cosas de la vida.

Como el orgullo, vanidad y ambiciones tenían a una vacíos los aposentos de su cabeza de mundanos deseos, tendían sus espíritus con ímpetu violento hacia el retiro y la oración.

Convencida que estaba Rosalía de que el cielo se gana, lo mismo que las conquistas de los hombres, a fuerza de brazos, "porque el cielo padece fuerza", partió al punto de concebido el intento adonde juzgó más fuerte la batalla.

Y allá en la cumbre del monte de Quisquinia, distante de Palermo, halló lo que inspirádole había en sus adentros la gracia de su dios: cueva estrecha de rocosos peñascos, que adornados a lo brutesco, presentaban refugio no para fieras, que han menester en sus cubiles de cierta holgura, sino para aquella delicada Palermitana, que en mística ansiedad ansiaba el tormento de sus sentidos, de tan ruda y original manera.

Entrado que hubo por la angosta puerta de la gruta, y tendida una por una sobre desnuda piedra que le sirvió de lecho, besaba el crucifijo que apretujaba contra el pecho; y tornaba a abrazarle otra vez y otra

vez tornaba a ofrecerle la virginidad de su alma y de su cuerpo.

En aquella rocosa soledad donde no había ruido alguno de los hombres, y adonde las mismas fieras no llegaban; viviendo de yerbas y raíces, y en plenitud de extáticos transportes, fueron las nupcias de Rosalía con su divino esposo sobre desnuda piedra, que ella bien se sabía eran rosas de eucarística blancura la sábana que cubría el lecho, que era altar, que era tálamo, y que era sepulcro al mismo tiempo.

Causas que se ignoran la obligaron a abandonar la gruta del Quisquinia; fuese entonces al monte llamado Peregrino, quizá más áspero y fragoso que el primero.

En celda, formada como de intento, de las quebraduras de las peñas, y que le vino de molde al propósito de Rosalía, tanto más estrecha la entrada de la gruta cuanto más medroso era el aspecto de la caverna, determinó la Santa de acabar dentro de ella con sus días.

El tiempo que pasó en íntimos coloquios con Jesús en el tálamo de amor de aquella gruta, húmeda del humor de sus paredes, y abrigada del calor pasional de Rosalía, ignorado fué para sus compatriotas los sicilianos.

Debió morir, según se desprende de crónicas cristianas, abrazada al crucifijo, y consumida en ansias inextinguibles del amor divino.

Los Palermitanos perdieron las huellas de la Santa de Palermo por más de cuatro siglos, hasta que un día, estando en grave mengua la ciudad a causa de epidemia mortal, invocaron su nombre como por ensalmo, y al punto mismo acaeció el milagro: su enjuto cadáver, en abrazo estrecho con Jesús, y sin

más túnica que hermosa cabellera, hallado fué en la cumbre cavernosa del monte Peregrino. (1)

Desde aquel punto la epidemia cesó, y la Palermitana continuó desde el año de 1624, que fué el de la invención de su cadáver, sirviendo de amparo y egida a sus compatriotas en dias de público quebranto.

JACULATORIA:

¡Peregrina Palermitana, que en gruta solitaria del monte Peregrino consumiste tu espíritu y tu cuerpo en ardorosa pasión de nupcias místicas!

¡Acude al peregrino a fin de que en la gruta húmeda y tibia que tiene de encontrar en el monte Peregrino del amor, halle como tú, tálamo de nupcias siempre idealizadas y renovadas siempre; donde descansar pueda de la fatiga diaria y tomar aliento, en labios de mujer, hasta el final de la jornada! Amén.

Cúcuta, Noviembre de 1914.

(1) *Este es un caso de telepatía frecuente en épocas de de pública ansiedad.*

VI

EL SOLITARIO

A fines del siglo IV vino a la vida Abraham, amante de la soledad y del silèncio claustral, en el país oriental de la Mesopotamia.

Sus padres que disfrutaban cuantiosos bienes de fortuna, para distraerle de la vida religiosa a que aspiraba concertaron su enlace.

Una vez celebrado éste, y en la misma noche de sus bodas, desapareció del hogar; al cabo de varios días dieron con él en una cueva cerca de Edesa, su pueblo natal.

Ni súplicas, ni ruegos, ni amenazas de padres y esposa lograron disuadirle del noble propósito que tenía resuelto: quedarse definitivamente aislado y solitario en la cueva que convirtió en celda monacal.

Tapió la entrada de ésta dejando sólo una ventanilla por donde le entraban alimentos en ciertos y determinados días.

Todo lo que impetró de los suyos fué que no volviesen a importunarle con su presencia: para concluir allí su vida de asceta le bastaba la de su dios.

En su celda pasaba los días y las noches orando y en rigurosa penitencia. Del mundo le acompañaban una túnica para su desnudez, una escudilla para su alimento, y una estera de juncos para el menguado descanso que se permitía.

Se murió a los veinte años y permaneció en la celda cincuenta.

Solas dos veces rompió el idilio con la soledad:

una, y eso por imposición del obispo de su patria, para convertir a un pueblo de idólatras; y otra, para arrancar del vicio a una prima suya que del desierto, donde se purificaba, había huído con mundano hombre. En ambas empresas salió vencedor. Después, nada ni nadie consiguió arrancarle de la vida contemplativa.

En el transcurso de medio siglo que duró su penitencia, San Abraham llegó, a fuerza de oración, abstinencia y cilicios, a transformar la arcilla pecadora de su cuerpo en una especie de hostia propiciatoria, que cada día ofrecía en holocausto incruento cual piadoso desagravio de las crueldades de los hombres sus hermanos.

Cuando se leen páginas de historia el pensamiento descansa de la fatiga del mal con estos ejemplos de varones abnegados, que supieron sacrificarse en aras de compensaciones generosas, a la manera de los lirios del valle y de los cirios de altar votivo, que se marchitan y consumen para alumbrar y embalsamar la nave de cristiano templo.

¿Acaso la vida de estos seres, hechos de piedad y sacrificio, no sirve de contrapeso en el balance de la humanidad cuando se liquidan los inmensos errores de los hombres?

Es de creerse que la vida de un asceta cual la de este Solitario, pesa tanto en la balanza de la equidad moral, que compensa las de los malvados que vivieron en su época.

Sucede en esto lo que con los genios: que piensan por los millones de hombres que dejan de pensar.

Después de muerto El Solitario allá en la celda, muchas generaciones, según las crónicas de Edesa, vieron brillar en noches de tormenta una luz fulgente y viva en el fondo de la gruta.

Era un jirón desflecado de la túnica del Santo, cuya virtualidad para el milagro se perpetuó en etapas de siglos.

JACULATORIA:

¡Oh santo varón del silencio, que en celda de amor y sacrificio consagraste tu vida a la quietud del claustro!

¡Atiende a la súplica de quien ama la soledad y el silencio en clausura de mujer!

¡Deja caer de tu sayal de penitencia suave resplandor, que abrigue y que ilumine con su lumbre virtual la gruta apetecida!

Así no sentirá el suplicante, una vez dentro de ella, el frío desamor, dándole tú de prestado el jirón de tu leyenda, que por siglos alumbró tu celda de solitario. Amén.

Cúcuta, Noviembre de 1914

VII

EL MANTUANO

En apremiante situación para la madre se presentó a la vida el Príncipe de Mantua; mas el voto que ella hizo resultó eficaz porque su hijo, desde tierna edad, se consagró a la virtud.

En la corte de Florencia a trueque de juegos infantiles tuvo resoluciones de hombre; y como la promesa materna fué fecunda, a los siete años se prometió no jugar juego alguno; a los nueve, hizo voto de perpetua castidad; y a la misma edad se impuso no mirar nunca más rostro de mujer.

Vuelto a la corte de Mantua, de donde le habían enviado sus padres creyendo alejarle sus ideas, pretextando ahora mala salud se retiró de ella: buscó refugio en la oración, el ayuno y el cilicio. A pesar de ser un niño se mortificó de tal manera, que las paredes de la celda salpicadas se vieron de su sangre.

El Marqués, su padre, le envió a la corte de Felipe II. Allí puso en práctica su última resolución: meterse a religioso. Entró en la Compañía de Jesús.

Todo lo que humanamente puede hacerse para desviar a un joven de la vida religiosa, lo hicieron los padres de Luis de Gonzaga a fin de alejarle de su vocación definitiva.

Ni halagos, ni promesas, ni lágrimas, ni súplicas, ni enojos, nada capaz fué de que cejara en su empeño piadoso el Príncipe de Mantua.

Al cabo de estéril lucha cedieron los suyos, y Luis se entró en el noviciado cuando apenas tenía 18 años.

Una vez allí se excedió a sí mismo en el cumplimiento de sus deberes de jesuíta, llegando a tal extremo sus escrúpulos, que se castigó severamente la falta de haber mirado el rostro de un hermano suyo durante el noviciado.

Muerto para el mundo, olvidó por completo su patria y sus mayores.

Ninguna renunciación más definitiva ni más rotunda de las humanas cosas que la de Luis.

Como el superior le obligase a disminuir el fervor en la oración, a causa de los muchos dolores que le ocasionaba, encontró el remedio peor que la enfermedad: el esfuerzo que hacía para no pensar en su dios, era mayor que el mismo pensamiento.

Llegó a tal punto la mortificación de sus sentidos, que casi perdió el uso de ellos.

Sólo la sensibilidad quedó vibrando en él; con frecuencia el rostro se le encendía al solo nombre de las cosas de su dios: igual sensación experimentaba ante el brillo de una estrella que al sentir el perfume de las flores.

Nunca las Mantuanas vieron en las orillas del Mincio un lirio ni de más exquisitez en sus pistilos, ni de pétalos más blancos que este humano lirio de santidad.

Jamás en sus lacustres aguas hubo cisne de mayor albura en su plumaje, que este mantuano cisne de eucarística piedad.

Y en parte alguna de los etruscos montes cruzó, durante la rudeza del invierno, armiño de nevada piel más limpio que este armiño, todo él de purísima blancura.

Ni siquiera la sombra de una impureza manchó los pétalos del lirio; ni efluvios del pecado consiguieron del cisne humedecer sus plumas; ni hubo estío pasio-

nal para tornar en parda la piel del blanco armiño. (1)

Todo él fué blancura: blanca la piel, y su alma blanquísima también. Albos sus deseos, y sus pensamientos todos de blanca castidad.

Al tercer año de haber profesado en la Compañía de Jesús, y afligida Roma por la peste que la diezmó, el de 1591, Luis se consagró por entero al socorro de los apestados.

A la cabecera de éstos semejaba blanca aparición calmando, con sus ungüentos y medicinas, la frente calenturienta de los enfermos.

La epidemia no lo perdonó; y toda Roma miró consternada el desmayo del lirio de Mantua en brazos de la muerte.

Magdalena de Pazzis vió en uno de sus éxtasis el vuelo del mantuano cisne a la eternidad.

Murió de solos 23 años.

JACULATORIA:

¡Inspira tú, oh blanco cisne del mantuano Mincio, víctima que fuiste de una peste igual en su infortunio a la que acaba de azotar a la ciudad de Santiago de León, a los hombres a quien atañe, a fin de que, tomando enseñanza en el flagelo de hoy, se aperciban de lo que han menester para el mañana!

¡Incúlcales tú, desde la cumbre del altruismo cristiano donde moras, la necesidad de mejorar al proletariado construyendo barrios para obreros, y edifi-

---

(1) *Sabido es que en la estación estival trueca en parda la blancura del armiño.*

cios capaces donde puedan hospitalizarse los apestados, cada vez que un nuevo azote hiera la ciudad del Avila!

No olvides, ¡oh Luis de Gonzaga!, esta petición del suplicante. Amén. (2)

Caracas, Diciembre de 1918.

(2) *El Gobierno de la República, con fecha 24 de Enero de 1919, decretó la construcción de un edificio en los alrededores de Caracas para hospitalizar a los apestados.*

VIII

LA PECADORA

A la muerte de sus padres tocó a ésta el Castillo de Magdalo a orillas del Tiberíades, y a Lázaro y a Marta la posesión de Betania, cerca de Jerusalén.

Alma pagana, cuerpo hermoso e inteligente para el placer. Sólo pensó en llevar vida de cortesana; y escándalo viviente que era, la apellidaron sus amigos: La Pecadora de Galilea.

Por aquel tiempo pareció Jesús en la Judea. Lázaro y Marta, ya sus discípulos, suplicaban al Maestro por la conversión de Magdalena, la hermana licenciosa.

Lucha interior había en el corazón de ésta a causa del hastío ocasionado por el desorden de su vida.

Cuando supo que el Taumaturgo galileo predicaba en Cafarnaum, cerca de Magdalo, fué a él, y su palabra conmovió su corazón.

Espió ocasión oportuna para hacer pública su conversión, que pública era su vida de cortesana.

Estando Jesús en un banquete en casa de Simón el fariseo, corrió a él llevando vaso de alabastro rebosante en esencia de nardo: y allí, de hinojos, sin atreverse a mirar su rostro, lavó sus pies con lágrimas de arrepentimiento, y los enjugó con sus cabellos, enantes manojo de espigas voluptuosas en lecho de pecado; luego los ungió con ungüento de bálsamo y perfume, y por último los oreó con la esponja de sus labios.

El hecho original y atrevido de la entretenida de Magdalo, alarmó a Simón y a la concurrencia toda.

Como Jesús lo comprendiese dejó escapar la frase más bella que ha llegado a oídos de una pecadora: "levántate, mujer, porque has amado mucho te perdono."

Y aquella boca que supo del panal de los deleites; y aquella esponja que en lecho de placer recogió efluvios del vicio; y aquella ánfora que rebosante en vino sensual calmó la sed de todos sus amantes, se trocó, al contacto de la blanca piel del Nazareno, en rosal florecido de Magdalo, cuyas rosas deshojadas pétalo a pétalo, sirvieron de alfombra para las plantas del divino galileo.

Desde allí adelante por todos los caminos y veredas que pasó Jesús, la Magdalena siguió sus huellas; y como el nuevo amante no era hombre de pasión mundana, ella, prendida de los ojos azules de su hermoso galileo, le enviaba sus deseos no extinguidos en forma de pétalos alados.

La pecadora tentó a Jesús; y éste, dominador de corazones, supo rechazarla sin ofenderla: *Noli me tangere,* contestó suavemente a la insinuación de la mujer.

Avergonzada con la respuesta ahogó todo el fermento de sus ansias, y en amor divino, superior a las pasiones de la carne, convirtió sus deseos de hembra voluptuosa.

Cuando llegó la hora del sacrificio sus discípulos huyeron. Solas dos mujeres acompañaron a Jesús desde el Pretorio hasta el Calvario: la madre y la Magdalena.

Al pie de la cruz, sobre el Cristo en desmayo cayó del sol que descendía un manojo de sus rayos, y cual

túnica flotante cubrió la desnudez acardenalada del Maestro.

Era la rubia cabellera de María. Ninguna cabellera de mujer ha sido ni más hermosa ni ha tenido desempeños más humanos: túnica lujuriante en cuerpo pecador; toalla que enjugó lágrimas de amor de pecadora arrepentida; sábana que envolvió, al descender del madero, el cuerpo ensangrentado del hombre-dios; y por último, sayal de martirio que en los desiertos de Judea o de Marsella cubrió la desnudez de una penitente.

Ni aun después de muerto le abandonó María. Cuando los discípulos regresaron por haber encontrado el sepulcro ya vacío, ella se quedó en el huerto; y allí fué el primer testigo de la resurrección del Cristo.

En el regocijo de su alma, como tratase de acariciar las manos de su amigo, éste la rechazó de nuevo: *Noli me tangere*, porque soy tu dios, y subo a mi padre.

Y desde aquel momento comenzó para la humanidad la nueva creencia de un dios resucitado.

Después, la pecadora arrepentida se hizo penitente, y pasó los últimos treinta años en el desierto contemplando un cráneo, en recuerdo del hombre-dios a quien amó.

JACULATORIA:

¡Hermosa Magdalena, que la virtud de tu rubia cabellera fecunde la de la amada para que sea propicia al cumplimiento de sus dones!

¡Que forme con ella la tienda del gitano do pueda descansar de la fatiga del camino; y que sus toldos, bajo la negrura de sus ojos y pestañas, al viento del

desierto susurren promesas de dulzura: enjambres de abejas de Garizim que traen en la punta de las alas la miel de sus panales!

¡Y que mañana, al descender del peñón de las angustias, tenga por sudario su cuerpo enflaquecido la cabellera de la mujer piadosa! Amén.

Cúcuta, 1915.

IX

EL GRANDE

Para darse idea de su verbo oratorio y de su actitud hierática en la tribuna, es preciso contemplar ondas turbulentas, o serenidad de amplio horizonte de caudaloso río, como el Marañón o el Orinoco, hablando en términos americanos.

Primero en Constantinopla y luego en Atenas estudió ciencias, habló lenguas y se dió a conocer: orador persuasivo, elocuente y varonil que era.

Fué condiscípulo del Nazianceno y del Apóstata: aliado con Gregorio atacó los errores de Juliano, y ambos desafiaron con su elocuencia el poderío del nuevo Emperador.

Regresó a Cesárea, su patria, a los 27 años, y se puso a ejercer la abogacía.

Macrina, su hermana, le conquistó a la vida de santidad, y por ser de familia de santos entró Basilio fácilmente en ella.

Una vez resuelto fué a visitar a los anacoretas del Egipto y Palestina en busca de alientos a su fe, los que halló abundantes en la austeridad de aquellos monjes del desierto.

En soledad del Ponto llevó a práctica muchas de las penitencias de éstos, y de tal modo fué extremoso en ellas, que más que hombre era un viviente esqueleto.

Vuelto otra vez a Cesárea, su palabra comenzó a fustigar el arrianismo, y fué, como el Nazianceno, formidable enemigo de la victoriosa secta. Electo

obispo de su pueblo, continuó con más autoridad y con mayor brillo en la lucha emprendida.

De Valiente, Emperador de entonces, desafió sus iras; y el día que el enviado de éste le intimidó con la confiscación, el destierro, los tormentos y la muerte, le contestó humildemente: "no temo lo primero, pues sólo poseo unos viejos libros; ni lo segundo, porque en la tierra soy un desterrado; en cuanto a los tormentos, mi armazón de huesos y pellejos se romperá a los primeros; y la muerte no es castigo, sino el cumplimiento de una ley inevitable."

Valiente quiso oirle y vino con su séquito imperial a Cesárea. El caudal de su elocuencia saturada de ciencia y de virtud, trocó su animadversión en opulentos dones.

Regresó a Constantinopla admirando en Basilio el don de la palabra. Pronto su corte, que era de arrianos, enconó de nuevo su ánimo contra aquél.

Quiso desterrarle, pero la curación milagrosa de su hijo, y la ruptura de la pluma hasta por tres veces, a tiempo de firmar el decreto expulsivo, le hizo cambiar de parecer.

De ahí adelante fué amigo de Basilio.

Esta sombra de hombre, esqueleto forrado en piel apergaminada, y movido apenas por fuerza interna de invencible luchador, venció hasta en sus últimos atrincheramientos a los múltiples sectarios disidentes de su fe.

Fuera de la cabeza que pensaba, de la lengua que hablaba maravillas, y de la mano que las escribía, todo en él estaba enfermo.

Los libros, homilías y cartas que escribió forman por sí solos una biblioteca.

En todos ellos resplandece la luz de su inteligencia privilegiada.

San Efrén que le oyó en sus últimos dias, en elogio de su elocuencia, dijo: que mientras hablaba San Basilio la inspiración descendía de lo Alto, y en forma de paloma resplandeciente, iluminaba las palabras que salían de su boca.

Rindió la jornada cargado de frutos meritorios el año 379. Tenía 51, de los cuales 40 fueron para los libros, las ciencias y la oratoria.

Puesto que su elocuencia fué inimitable y poseyó todos los conocimientos de su época, le apellidaron el Grande.

JACULATORIA:

¡Oh Basilio, que fuiste torrentoso en palabras semejantes al Negro Ponto embravecido; y caudaloso en elocuencia cual Orinoco en raudal de aguas turbulentas!

¡Concede al suplicante que en la punta de su lengua vibre siempre, aunque su cuerpo enflaquecido como el tuyo, sea una sombra de móvil caña sobre el agua, palabra varonil ante la muerte y el dolor; vocablo de perdón para todas las injurias de los hombres; y frases de alabanza en ofrenda a la mujer! Amén.

X

LA EGIPCIACA

Según costumbre de los monjes de un monasterio que existía en Palestina para el año 421, cuando llegaba la cuaresma abandonaban el claustro y en los desiertos que dominaban las márgenes izquierdas del Jordán, pasaban esta época de penitencia en la abstinente vida de hojas y raíces silvestres.

Zósimo que llevaba más de cincuenta años de cenobita, erró de monte en monte con ánimo de tropezar con algún anacoreta, de esos pobladores de las Tebaidas tan frecuentadas en los primeros siglos del cristianismo.

Un día vió una sombra de mujer que en la quietud de un barranco se ocultó a su vista. Cuando le habló, le pidió la capa para cubrir su desnudez.

El viejo anacoreta fué sorprendido con la santidad de esta pecadora.

Era de Egipto y desde los doce años pasó en Alejandría vida de mujer entretenida hasta los veintinueve.

Escanciaba en su vida de orgía la copa del festín por el solo goce del placer; como la de Magdalo, era ante todo artista de sensaciones carnales, no se vendía a los hombres sino que se entregaba a sus amantes.

No contenta con sus escándalos de cortesana en Alejandría vino a renovarlos a Jerusalén, pero aquí, frente a la colina que humedeció con su sangre el Redentor, la vida de la gracia hirió su corazón.

Estando en el dolor de su arrepentimiento oyó una voz que le dijo: pasa el Jordán y hallarás descanso.

Una vez atravesadas las aguas del legendario río, vivió para la abstinencia, para el cilicio, para la expiación por espacio de cuarenta y ocho años.

Comiendo de hojas y raíces, cubriendo su cuerpo pecador con la túnica flotante de su cabello, en continua oración, bajo el techo inclemente de las rudas estaciones y sin más compañía que los leones del desierto, purificó el vaso carnal que tantas veces embriagara a los hombres con sus deleites.

Cuatro siglos antes otra pecadora, la de Magdalo, había rompido con los ecos de su penitencia los del desierto de Judea, y embalsamado con su olor de santidad las cavernas de sus montes.

María Egipciaca y María Magdalena fueron dos liras de amor y de pecado que supieron dar, en arpegios de festín y en salterios de penitencia, todas las notas de su cuerpo y de su alma; y ya exangües, a fuerza de pecar y a fuerza de sufrir, se transformaron en estrellas resplandecientes de la gracia.

¡Orugas que se durmieron en lechos de rosas, y despertaron crisálidas en jergones de espinas!

¡Doble virtualidad la de estos seres, flagelados por el vicio y santificados por la expiación! Zósimo fué el único mortal que vió a María durante el medio siglo que duró su vida penitente.

El año siguiente, cuando vino a visitarla, la encontró cadáver; y allí junto a éste, un león que lamía las manos de la Santa, el cual león era uno de sus compañeros del desierto.

Según refiere el Santo, la fiera domesticada le ayudó en la faena del piadoso entierro.

Y cuentan que cuando fueron a trasladar sus restos, hallaron sobre la tumba los de un león que debió de ser el sepulturero y consecuente amigo de María.

JACULATORIA:

¡Oh tú, La Egipciaca, que supiste domar en austera penitencia tus locas liviandades de mujer; y consagrar, entre breñas, zarzas y leones del desierto, tu espíritu y tu cuerpo al dios de tu creencia!

¡Fortalece con tu virtud domadora de pasiones a la bien amada, la de los ojos negros, a fin de que venza las ingratas tentaciones del olvido y pueda consagrarse, en espíritu y en verdad, y a despecho de nuevas sensaciones amorosas, al amor del suplicante! Amén.

Cúcuta, Enero de 1915.

XI

EL DE LA CALZADA (1)

Este hijo de las montañas cantábricas, pobre de condición y humilde por naturaleza, fué a dos conventos, que cerca de allí había, en demanda de admisión.

Ambos a dos se la negaron acaso por la rusticidad de sus modales. Corrió a la gruta de un ermitaño de quien solas admoniciones tuvo.

Estando a punto de final desesperación a causa de los rechazos recibidos, supo de un sitio donde con frecuencia una banda de ladrones cometían atropellos y maldades, en los piadosos peregrinos que iban adonde estaba el sepulcro de Santiago.

Al punto se partió adonde era el lugar indicado, y donde creyó de utilidad el propósito que concibió.

Apercibido que iba para la empresa, puesto que se hallaba armado de todas armas de fe y caridad de Apóstol, puso manos a la obra.

El lugar estaba a la sazón lleno de malezas; en poco tiempo fué con su solo esfuerzo transformado en campo labrantío, y a cabo de cinco años tenía capilla, huerto y huerta para alojamiento de peregrinos.

Y cuentan que los allí hospedados, no echaban menos las comodidades de las mejores posadas de aquel entonces.

De trecho a trecho y en el transcurso de años si-

(1) *Es natural de San Pedro de Monta, perteneciente al Reino de Navarra.*

guió adelante hasta dar remate y fin a la tarea comenzada. Taló montes, cegó pantanos, y construyó puentes.

En la empresa humanitaria tuvo a su talente la cooperación de los pueblos comarcanos.

Construída la calzada, en el punto donde ésta comenzó, fundóse un pueblo que apellidaron Santo Domingo de la Calzada, por ser Domingo el nombre de su fundador.

Para cumplir a cabalidad su cometido no hubo menester Domingo de poderosos conocimientos de letras ni títulos nobiliarios: bastó la sola voluntad y el intento fué.

A las exhortaciones del Santo, cada quien contribuía con lo que tenía a mano: así iban tras él unos con materiales, otros con su dinero, y aquéllos con su trabajo personal.

En la piadosa obra no faltó el grano del milagro. La burla de un rústico vino en sazón para que germinase la simiente aquella; el cual rústico ofreció dos animales salvajes siempre que el mismo Santo los domara.

Fué adonde estaban, los condujo a cordel cual si hubiesen sido bueyes de labor, y una vez uncidos, acarrearon materiales al punto mismo donde se efectuaba ésta.

Toda obra de altruísta empeño ocasiona envidias de corazones egoístas; en la de Santo Domingo le vinieron a cuento.

Y no sólo perdonó a quienes le insultaron y maltrataron de hecho, sino que siguió ejerciendo en ellos su caridad evangélica.

Su vida entera consagrada fué al cuidado de la calzada que tuvo siempre a punto de buen servicio y a la faena de las tierras labrantías, a fin de aco-

rrer con sus frutos a las necesidades de los peregrinos.

Era de hasta edad provecta cuando se durmió en brazos de su dios, el año de 1109.

En su sepulcro, que él mismo construyó en roca viva, y durante su existencia le sirvió de granero para el trigo de los pobres, parecieron años después espigas de dorado trigo que brotaron de su cráneo.

¡Era cosa de ver aquel cráneo de Domingo el de la Calzada, semejando un cesto de trigo candeal!

Propio del cultivador de tierras, del talador de montes y del constructor de puentes y calzadas, que después de muerto siguiera fecundando trigo con sus despojos de hombre.

Para el tiempo de este varón del siglo XI, los caminos públicos de España no le iban en zaga a los de la región que se impetra en ésta.

JACULATORIA:

¡Oh santo constructor de puentes y calzadas! ¡Desciende un momento de lo Alto, y toma a empeño tuyo la construcción de una vía, que ponga en contacto a Mérida con el Lago de Maracaibo y luego con el mundo, vía carretera o férrea, que tanto ha menester la patria de los mayores de quien implora tus auxilios!

¡Infunde tu espíritu fecundo en quien llevar a cabo deba la importante obra de la República!

Y aquel grupo de serranías donde el trigo de sus cosechas, al tener caminos de fácil comunicación, abastecerá los mercados de Venezuela, ¡sería semejante al cráneo tuyo cuando sus páramos todos se viesen coronados de dorada espiga!

¡No desoigas la voz del suplicante, oh Domingo de de la Calzada, ya que ningún otro de los místicos civilizadores del mundo, sabe mejor que tú, cuánto valen para una región de montañas los puentes y calzadas que salvan la dificultad de los arcabucos, quebradas y peñascales! Amén.

Cúcuta, 1915.

NOTA.—Al autor de "Jaculatorias" cúpole en suerte, en unión de los Dres. R. González Rincones, Samuel Niño, Ysaías Garbiras y D. Carlos Pirela, inaugurar, en "LA MESA DEL AURA" el 21 de Julio de 1925, la Carretera trasandina. (Los tres últimos ya están fuera de la vida. La memoria de Samuel Niño es grata para el suscrito, por su amistad cordial, noble y consecuente de más de cuarenta años).

Fueron en representación del gobierno del Dictador Juan Vicente Gómez, y llevaron en su misión un ramo de oliva y la amnistía a los desterrados que estaban en suelo colombiano.

El suscrito fué compañero de ellos hasta que dejó de ser revolucionario, por falta de un Caudillo. Su amigo, el Gral. Régulo Olivares, con quien había militado, compartido labores en el Ministerio de la Guerra y viajado por Europa, no le resultó nada en concreto como militar. Y en Septiembre de 1914, en la ciudad de Cúcuta, se alejó definitivamente de su amistad.

Los demás camaradas del vivac no comprendieron que la nulidad de los Jefes de oposición, excepto Cipriano Castro que estaba enfermo, daría un poder absoluto al Dictador hasta su muerte. Y cuando en 1925 les tendió la mano en las riberas del Táchira, les recordó lo dicho en 1914. "La revolución está vencida por falta de un Caudillo."

La carretera inaugurada era de 1250 kms. y puso en comunicación a los pueblos de Los Andes con el Centro de Venezuela.

El Santo de la Calzada acudió a la súplica que se le hizo en 1915.

México, D. F. 1943.

XII

LA HEROINA

En actos de varón antiguo, en mística piedad de combatiente, y en hechos de Taumaturgo ninguna otra Santa fué tan presto adonde llegó esta Rosa de Viterbo.

Una sonrisa, desde el punto en que a la vida vino, hermoseó el rostro de la niña que no supo de llantos infantiles.

En la infancia aún, húmedos sus labios de leche maternal, acércase radiante en gloria al lecho de un cadáver, y al evocar su espíritu a la vida con las mágicas palabras *Talitha Cumi* de Jesús, en esa nueva hija de otro nuevo Jairo, el mandato del pequeño taumaturgo reconstruye el roto hilo de sus días.

Como a una pequeñuela, en la industria de llevar agua potable al hogar, se le hubiese rompido el cántaro con las piedras de la fuente, Rosa, tomando en sus manos la vasija en roturas, invoca a su Dios, y al punto suéldanse los rotos fragmentos y cesa el llanto de la acongojada niña.

El día que su padre, a guisa de curioso e impertinente además, hubo de examinar el cesto de alimentos que a los pobres conducía, no fueron regojos los que de ver tuvo sino ramos de fragantes rosas.

Cosa igual acaeció, años después, en el regazo de Isabel de Portugal cuando su esposo quiso ver la limosna que ésta iba a repartir.

Rosa era de solos siete años y ya en apartada celda

de su hogar hacía vida de ascetismo; vestida de humilde sayal se andaba por las calles llamando a los hombres a oración y penitencia.

Presentábase al mundo entre cilicios y asperezas cual fresca rosa que pretendían ahogar espinas, cardos y abrojos en los huertos de Viterbo, húmedos aún de brisas matinales del vecino lago.

Por los años de 1250 tuvo de sentirse en este pueblo suyo el empuje violento de Federico II de Alemania, y como éste ofendiese en la brega de las ideas sus creencias religiosas, sublevó el ánimo de sus compatriotas contra el enemigo de su fe.

Era cosa de ver a una niña de doce años que en hábito de terciaria, ceñido al lomo cabestro de asno cual tosco cordón de la Orden, y en reto de público tribuno desafiaba, en nombre del Pontificado, al poderío del César teutón.

Y fué tal su verbo de apóstol tribunicio que de sus palabras, salidas de labios infantiles de Heroína, colgados quedaban los ánimos de los oyentes, tal que corrido y confundido el adversario.

Su padre tosco que era, y temeroso del Gobernador del Imperio, la abofeteó en público; mas el ánimo varonil de la pequeña agitadora no cejó en su empeño de religiosa combatiente.

Su verbo persuasivo, como que era de santidad, puso en derrota al adversario; éste, en la estrecheza del rencor surgido del vencimiento, tuvo de apelar al destierro de un tan valiente contendor.

Al punto el Gobierno de Viterbo dictó decreto de expulsión y aquella Rosa, cuyos pétalos eran de acero siempre que ostentaba su erguido tallo en el jarrón de la tribuna, obligada se vió a dejar el huerto de sus mayores.

En noche de invierno, cuando la nieve como un su-

dario cubría las campiñas del Lacio, tomó en sus manos una por una el camino del ostracismo; varias veces estuvo a pique de perecer dado el rigor de la estación, mas nada entibió el fervor de su alma corajuda.

Al primer pueblo adonde tuvo de llegar trepó sobre un tablado que para el caso había, y su palabra de agitadora siguió tumultuando las muchedumbres contra el César.

Viéndose frente a frente de una vieja embrujadora que traía soliviantado al populacho contra el Pontificado, tuvo de apelar para vencerla y creídas sus palabras al milagro de la hoguera: a tiempo de atravesar los leños encendidos parósele mortal el rostro, mas el prodigio descendiendo de lo Alto hizo que Rosa saliese incólume de aquéllos, sin que ni un pliegue siquiera de su túnica se ahumara.

El hecho de suyo miraculoso dejó corrida a la vieja tumultuaria.

En Palermo profetizó la muerte de Federico II su contendor religioso. Una vez acaecida regresó a Viterbo.

Y la Rosa de pétalos de acero, flor de libertad ungida para el combate con óleos de santidad, al ver su vida sin objeto puesto que la muerte del Emperador, dando tregua a la lucha, llevaba mudez al palenque tribunicio, determinó de pasar sus últimos días en la celda conventual.

No fué recibida en parte alguna; las humildes monjas, flores anémicas del claustro, no pudiendo comprender esa batalladora santidad de la Heroína, temían el solo contacto de la provocadora de tumultos, y por temores de este jaez cerraron sus puertas todas a la Rosa de Viterbo.

Como llegase a sus oídos el rechazo de las Monjas

profetizó, que si no en vida sí en muerte alojarían sus restos pecadores.

En efecto, a poco de esto, cuando contaba apenas 18 años murió, no sólo en olor sino en valor de santidad.

Su cadáver, según predicción fué al convento de las Clarisas, y sobre su tumba cuentan, el cuento que no le tiene, porque es de una Rosa de rosales taumaturgos, que surgió fragante rosa.

Y desde aquel punto trocóse el nombre de Clarisas por el de Rosas en el convento aquel de la leyenda.

Los que visitan el pueblo de esta mística heroína, que a 87 kilómetros de Roma, y en las faldas de los montes Venere y Cimino se recuesta orgulloso de su Rosa de lucha y santidad, tienen de admirar y venerar en la iglesia de su nombre, y en capilla de dorada reja, el cuerpo momificado de santa Rosa de Viterbo.

JACULATORIA:

¡Brillante Rosa de pétalos de acero con fragancias de santidad! ¡Haz que en el seno de la amada brote rosa mística de esencias turbadoras que en floración piadosa, sea para el alma del suplicante lo que la rosa del sepulcro tuyo para el alma del creyente: milagro de amor!

¡Que el perfume carnal de aquella rosa, como el tuyo de divinas ansias, embriague siempre al suplicante cuando de aspirar tenga sus pétalos y cáliz! Amén.

XIII

EL PADUANO

A los 15 años entró en el convento de Agustinos en Lisboa, su pueblo natal, Fernando, hijo de padres ilustres.

La ciencia, durante diez años no quedó en zaga a la virtud de este santo varón de Portugal.

El trato con unos Franciscanos le hizo cambiar de hábito; y tomando el de El Seráfico trocó su nombre por el de Antonio.

Sediento de martirio importunó hasta que le enviaron al Africa a tierra de Moros. La enfermedad primero, y luego vientos encontrados le encaminaron a Italia al pueblo de Asís. Allí conoció a San Francisco.

Permaneció ignorado en el desierto de Monte Paulo, hasta el día que la antorcha, saliendo de debajo del celemín, y colocándose sobre el candelabro, según expresión bíblica, resplandeció en su propio resplandor.

En cátedra de Forli brilló por vez primera este Taumaturgo de la palabra.

Y autorizado de ahí adelante por El Seráfico, se dió a la tarea de explicar teología y demás textos sagrados.

Los pueblos de Italia, Francia, España y sobre todo Roma y Padua, testigos fueron de los prodigios de su verbo tribunicio.

La mitad del siglo XIII la llenó con su elocuencia: despertó las lenguas de oro de Pablo y de Basi-

lio, que en las primeras épocas del cristianismo convirtieron almas por millares.

El milagro afluía a los labios de Antonio y quedaba pendiente de su lengua cuando en extáticas ausencias, salvando distancias, resucitando muertos y evocándolos a la vida, presentaba a los hombres en copa de maravillas, y encarnados en hechos de tangible carne, los imposibles para el mundo.

Un día, estando en Padua, sabe la acusación de homicidio que hacen a su padre en Lisboa, traslada su espíritu, hace desenterrar el cadáver, y al mandato de su voz, declara la inocencia del acusado.

Confunde en Tolosa a un hereje, haciendo que su mula hambrienta hinque las rodillas delante de la hostia primero que acudir al pienso.

Otro día, como los hombres se negasen a oír sus admoniciones, corre a la playa, y tiene por auditorio a miles de peces que salen del mar a escucharle.

Las crueldades de Ezelino que en Padua y en Verona no pudieron contener los hombres, sí lo consiguió Antonio con su palabra. Pero muerto éste, Ezelino continuó en sus maldades.

Se llamó de Padua porque en ésta fundó su convento y en ella tuvo su mayor esplendor.

Los diez años que duró su vida misionera bastaron para consumirle.

Seguramente fué dejando en cada conversión y en cada milagro suyo una partícula de su alma, una gota de su sangre, y una brizna de sus nervios hasta que agotó la plástica materia.

No otra cosa acontece al hombre genio: los que observan esto encuentran fulgor de espíritu en los milagros del Taumaturgo, en los lienzos de Urbino y en los mármoles de Buonarotti.

Murió en Padua en 1231 de 36 años.

La iglesia que construyeron a su memoria es un soberbio edificio de estilo gótico francés.

La capilla del Santo, que le llaman los Paduanos, guarda sus reliquias. Las paredes están tapizadas con lienzos que pregonan sus múltiples milagros.

Cuando exhumaron su cuerpo las carnes estaban en cenizas, menos la lengua que obró prodigios.

Cada año miles de peregrinos visitan la tumba del Taumaturgo.

JACULATORIA:

¡Antonio de Padua! ¡Artista del milagro! ¡Tu lengua, pincel de maestro florentino, dejó leyenda para el lienzo; y semejante al cincel de Miguel Angel, floración de mármoles para la estatuaria!

¡Escucha la plegaria en súplica de hinojos: unge la lengua del suplicante para que sea, en todo lo que atañe a la mujer, pincel que traza en el lienzo de su alma, mágicos colores; y cincel que graba en el mármol de sus carnes, contornos peregrinos! Amén.

XIV

LA CLARISA

Era de hasta edad de 18 años el día que vestida de todas galas, noble y bella que era, dejóse ver del mundo por última vez en el templo de Asís, su patria.

En la tarde tomó una por una el camino de la Porciúncula adonde San Francisco, a la sazón su padre espiritual, la esperaba; una vez cortada su hermosa cabellera, y trocada su rica vestidura por el sayal de penitencia, entróse por la estrecha puerta del sacrificio adonde creyó la impelía su destino.

Reparada a esta sazón la iglesia de San Damián por San Francisco, llevóla éste allí junto con Inés, una hermana de ella, a quien también le nació la voluntad del monjío.

Y fueron hasta doce las vírgenes de noble cuna que del pueblo de Asís acudieron alrededor de las dos hermanas formando así un núcleo de piadosa asociación.

Su nombre de Clara inspirado fué. Hortulana su madre oyó voz que le dijo: el fruto de tu preñado será semejante a una antorcha que iluminará el mundo.

Bajo la dirección del Seráfico quedó establecido en Asís el convento de las vírgenes Clarisas, que hicieron profesión en manos de él de todos los votos que atañen a su religión.

Manto de un desasimiento de las cosas de la vida, y de estrecheza suma cubrió a Clara y compañera de claustro.

Luego extendióse por el mundo con tal rapidez es-

ta nueva corporación, que llegó a contar más de cuatro mil conventos, y al pie de cien mil monjas según rezan crónicas de santidad.

Entrada de lleno en su laboriosa vida de fundadora, nada de cuanto atañe al propósito dejó de cumplir: su blando cuerpo vestido siempre iba de cilicios y torturas, el hambre y la sed la fatigaron a la continua, y desnuda tierra y por cabecera manojo de sarmientos, eran el solo descanso de sus brumados miembros.

Viviendo su comunidad de limosnas, no quiso que trajeran a ella sino los relieves que daban de sobrado la mesa de los ricos.

En sus bellas y blancas manos, tal que en las de Jesús, el pan hubo de multiplicarse.

Un día de escasez, con sólo un mendrugo dió de comer a cincuenta religiosas que satisfechas tuvieron de quedar.

La invocación de su nombre en Espoleto y contornos servía de talismán a paralíticos; y en sus montes y montañas a paisanos extraviados, bastábales para ahuyentar el miedo y los feroces lobos.

En su convento de donde nunca salió en los 42 años que tuvo de vivir en penitencia de clausura, semejaba un espectro que daba luz de las llamas que consumían su espíritu y sus carnes.

Estos seres de mística pasión bien semejan cirios de votivo altar: el alma como pábilo que alumbra y se consume al mismo tiempo, lo hace a expensas de la carne y medula de los huesos, que cual blanca cera de combustible sirven; y así una por una y en lento holocausto de antorcha se extinguen su espíritu y su cuerpo.

Estando a las puertas de la muerte como se hallase el pueblo de Asís en sitio de soldados, y ya próxi-

mos a escalar sus murallas, Santa Clara en la grave mengua de su pueblo se hizo conducir a éstas, y su presencia dando aliento y brío a sus compatriotas produjo el rechazo del enemigo sitiador.

Una noche, viendo los habitantes de Asís que la Porciúncula ardía, corrieron a ella a fin de sofocar el fuego, mas al llegar notaron, con no menor sorpresa, que era de las nimbadas frentes de Francisco y Clara de donde surgían aquellos resplandores.

Los dos estaban en banquete de humildad, consagrando el pan y la sal en fraternal comunión sin distinción de sexos.

A poco tiempo de esos hechos milagrosos, y a los 60 de su edad terminó sus días, por el año de 1253, la antorcha que desde un rincón de ruinoso templo alumbró la cristiandad.

Quedando así cumplido el vaticinio de Hortulana, que hubo de oír en los días de su preñado.

La imagen de Clara quedó estampada en la hostia; si va a decir verdad privilegio suyo fué y no de otro santo alguno, puesto que solos signos de eucaristía se amoldan en las formas que encarnan la divinidad de Cristo.

Los peregrinos que visitan Asís, veneran bajo el altar mayor del templo de Santa Clara sus reliquias.

Fué construído cuatro años después de su muerte en el mismo sitio de su convento.

JACULATORIA:

¡Divina brasa de incensario que consumiste en suavidad de perfume tu espíritu y tu cuerpo!

¡Mística azucena que en las colinas poéticas de Asís, humedecida fuiste en las brisas del umbriano Chiaggio!

¡Que tus divinas manos, a cuyo contacto el pan hubo de multiplicarse, y los regojos viejos convertirse en nuevos, puestas virtualmente sobre el cuerpo de la amada, multipliquen en ésta sus gracias de mujer hasta que florezca en ellas el milagro vivo del amor: renovarse siempre sin cansar jamás! Amén.

XV

EL PROTECTOR

Doctor en ciencias divinas y en humanidades, de talento despejado y noble cuna, dedicó la mayor parte de su vida al servicio del niño que más lo ha menester: el hijo de la pobreza.

La pretensión de una señora de Valencia donde a la sazón estudiaba, y de la cual huyó, huyendo también de la ciudad, hizo ver a sus compañeros hasta dónde iba todo el toque de su virtud.

Ordenado de sacerdote y hecho vicario de Tremp, dióse a la tarea de reformar el Clero y corregir vicios de las almas; y armado de todas armas de dulzura, amor y caridad que bien atañe a los imitadores de Cristo, cosechó opimos frutos en su labor.

El obispo de Urgel, en cuenta de ello, determinó de enviarle a tierra adentro de los Pirineos, por andar tan de caída en aquellos lugares la moral cristiana.

Y en esta afanosa tarea, y más aún cuando de orar tenía, una voz interna le ordenaba: "Vé a Roma". Es que el corazón humano siempre oye lo que desea y gusta, y en cada apretura de la vida voces interiores, surgiendo de la conciencia, dan aviso a los elegidos de lo que han menester para salvar la dificultad.

La visión le vino a cuento: vióse en Roma rodeado de niños que enseñaba y doctrinaba.

Luego al punto de robustecer el intento con la re-

solución, partióse adonde tenia puesto el pensamiento.

En Roma hubo de tener la protección de la ilustre casa de Colonna, en la persona de un su cardenal.

Habia a la sazón una Hermandad que doctrinaba niños y jornaleros los días de fiesta; José Calasanz la encontró de molde para su empresa.

Al punto se alistó en ella. Era cosa de ver a Calasanz en las plazas y calles de la ciudad, sembrando el grano de la enseñanza en las ignaras gentes.

Las turbas de muchachos vagabundos que escandalizaban con sus hechos e insolencias por las vías públicas, le resolvieron llevar a cabo la obra pía que esbozada tenia ha mucho tiempo en su cerebro.

Siendo el Transtíber el barrio más poblado de niños pobres, fundó en él, junto con tres sacerdotes, la primera escuela de enseñanza gratuita para los hijos de los obreros. Era el año de 1597.

Al comienzo de su obra hubo de tener dificultades, calumniadores y envidiosos, mas vencidas las primeras, fueron también vencidos los segundos.

Su inagotable piedad le llevó a formar parte de muchas otras corporaciones que al caso habia; y tantas fueron, que sorprende cómo su asendereado espíritu pudo soportar la penosa tarea de su vida en más de medio siglo.

Clemente VIII quiso premiar su intensa labor con el capelo cardenalicio; la humildad de El Protector del niño no lo consintió.

Al cabo de 25 años las Escuelas Pías de Calasanz, donde recibían enseñanza y alimento millares de huérfanos y pobres, elevadas fueron a religión.

Para esa fecha extendidas se hallaban por toda Italia, y las habia también en Hungría, Polonia y Ale-

mania; y no eran suficientes los religiosos que formaba Calasanz a fin de atender a las demandas de los otros pueblos.

Al final de su vida meritoria nueva tempestad de guijarros calumniosos cayó sobre su frente envejecida, pues a pesar del demasiado bien que hizo, el mal no le olvidó ni aún a las mismas puertas de la tumba.

Nuevos y últimos triunfos llevaron paz al ánimo acongojado.

A poco de la postrer tormenta reclinóse en brazos de su Dios a los noventa de su edad.

El nombre de San José de Calasanz está escrito a la entrada de una Escuela Pía, frontera a la casa de Beneficencia de Maracaibo.

Es el primer pueblo que en Venezuela funda esta Institución.

Allí los hijos de las obreras, en tanto éstas ganan su salario, los dejan recibiendo alimentos y enseñanza gratis.

Por la tarde, a la hora de nona, cuando regresan de su labor, recogen a sus hijos y vuelven con ellos adonde habitan.

JACULATORIA:

¡Excelso Protector del niño, a favor de cuya infancia consagraste tu vida meritoria!

¡Ilumina a los Gobernantes de las Repúblicas bolivarianas pensamientos como el tuyo: fundar Escuelas Pías para en ellas recoger al niño huérfano, y al de padres que trabajan a jornal, a trueque de estarse

por las calles maltratando los animales y los árboles! (1).

¡Lleva a conocimiento de los hombres, acaso lo ignoran, que es deber de todos: Magistrados, altruistas y ricos generosos, recoger, enseñar y corregir al niño que vaga por las calles, ¡haciéndole ver que el árbol, el pájaro y la flor tienen su sentir, y son nuestros hermanos en la santa religión de la alegría!

Inspira ese propósito, ¡oh santo varón de Calasanz, a los que tengan de llevarlo a cabo, a fin de que pronuncien tu nombre fomentando la utilidad de tus virtudes! Amén.

---

(1) *En los pueblos del Interior es cosa corriente de los niños perseguir a los pájaros y estropear los árboles.*

Cuando el que esto escribe lo hizo por vez primera, al llegar a oidos de su buen padre, recibió castigo por ello; y desde entonces no volvió a maltratar los árboles, las flores ni los nidos.

NOTA.—Centenario de Carabobo.— El 4 de Julio del 1921 se inauguró en Caracas una casa que se llamó de Maternidad con este objeto. Pero no pasó de mera inauguración. Más tarde el edificio se convirtió en otra cosa.

XVI

EL NAZIANCENO

A mediados del siglo IV se encontraron, en la célebre Universidad de Atenas, Gregorio, Basilio y Juliano y tuvieron amistad de condiscípulos.

Los dos primeros fueron columnas de la Iglesia, y su unión se estrehó más a medida que aumentaba en ellos la santidad del alma y la luz de la inteligencia.

El tercero, a poco tiempo Emperador de Oriente, desencadenó furiosa persecución contra los cristianos; y Gregorio y Basilio sostuvieron con su fe y su palabra los embates tempestuosos del Apóstata Juliano.

Gregorio era de Capadocia como Jorge el Militante. Tomó el nombre de Nazianceno del pueblo de Nazianzo, cerca del cual vino a la vida; y en este mismo pueblo, siendo su padre obispo recibió de sus manos el sacerdocio, con lo cual dió principio a su agitada vida sacerdotal.

La santidad le rodeó desde la cuna. Sus padres y hermanos, santos desde la niñez, murieron todos en olor de santidad.

En busca del silencio y de su condiscípulo Basilio, dejó Nazianzo y fué al Ponto a reunirse con éste, que para la fecha era Arzobispo de Cesárea.

Del retiro claustral consiguió la amistad e influencia de Basilio quien, conocedor de sus méritos para la vida activa, le consagró Obispo de Sasimo.

No tuvo tiempo de practicar en ésta sus deberes episcopales. La ancianidad y luego la muerte de su

padre, Obispo de Nazianzo, le obligaron a volver al pueblo natal donde ejerció, por algunos años y de manera ejemplar, las funciones de su ministerio.

De nuevo retornó al retiro y en Seleucia, en el monasterio de Santa Tecla, permaneció seis años en vida contemplativa.

La muerte da San Basilio el año 379, y la lucha que la Iglesia sostenía en Constantinopla contra el arrianismo y las demás sectas, lograron violentar su resolución para salir otra vez al torneo de la vida pública.

Habíase prometido permanecer en la celda de Seleucia, pues las muchas calumnias que en el trato con los hombres hicieron blanco de su reputación, y la instintiva inclinación al silencio monacal, le apartaban cada día más de los negocios del mundo.

Este hombre pequeño de estatura, ya viejo y calvo cuando entró un día en la capital del Imperio de Oriente, iba con ánimo de combatir y de vencer a las sectas triunfantes, que con el apoyo de los Emperadores trataban de derrocar la Iglesia de Cristo.

Era cosa de ver aquella lucha desigual: de un lado un viejo sacerdote enfermo, pobre y consumido por las penitencias, desafiando con su verbo en las plazas públicas de Constantinopla a los principales corifeos de los arrianos, novacianos y macedonios dueños para este tiempo de las iglesias, tesoros y conciencias de la ciudad.

Sólo la fe y la convicción de apóstol pudieron sostener en la ruda tarea tribunicia, contra un pueblo amotinado, a esta sombra de luchador antiguo. Semejaba Gregorio al junco cuando el azote de los vientos hundiendo sus raíces lo yergue más fuerte, altivo y orgulloso.

Comenzó lentamente su verbo de elocuencia, entre

el fragor del tumulto y algazara de enemigos, a conquistar corazones y no fué por temor de castigos de ultratumba sino por la persuasión de su palabra evangélica, que alejó del camino de perdición a tantas almas descarriadas.

En premio de sus luchas fué consagrado Obispo de Constantinopla.

Ante este triunfo, la calumnia volvió de nuevo a hincarle su diente venenoso. El Cínico Máximo, que era discípulo suyo, izó en alto como en mástil de pirata nave, el rojo gallardete de combate; y desatando tempestad de injurias sobre la frente de Gregorio, hizo que el Santo presentara renuncia de la silla episcopal.

En concilio Niceno, segundo de este género, 150 obispos confirmaron a Gregorio en su silla de Constantinopla; y el calumniador Máximo confundido y desterrado, arrió para siempre la bandera tumultuosa de su ambición desenfrenada.

Muerto San Melecio, Presidente del Concilio, tocó el puesto a Gregorio; la nueva dignidad desató contra él nueva borrasca de guijarros calumniosos; fué vencedor una vez más de sus enemigos, pero impenitentes éstos en su porfía, apelaron a las vías de hecho comprando brazos de asesinos.

Ante la presencia del anciano venerable las manos alevosas quedaron desarmadas.

La palabra perdón que los labios del patriarca pronunciaron, fué la única venganza que este generoso luchador dejó caer, cual manto de piadoso olvido sobre las injurias, las calumnias y los atentados de sus perseguidores.

Para terminar sus días consiguió retirarse de la vida pública. Aun en el último retiro continuó la defensa de sus doctrinas, en hermosas poesías, contra los escritos de hombres inteligentes que combatían la divinidad de su Dios.

Quedaron bellos poemas en testimonio del numen, del saber y de la fe cristiana de Gregorio. Murió en Nazianzo de 80 años siendo uno de los hombres más combatidos y calumniados de su época. Como salió siempre vencedor, supo atar el manojo de sus victorias con el broche de oro del perdón.

JACULATORIA:

¡Oh Gregorio, calumniado de Nazianzo! ¡Que de tu manto de apóstol luchador caiga al fervor de la plegaria del suplicante semillas de perdón para su alma, semejante al polen de las palmas que el viento del desierto transporta al sacudirlas! ¡Y que nacidas, den frutos de olvido para todas las injurias de los hombres!

¡Que los nuevos brotes de esa simiente, ahogando las malezas del rencor que el placer de la venganza cultivara, lleven fecunda savia al árbol del perdón! Amén.

Cúcuta, 1915.

XVII

LA ARTISTA

Cuando Valeriano, joven de nobleza romana, estaba perdido de amores de una doncella tan principal llamada Cecilia, ni por pienso imaginó lo que tuvo de prometerle en la noche misma de sus bodas.

Una vez a solas que estuvieron los dos no fué en desmayo de Sulamita, ni en palidez de emoción que hubo de caer entre sus brazos: grave, pero sonriente y bella a guisa de Vestal, le habló del voto de castidad ofrecido a su divino esposo, y de cómo un ángel que a su lado había le ayudaría a cumplirlo.

Valeriano, con reposado continente le contestó: que estaba dispuesto a complacerla siempre que sus ojos hubiesen de ver el ángel custodiante.

Para ello es menester, replicó Cecilia, estar punto por punto en gracia de mi Dios.

Sea como tú lo quieres; y luego al punto se hizo cristiano.

Fortuna y no escasa para Cecilia fué la que tuvo de tener en la nobleza de un tan noble cual Valerio: éste talvez, acaso, aunque pagano y de pagana alcurnia tenía unas sombras y lejos de cristiano.

Donde no, las brutalidades de otro marido, habrían dado al través con el voto de castidad de la desposada.

Otras que tal vez han implorado cosa igual de pechos de varón, sólo han encontrado apetitos groseros de la carne.

Cristianado aquél, y entrado que hubo dentro donde Cecilia se estaba de hinojos, vió y contempló al ángel custodiante que vestido de luz resplandeciente, les ofrecía sendas coronas de rosas y azucenas en premio de su continencia.

Cecilia, desde el punto en que comprendió que una por una debía unirse a un hombre no cesó de implorar, unas veces en oración y otras pulsando su instrumento músico, el beneficio que acababa de recibir.

Y cuentan los que de verla tuvieron que cuando sus divinas manos pulsaban el arpa, en éxtasis seguía escuchando armonías de celestial encanto.

¡Acaso continuaban espíritus de otras regiones lo que la dulce artista comenzaba acá en la tierra!

En lienzo de Rafael que está en la *Pinacoteca* de Bologna se admira a Cecilia que puesta en pie, con el arpa distraídamente asida de sus manos, y con los ojos vueltos arriba tiene en suspenso el ánimo de Pablo, Magdalena y otros, porque el eco melodioso de sus notas va a perderse en coro de músicos alados.

El año 323 que a la sazón estaba a punto la persecución del César Severo, llegó para ellos el martirio.

Luego que fué quitado de delante de sus ojos el cruento de Valeriano, se apercibió para el suyo.

Los verdugos dando lugar y espacio al sacrificio la sacrificaron despacio para recrearse con él.

Al pie de 24 horas de tortura fué mal decapitada, y con el blanco cuello sangrando por tres heridas, continuó por espacio de tres días exhortando a sus compañeros al martirio.

Tomando el camino de la eternidad en las manos traspasó el de la tumba con ánimo sereno, como quien acordes de música percibe.

Esta romana joven, noble y bella quedó desde entonces por patrona de los músicos.

JACULATORIA:

¡Rosa purpúrea de los jardines del Pincio, que supiste de notas de armonía hasta en las horas del martirio!

¡Concede a la bien amada el sentir y el escuchar siempre notas y sensaciones de amor y de alegría, que broten en cascadas de agua corriente de la lengua, labios y manos del suplicante! Amén.

XVIII

EL ARQUITECTO

En la aldea de Almilat, a tres jornadas de Avignon y durante el eclipse solar de 1177, el pastor Benito de sólo doce años oyó una voz sobrenatural que le dijo: "deja tus ovejas y vé a fabricar el puente sobre el Ródano."

Para esta fecha, a fines del siglo XII, los habitantes ribereños de Avignon y los viajeros que ahí llegaban, se veían precisados a atravesar el Ródano, el río más caudaloso de Francia, en una barca de viejo pontonero.

El gobierno feudal no había ni tan siquiera intentado la construcción de esa obra de primera necesidad para los pueblos.

Fué preciso que la inspiración descendiera de lo Alto a la frente del pastorcillo, y así animado por la fe, y cumpliendo mandato de su Dios, viniese a despertar la apatía de sus contemporáneos.

La infancia de Benito añadida a la pequeñez de su estatura, sólo causó burlas y desprecios del obispo y preboste de Avignon cuando les habló de la empresa.

En presencia del segundo alzóse una gran piedra al mandamiento irónico de éste, y la condujo a orillas del río sirviendo de base en la construcción del puente.

A la vista del prodigio que las fuerzas de este San-

són en miniatura hicieron real, todo el pueblo puso manos a la obra.

Al cabo de siete años el puente estaba concluído. El contacto de la piedra del milagro, y la presencia del pequeño arquitecto que dirigía personalmente los trabajos, efectuaron hechos miraculosos con cuyo prestigio aumentaron los jornaleros y los materiales de la fábrica.

Lo que no hicieron Emperadores romanos ni Reyes franceses, lo hizo un ignorante zagal de doce años.

¿Qué faltó a los Señores de pueblos para el propósito que logró el esfuerzo de un niño? El entusiasmo. La fe.

Caiga una chispa de ese divino fuego en el cerebro de un Benito, de una Juana de Arco o de un Pablo el Ermitaño, y los veréis realizar empeños difíciles, casi imposibles para los pueblos y testas coronadas.

Hechos humanitarios y de gran valía, inspirados a los humildes y pequeños, a fin de igualar y confundir la soberbia de los grandes.

Benito formó la comunidad llamada por él Hermanos del Puente, la cual atendía a la conservación de la obra suya y a las necesidades de los peregrinos.

El Santo murió al terminar el cometido; era de hasta edad de 19 años. El cuerpo se enterró en la capilla de su convento.

Estuvo al servicio público por espacio de cinco siglos, entrando en ruinas en 1669.

Benito tenía apenas cuatro y medio pies de estatura; la misma que usó Pablo el de Tarso.

La pequeñez de estos varones, en contraste con la grandeza de sus almas, no deja de ser un consuelo para los hombres que siendo pequeños de cuerpo, son grandes en el esfuerzo.

JACULATORIA:

¡Santo pastor de Almilat, inspira a uno de los ribereños del río Táchira con tu aliento de Arquitecto milagroso, a fin de que una chispa del entusiasmo tuyo incendie su cerebro, y lleve a cabo la construcción del puente internacional sobre las fronteras del Táchira y Santander! (1)

¡No desoigas la súplica de hoy, que bien sabido es cómo acuden con su aliento y brío los Taumaturgos, aun desde el Empíreo donde moran, cada vez que el empeño de los hombres ha fracasado en el intento de las humanas cosas!

Y habrá para tu nombre ¡oh Benito de Almilat, veneración y culto, allá en los lindes de la Patria de quien te implora! Amén.

Cúcuta, 1915.

---

(1) *Los habitantes de esa región fronteriza conocen la suprema nececidad de un puente sobre el río Táchira, dados el tráfico permanente, la anchura del paso y la abundancia de sus aguas en épocas de lluvias, las cuales arrastran y ahogan a los viajeros.*

En respuesta a tal necesidad, y a iniciativa del Gobierno de Venezuela, se celebró en Caracas el 20 de Julio de 1925, entre el Representante de esta República y el de Colombia, un tratado para la construcción de dicho puente.

El Decreto del Gral. Juan Vicente Gómez, Jefe del Ejecutivo venezolano, se publicó en Caracas el 14 de Septiembre de 1925. Aniversario de la batalla campal de Tocuyito, el 14 de Septiembre de 1899, último triunfo de la Revolución Restauradora.

En los estribos de la parte venezolana, que ya se habian comenzado, bien podria colocarse una plancha de bronce en relieve figurando las palabras del autor de estas "Jaculatorias", en su discurso del 24 de Julio de 1925 en San Antonio del Táchira, con motivo del regreso de los Tachirenses a Venezuela.

"Compatriotas:

Antes de volver al seno de la Patria haced como los antiguos, que sacudian el polvo de las sandalias para no recordar las amarguras del éxodo.

Y bebed de esas aguas fronterizas que, semejantes al simbolo griego, ellas tendrán la virtud de las aguas del Leteo que hacian olvidar las horas ingratas de la vida.

Que ya os aguarda ansiosa, llenos de lágrimas los ojos, sobre el quicio de la puerta familiar la anciana madre; y en alborozo el alma y en repiques de alegria el corazón, cabe el dintel, la sufrida esposa; y los hijos, que talvez no os conocen, están modulando el dulce nombre de padre en sus labios infantiles.

Mas... para los que sufren la angustiosa pena de haber perdido uno de sus deudos, basta que lleven como el Poeta una flor amarilla del camino y el resto del llanto que en la ausencia les quedó."

Pocos años después el largo puente quedó terminado, y hoy es de suma utilidad entre los dos pueblos.

También en esta ocasión el Santo escuchó la súplica al autor de "Jaculatorias."

XIX

EL FLORENTINO

Este varón piadoso y casto nació en Florencia en 1515; pasó en edad de continuar estudios a Roma, y allí creció su santidad.

Sobrio, cada 24 horas comía de su pan y bebía de su agua; infatigable, su descanso era reducido. La oración empezada en los templos era continuada en las frías y oscuras Catacumbas de San Calixto, que en forma de corredores subterráneos se prolongaban por las campiñas romanas en longitud de kilómetros.

Veintitrés años tenía cuando rompiendo con el mundo se consagró por entero a la caridad: cárceles, hospitales, plazas y demás sitios públicos fueron en Roma escenario de su piedad evangélica.

En la capilla Salvador del Campo fundó cofradía hospitalaria para extranjeros, peregrinos y convalecientes que en su visita a la Ciudad Eterna se hallasen necesitados.

A los 36 se hizo sacerdote. En éxtasis prolongado se quedaba durante el sacrificio de la misa. Todo él se consumía en ardores del amor divino; y cuando oficiaba en su capilla particular la comunicación con su Dios era tan intensa, que en arrobamiento de horas enajenaba su alma y sus potencias.

Un día, al terminar el sacrificio, sintió tal amplitud en su corazón que éste se abrió lugar dentro del pecho, rompiendo al dilatarse dos de sus costillas.

Después del hecho singular, evidente manifestación de intenso amor, vivió 40 años.

A su muerte, Roma entera testimonió la verdad del prodigio a la vista de un corazón tan grande.

Su palabra, que era de fuego, convertía corazones endurecidos por el pecado en blanda cera, humedecida en lágrimas de arrepentimiento.

El número de conversiones alarmó de tal modo a sus envidiosos que buscaron la manera de perderle; los venció, como enantes había vencido sus pasiones de hombre: a fuerza de santidad.

Fundó la congregación de los Padres del Oratorio, donde en conferencias espirituales e instructivas habló primero a sus discípulos, y luego al pueblo y nobleza romana que acudieron a él.

Los frutos de esta nueva asociación a medida que se extendía por Italia, España y Portugal, se hacían abundantes en hombres eminentes para la Iglesia.

Terminó sus días a los 80 años de edad, dejando San Felipe Neri caso ejemplar de cómo se incendia un corazón en llamas de amor.

JACULATORIA:

¡Ilustre florentino! ¡Pon en la lengua del suplicante algo de unción de la divina tuya, para que pueda convertir frialdad de corazones en incendios de amor!

¡De la tensión de tus ardores, alienta un soplo capaz de revivir el ánimo abatido de la que ausente, se niega a cultivar la flor de la esperanza! Amén.

Cúcuta, 1915.

XX

LA SIRACUSANA

Unica heredera de nobles, ricos y cristianos padres presto se vió en ella cómo su espíritu se iba tras el silencio y la piedad.

Estando su madre Eutiquia a peligro de perder la vida por flujo de incontenible sangre, acudieron ambas las dos a Catania adonde estaba el sepulcro de Santa Agueda.

Hincadas de hinojos junto a él, y después de largo tiempo de orar, al ponerse en pie la enferma se sintió tan sana como de antes.

Es que por ser la medicina que se consigue al pie de la oración tan divina y tan sin trazas humanas, obra en los dolientes como por ensalmo.

Al regresar a Siracusa, determinada que estaba la hija de Eutiquia de consagrarse a su dios, habló de ello a la madre, y no sólo lo consintió sino que, reconocida de suyo a la cura milagrosa, siguió a su hija en el piadoso intento.

Muerto a esta sazón el padre de Lucía, y siendo de cuantiosos bienes dueñas las dos repartieron unos, con otros rescataron cautivos, y con los más desencarcelaron encarcelados.

Sabido esto del prometido de Lucía, que era un noble pagano, corrió a ella para informarse del hecho. En cuenta de que lo acaecido acaeció por ser cristiana de religión, despechado y colérico va y hace la denuncia ante el Prefecto de la ciudad.

Corría el primer lustro del siglo IX; a punto esta-

ba la persecución de Diocleciano extendida por el Imperio todo.

Si va a decir la verdad el rostro de Lucía bañóse de licor divino cuando el Prefecto, fracasado en la oferta de honores y promesas la amenazó con el martirio.

No hubo violencia que no intentase; azotes, fuego y todo cuanto imaginan los verdugos; pero Santa Lucía quedaba siempre en medio de las llamas y tormentos incólume, y con los ojos levantados arriba dialogaba con su Dios.

Vencido el tirano ordenó decapitarla.

Y cual si fuese un lirio que troncha a orillas del arrollo el vendaval, así vino a tierra la cabeza de la hermosa Siracusana.

Cuelgan exvotos de esta Santa los que de la vista sufren; quizá hubo de perderla en el martirio, y por eso lleva a mano en un platillo sus ojos milagrosos.

JACULATORIA:

¡Hermosa mujer de Siracusa, cuyos bellos ojos a guisa de estrellas, y en testimonio de martirio, enclavados desde aquel punto en el cielo sè quedaron!

¡Aviva en fuego de pasión, celeste mediadora, las negras pupilas de la amada! ¡Cuida de sus bellos ojos, luz y alegría de cautivas tristezas y esperanzas; y haz que brillen siempre, cual dos faros que son, en la costa hospitalaria adonde debe de arribar la nave del viajero que, azotada aún por embate de olas encontradas, navega a merced de los vientos y el destino! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXI

EL CENOBIARCA

San Pacomio, considerado el primer fundador de las comunidades religiosas, nació entre gentiles en la Tebaida superior el año 278.

Halo de leyenda le formaron en su niñez los mismos ídolos, enmudeciendo el oráculo de éstos a su presencia.

En servicio militar bajó el Nilo desembarcando en sus orillas en población cristiana.

Enamorado de sus principios abrazó la nueva religión; de regreso al hogar, sabiendo que en el fondo del desierto había un santo anacoreta, corrió a él suplicándole le recibiese por discípulo suyo.

Palemón sin abrir la celda le despidió; ya otros que habían solicitado cosa igual muy pronto le abandonaron, por no poder soportar la sobriedad y penitencia del ermitaño.

Pacomio insistió por muchas veces hasta que consiguió ser admitido en la celda del viejo Palemón.

A poco tiempo le había no sólo igualado sino superado; y en todo era ejemplo de oración y penitencia para el mismo anacoreta.

Por inspiración divina fundó en Tabena, cerca de la gruta de Palemón y a orillas del Nilo, el primer monasterio de la Tebaida cuyas reglas grabadas en piedra le fueron presentadas por un ángel.

Tabena fué el Sinaí de este nuevo Moisés legislador de cenobitas.

Quince años pasó en compañía de Palemón y de

su hermano Juan, siendo tan mortificada su vida que durante este tiempo nunca recostó su cuerpo, dormía sentado sobre una piedra, y pasaba noches enteras con los brazos en cruz.

Túnica grosera de lino cubrió siempre el cilicio, que a modo de interna túnica se ajustaba al descarnado cuerpo.

Los cenobitas de Tabena estaban obligados al trabajo y ayuno conforme a sus fuerzas; en cada celda había tres monjes; perpetuo silencio y obediencia absoluta; llevaban un capucho o capilla para no verse durante el refectorio que era en común; túnica de lino y manto blanco de pelo de cabra que sólo se quitaban para lavarlos, eran sus vestidos.

La comunidad se dividía en 24 clases, conformándolas a las letras del alfabeto griego: desde los dóciles, representados por las letras de rasgos uniformes hasta los más indómitos, caracterizados por las de figuras irregulares.

La oración se hacía a mañana, a tarde y a noche: repetida hasta por doce veces en cada parte del día.

El don de lenguas, de profecía y de milagros dió tanta celebridad al Cenobiarca, que en pocos años los monasterios poblaron la Tebaida: llegaron a contarse en vida del fundador 20,000 monjes.

La hermana de éste, siguiendo su ejemplo, fundó en la otra ribera del Nilo convento de monjas, a las cuales dió San Pocomio reglamento semejante al suyo.

Terminó su vida el año 248 a los 70 de edad, habiendo permanecido 35 en el monasterio de Tabena.

JACULATORIA:

¡Antiguo Cenobiarca!, ¡que al legislar la vida en común de los anacoretas, hiciste de cada monje un

pebetero; y en holocausto espiritual ofrendaste a tu Dios pira gigantesca de oración, que en incendio de perfumes alumbró por muchos siglos los desiertos de la Tebaida!

¡Concede al suplicante que, Cenobiarca en afectos de mujer, ofrezca como tú al Dios Amor y en holocausto de cariño, pira de incendios pasionales que alumbre las estepas de la Tebaida que en el alma lleva! Amén.

XXII

LA HUNGARA

Hija, esposa y madre de reyes, usó de la industria de tal en la piedad y el sacrificio.

Isabel, grande como reina de Hungría, y grande también como cristiana no se sabe en qué brilló más: porque en esto de amar a sus súbditos y ejercer la caridad, andaban tan a una sus voluntades de reinar y de servir, de modo que la una voluntad no viene a mengua en cotejo con la otra.

La presencia de su dios enclavado en el madero y de espinas coronado, llevaba tanto dolor y respeto al ánimo de Isabel, que un día, trayendo a cuento la tragedia del calvario, cayóse desmayada: nueva Esther a la vista del imponente trono del rey su amo y su señor.

Cierto día que su esposo la aguardaba para sentarse a la mesa, y no teniendo a mano otra cosa que dar que su real manto, cubrió con él la desnudez de quien lo hubo menester.

Sabido esto por el rey en seguida demandó la verdad: allí está colgado, respondió la Santa.

Fuese a él, lo vió, lo reconoció y lo palpó; quedando con todas veras comprobado el hecho legendario.

La labor de sus manos cuando la de reina y de mujer piadosa la dejaban en libertad, no era de oro y seda cual se aviene con manos principescas; era humilde tal que su espíritu de caridad: hilaba lana

para la urdimbre de tosco paño de los pobres, y zurcía vestidos rotos de sus enfermos.

El año de 1225 como sobreviniese grande hambre en sus estados, multiplicó su caridad a medida de aquélla, y cuentan, el cuento que no le tiene, de que un día de invierno y también de hambre, al ver a un niño que acaso estaba a la puerta de un tugurio, y que en vano exprimía el enjuto seno de la madre moribunda, tomó en sus reales manos la rubia cabecita del pequeñuelo, llevóle a su materno seno y dióle de amamantar.

Erase que se era madre no de sus hijos solos, sí que también de los hijos de los pobres y abandonados.

Al pie de unos cuantos días murió su esposo en Otranto, a punto de partirse a luengas tierras en empresa de cruzados.

El gobierno de un su cuñado siguióle causa por disipadora de las rentas públicas.

Una vez despojada y arrojada de palacio nadie quiso recibir en su seno a la que enantes era madre fecunda en bienes para todos.

El temor a las persecuciones del nuevo rey, a quien amparase a la viuda destronada, llevó crueldades a el ánimo de los hombres.

La cobardía ahogó todo principio generoso.

Y vióse hogaño mendigando y confundida con gentes de mala ralea, a la que antaño fué alegría y sol esplendoroso en el trono de los reyes húngaros.

Menester era el ir vestida de ricas preseas de caridad; cuales atañen a un alma cristiana con todas veras para no dar al través con la humildad y resignación. En este manto se envolvió la Isabel de Hungría.

Los que veían el rostro de la real pordiosera, ha-

llaban con sorpresa que la real majestad y buen humor entraban en ella y salían también de ella como antes.

Por donde se daban a entender que Isabel era igualmente reina en la desgracia y en la opulencia.

Bien podía ella exclamar lo mismo que el Apóstol: "sé de la abundancia, y también de la estrecheza sé; y siempre he sido igual puesto que me anima el espíritu de Cristo."

Con tales armas desarmó a sus enemigos. Recibida que fué su dote la repartió entre los pobres.

Luego al punto vistió el hábito de San Francisco.

Hízose construir choza humilde cerca del castillo de Marpurg, el cual castillo era su palacio de cuando reina.

Y allí en medio del cilicio, penitencia y oración terminó su vida; ésta era de edad de poco más o menos de 24 años.

Los cuatro últimos fueron de tormentos y tribulaciones para el alma de Santa Isabel.

A orillas del Sena en la capilla de Roche Guyon se venera parte de sus restos, hoy reliquias milagrosas.

Y en Bogotá su cabeza. Llevada fué el año de 1574 por el segundo Arzobispo de Santafé, Fray Luis Zapata de Cárdenas, regalo que le había hecho la Reina de Castilla Doña Isabel de la Paz, cuando era Provincial de San Miguel (1).

JACULATORIA:

¡Húngara hermosa! ¡Cubre con tu manto de piedad el corazón del suplicante, a fin de que el hielo

---

(1) *Flórez de Ocariz, Preludio, pág. 132; y Papel Periódico de Bogotá, Núm. 32, pág. 122.*

del desamor no entre nunca en él, antes de terminar sus cortos días sobre la tierra!

¡Oh tú, que hiciste de madre del pequeñuelo aquel que se moría a las rigurosas manos del frío, hambre y abandono! ¡Haz que quien te ruega encuentre siempre en los recodos del camino, piadosa mujer que calme con su fecundo seno la sed de sus angustias! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXIII

EL EXTATICO

Miguel de los Santos nació en Cataluña en 1591.

Un día, mientras sus compañeros infantiles se divertían jugando, él se arrojó desnudo entre zarzas y cambroneras despedazando con las espinas su impúber desnudez.

Martirio imaginado por San Francisco y otros santos, pero en edad adulta.

De allí adelante continuó sus ensayos de penitencia de tal modo, que su túnica inconsútil de santidad fué una continuación de la blanca túnica del niño.

A los 16 años entró en el convento de los Trinitarios Calzados de Barcelona; y al siguiente, no satisfecho con la disciplina de éstos, se fué al de los Descalzos de Pamplona.

Pasó a Valladolid adonde le llevó su inclinación al estudio. Allí se hizo predicador cosechando opimos frutos debido a la persuación de su palabra.

Con frecuencia durante el sacrificio de la misa se incendiaba su rostro, y enajenando sus sentidos se quedaba en extáticos coloquios con sus dios; también sucedía cosa igual en sus sermones; y fueron muchas las veces que el público le contempló con los brazos levantados, los ojos en patético ademán y el pensamiento fijo en las Alturas.

Ingeniosa en tormentos y cilicios, apenas daba al reposo hora y media sobre sarmientos y una piedra por cabecera; dejaba de tomar alimento hasta por es-

pacio de ocho días, y se torturaba con arte y sin piedad.

Los pies descalzos en la crudeza del invierno; para sus piernas y brazos finas mallas de alambre; sobre el tronco gruesa cadena de bronce hasta por tres veces; cubría los hombros con planchas de acero y con cruz de hierro las espaldas.

Mallas, cadena, planchas y cruz estaban erizadas de púas de metal, que encarnadas en su cuerpo hacían de éste una úlcera sanguinolenta y pútrida.

La sola cruz tenía 150 puntas afiladas.

Miguel fué un artista del cilicio para el tormento de su cuerpo; desplegó su ingenio cual despliegan el suyo los verdugos en su oficio de tales.

Eran sus éxtasis y sus torturas elocuente manifestación de su hambre y sed inextinguibles: experimentar todos los tormentos de los mártires todos, y sentir todo el amor de los amantes todos de Jesús.

En Miguel, cual acaece en todos los atormentados de pasiones humanas o divinas, a medida que aumentaba el rigor de sus martirios y el fervor de sus coloquios, ardía en deseos de convertirse y fundirse al mismo tiempo en los unos y en los otros.

Con voluptuosidad de quien goza en la tortura se le oía exclamar: "hoy, mi Dios, te quiero y sufro más que ayer y menos que mañana", lenguaje peregrino del amor.

En su último sermón y durante su último éxtasis enfermó de amor, como la Sulamita del Cantar de los Cantares: de allí le llevaron al lecho de la muerte.

Duró su vida mortal 33 años; 26 de éstos fueron de cicilios, éxtasis, conversiones y piedad.

Pocas veces se han unido tan fuertemente en pecho de varón, la piedad para con los demás y el rigor para consigo mismo.

JACULATORIA:

¡Extático Miguel! ¡Artista del cilicio que, hambriento de torturas y sediento de amor, supiste de la hambre insaciable y de la sed inextinguible!

¡Concede al peregrino calmar su hambre y aplacar su sed, en el cántaro de aquella Samaritana que en cierto día, a la vera del camino y cabe el brocal del pozo de Jacob, le demandó de hinojos: pan para su hambre y agua para su sed! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXIV

LA SIERVA

Lo fué no sólo de su Dios, sino también del ciudadano Fatineli, a quien tuvo de servir en su casa de Luca durante 58 años.

La vida de esta mujer de humilde condición, que vivió ocupada en oficios más humildes aún, prueba que hay santidad en el exacto cumplimiento de los deberes de cada quien.

Aborrecida, maltratada, calumniada por sus compañeros de servidumbre, nunca sus labios exhalaron queja inútil, y llevó a cabo la tarea de la vida como ordena Pablo, el de Tarso, sin murmuraciones y sin vacilaciones.

Severa en sus labores se excedió a sí misma; con esto desarmó la antipatía de amos y de criados hasta que se tornó en admiración justiciera.

Pero Santa Zita sufrió con el homenaje que hacian a sus méritos de sierva, pues perdía de ese modo la mortificación que diariamente ofrecía a su Dios, ocasionada por los desprecios y duro tratamiento que recibía.

Su principal cuidado fué el de no ocupar puesto alguno en la cómoda ociosidad. La constante labor en sus manos y el pensamiento fijo en su Jesús, laboraron riqueza para sus amos; y de la tosca arcilla de sierva cinceló un vaso de alabastro, donde encerró ungüentos piadosos, esencias de casto amor y perfumes de santidad.

Ungía con estos dones los pies del Salvador, cual hábil perfumero de Sátrapa oriental que confecciona aroma, nardo y mirra para la unción del cuerpo de su rey.

Hizo voto, y lo cumplió, de no mirar nunca el rostro de varón; Luis Gonzaga lo hizo siglos después, de no mirar el de mujer alguna.

Su castidad corrió parejas con su mansedumbre: ni fué manchada aquélla por la sombra de pensamiento impuro, ni ésta desmentida fué por sofocos de soberbia o de ira involuntaria.

En los quehaceres manos invisibles completaban la tarea, cuando para su ya provecta edad era abrumadora la labor.

En ocasiones halló amasado el pan que preparaba, y dispuesto para las hornadas.

El pozo de Santa Zita que en las cercanías de Luca se venera, recuerda que un día, igual al que Jesús en las bodas de Caná convirtió el agua en vino para el banquete, ésta lo hizo para un pobre convaleciente.

Sus labios nunca se mancharon con la censura de ajenos actos, aunque éstos fuesen de los criados sus calumniadores.

Todo lo que hacían los demás era justo y bueno para ella.

Su ascetismo no quedó en zaga de su abstinencia y cilicio corporal.

El día en que murió, año 1272 y a los 70 de su edad, cuentan que un resplandor iluminó la casa de sus amos.

Sobre su tumba, en capilla de San Frigidiano, y adonde van los Lucanos en épocas de calamidad pública a implorar su protección como patrona de la ciudad, desciende el mismo resplandor siempre que

le es permitido de su Dios acudir en auxilio de sus creyentes.

JACULATORIA:

¡Humilde sierva de Jesús, que al igual del Amo convertiste el agua en vino! ¡Concede esa tu virtud a las palabras del suplicante, a fin de que la mujer halle siempre debajo de su lengua el dulce vino que embriaga el alma y los sentidos!

¡Sierva de Fatineli, que tuviste el raro privilegio de hallar justo y bueno todo cuanto hacían los demás! ¡Infunde en un rayo del resplandor que cae sobre tu sepulcro, ese privilegio tuyo para encontrar como tú, lógico y razonable todo lo que hace todo el mundo! De modo que el versículo de Job, "ninguna cosa sucede en la vida sin motivo", ¡venga a sus labios ante todo acto humano! Amén.

XXV

EL BIBLICO

Este violento hombre de pasión, luego que en Roma, adonde fué enviado de Iliria por su padre, hubo de ilustrarse en lenguas y retóricas, entró de lleno por la estrecheza del ascetismo religioso, y para ello tuvo de asirse, en corajudo empeño, de la abstinencia, cilicio y oración los solos tres auxiliares poderosos que acallar logran las voces interiores de la carne.

Ansioso de saber determinó de viajar y las Galias, Tracia, Ponto; y Galicia, Capadocia y Alejandría, teatro fueron de sus peregrinaciones en pos de conocimientos.

Buscaba desiertos para en ellos a fuerza de oración, y estudios en diversas lenguas, sofocar los espíritus lascivos que él creía le congojaban, con la desnudez de sus visiones, en pena del pecado de la primera juventud.

En su celda de Calcidia, estando a punto de desfallecer a golpes de rigurosos cilicios, llegóse a él un león herido que venía en desmayo a causa de la sangre que vertían sus heridas.

Puso vendaje a éstas y desde aquel punto fué su compañero en los desiertos. Los artistas en sus lienzos, junto a Jerónimo en oración, pincelan un león que en actitud como de hinojos parece implorar, al igual de su hermano el torturado, beneficios de su Dios.

Y andando de ceca en meca y de zocos en colo-

dros en busca de lo que hallar no pudo nunca, y domando lo indomable por evitar lo inevitable, llegóse a la mitad de la jornada de su vida al pueblo de Belén en Palestina.

Era de hasta edad de medio siglo.

Quiso ver por vista de ojos los Santos Lugares que sirvieron de cuna, campo de acción y suplicio al Redentor. Y quien debía llevar a cabo alta empresa de ingenio fijóse en las campiñas de Belén hasta su muerte.

Paula y Eustoquia, hija y madre de ilustre alcurnia romana, acompañaron a su padre espiritual a su última morada.

Hombre de pasión quiso para hacerse a méritos mayores, hallarse siempre junto a la carne tentadora, y sin huirla y en corajudo empeño de varón tenerla al alcance de su mano, de modo de hacerse más recia la batalla puesto que tuvo de sofocar, en compañía de la hembra, sus indomables espíritus mundanos.

Y cuentan que sus ojos cerrados fueron para siempre cuando de morir tuvo, por manos de patricia, joven hija espiritual de El Bíblico Jerónimo.

Fué grande amigo, admirador y admirado al mismo tiempo de Gregorio El Nazianceno, y de Agustín El Convertido.

Aprendió de viva fuente el hebreo para comprender los libros del viejo testamento, el caldeo para las crónicas de Tobías y de Judith, y el griego para la versión toda de los setenta.

Enriqueció la literatura de los pueblos con la traducción en clásico latín de las Sagradas Escrituras, conocidas con el nombre de la Vulgata.

Y con el fin de darse mejor cuenta de las Epístolas de Pablo, fué a Tarso y aprendió allí las versiones de la lengua que hubo de hablar el Apóstol.

Apologista formidable combatió con valor y con violencia las para él herejías de sectarios.

En sus cuarenta años de señero consagrado al estudio y penitencias, conoció San Jerónimo de cómo se llega más tan aína a aprender lenguas, a traducir libros, y a escribirlos antes que a sofocar instintos poderosos de la carne.

Y todo vino a cuento en la fineza de su negocio: avínose la pesadumbre del cuerpo con la tentación del espíritu, y entrambas a dos corrieron parejas con sus flagelos sobre aquel torturado del desierto.

A la plenitud de las físicas dolencias, serviale de colmo la impureza de sus visiones: estas furias del desierto le hacían echar de menos las bellezas que fueron solas para vistas en Roma; y los placeres que fueron para vividos y sentidos echados menos también le fueron.

Cuando al final de la jornada se miraba Jerónimo su cuerpo ulcerado, y por completo descarnado a violencia de cilicios, bien se sabía él el por qué de las insurrectas tentaciones: ¡no nace de la carne este deseo que llaman carnal, sí que surge vital y poderoso del alma misma que se encarna en medulas y neuronas de los huesos y los nervios!

Era de hasta edad nonagenaria cuando terminó sus días en el monasterio de Belén; primer cuarto del siglo V.

Lleno fué éste de su nombre; y la Vulgata se vulgarizó de tal manera que la historia del pueblo hebreo, desde Moisés hasta Jesús, ha pasado de mano en mano a través de las edades.

Este esfuerzo sobrehumano de San Jerónimo en los desiertos, de sofocar lo que humanamente brota en los humanos pechos, es argumento que el arte ha hecho inmortal en mármoles y lienzos.

JACULATORIA:

¡Oh Jerónimo! ¡El torturado del desierto! ¡Que apuraste hasta las heces la copa del cilicio creyendo sofocar el supremo deleite de la vida, que en labios de mujer dejaron los dioses a los hombres que sirviese de consolación o de nepenta a los dolores!

¡Tú, que asaz supiste de esas ansias, aviva las que nacen en los neurones y medula de quien te implora!

¡Que no llegue nunca al suplicante, el día triste como el que más del santo rey David, que ni al calor de la hermosa Abisag tornó a libar el presente de los dioses, que en copa deleitosa le ofrecia la doncella de Sunán! Amén.

XXVI

EL CALABRES

Para 1435 en un peñasco junto al mar, y horadada en roca viva había una celda en la Calabria; habitación de un joven ermitado.

A los 19 años tenía celebridad de anacoreta; trataba de emular en penitencia a los de la antigua Tebaida.

El misterio de su retiro frente al mar, fué rompido por las súplicas importunas de compatriotas que ansiaban ser discípulos suyos.

Cedió a la demanda de la impertinencia mística y fundó allí mismo las bases de nueva religión.

Tuvo aparición de San Francisco y alentado con ello empezó la obra del monasterio.

Como todos los pueblos del contorno tomaron parte en el piadoso empeño, en pocos años quedó terminada la tarea.

Daba aliento a la labor los hechos miraculosos del Taumaturgo calabrés.

Las llamas de hornos encendidos respetan la orla desflecada de su hábito; peñascos que amenazan sepultar el edificio, cambian de rumbo a su mandato; nuevo Moisés, golpea las peñas y éstas brotan agua para sus trabajadores; necesita pasar a Sicilia y no teniendo barco, extiende su capa, y cual otro Jesús, atraviesa las aguas del estrecho.

Oráculo de su época anuncia, lo mismo que los profetas de Israel, sucesos de hombres y de pueblos.

Temerosos los Calabreses de su enemigo el Turco, acuden a él, y alentados con su brío logran expulsarle de la Calabria. El Rey Católico oyó de sus labios la conquista de Granada, y la profecía del Taumaturgo fué escudo del combatiente.

En medio de tantos prodigios fundó la orden de los Mínimos.

A los tres preceptos de los Franciscanos agregó un cuarto, la perpetua abstinencia.

Sixto IV quiso conocer al santo varón de las leyendas y al tratarle, comprendió que sí era grande el calabrés Francisco de Paula.

El emisario del rey de Nápoles que llevaba, a causa de intrigas, orden de apresarle, quedó desarmado a su presencia.

Su fama tramontó los Alpes. Luis XI de Francia que se hallaba enfermo en su palacio de Plessis, le llamó a su lado para el prodigio de la salud perdida.

Francisco de Paula que no era de arcilla de cortesanos, sino de profetas, habló en lenguaje sentencioso: "he venido no para alargar tus días, sino para ayudarte a bien morir."

Carlos VIII, el sucesor de Luis, le dió su real protección a fin de que fundase en su reino conventos para su orden.

Pronto recibió el beneficio en pago de su generosa hospitalidad.

Contribuyendo en mucho, con su aliento inspirado, al triunfo de las armas de Carlos en las jornadas de *Saint Aubin* y de *Fornoue*.

También a su mediación de hombre eminente debió Francia la adquisición del ducado de Bretaña, por la alianza que hizo el rey con la duquesa Ana, heredera del estado.

En la corte de los papas y los reyes, su vida de

abstinente mortificado no cambió en punto alguno a la del asceta del peñasco calabrés.

De los 90 años que duró su vida, 70 consagró a su obra; y cuando murió en Plessis, cerca de Tour, sus ideas se extendían por Italia, España, Francia y Alemania.

Cincuenta y cinco años más tarde los Hugonotes profanaron sus restos, y en pira de sacrilegio, sirviendo de leño el crucifijo del convento, los incineraron.

En Paula, su pueblo natal, se venera su hábito viejo y raído que sirve, en días de conflicto público, de *palladium* protector.

La vida de San Francisco de Paula quedó gravitando en el platillo moral de la balanza pública, para cuando se liquiden las maldades de sus compatriotas, los bandoleros de la Calabria.

JACULATORIA:

¡Ilustre Calabrés, a quien nada ni nadie hizo cejar en tu virtud de luchador, ni entibiar en punto alguno el ardoroso empuje de tu fe!

¡Alienta tú, Francisco de Paula, el corazón de quien te ruega, de modo que nunca desfallezca en la lucha por la vida, y asido de tu manto pueda caer de frente al sol!

¡Envuelve entre los pliegues de ese tu manto desflecado, cual túnica incendiada en ardores de fe a la bien amada, a fin de que avive en ella con ahinco y a todas horas, el aliento que tenga de sentir por el amor del suplicante! Amén.

XXVII

LA DESOLADA

Esta hermosa florentina, hija del Gobernador de Cortona, comenzó a los doce años a gozar de la voluptuosidad del dolor; esposa del divino Jesús y enamorada de sus tormentos, ingenió corona de espinas que apretó fuertemente sobre sus sienes, hasta que el éxtasis del dolor embargó por entero sus sentidos.

A los 16 años entró en un convento de donde la hicieron salir a poco tiempo. Al cabo de tres años de luchas con sus padres consiguió el logro de sus deseos.

Vuelta definitivamente al convento y habiendo rompido para siempre con el mundo, trocó su nombre por el de Magdalena e hizo del claustro su sepulcro.

El fuego del amor divino en que ardían su alma y sus potencias, frecuentemente la mantenían suspensa en extáticos coloquios; y en larga sucesión de horas permanecía fuera de la vida en transportes de místicos arrobos.

Pero un día, las rebeldías de la carne se hicieron sentir en este lirio de pureza; y por espacio de cinco años las tentaciones de todas las impurezas, y los deseos sensuales de pasiones, aún desconocidos para ella, soplaron como un simún devastador sobre su alma.

Abandonada, desolada, llena de tedio mortal pa-

ra la vida, llenó la boca suya de congojas repletas de amargura.

En la sequedad del aislamiento de la gracia y en la aridez del abandono de su Dios, no cesó un momento de implorar los favores que el cielo le negada.

Al final de estos cinco mortales años pasó la tempestad, y vinieron con la calma las horas tranquilas del amor de su Jesús.

Testigos de la revuelta que en días de tormento tuvieron sus pasiones, la acompañaron en el resto de su vida físicas dolencias, las que lentamente fueron minando su organismo.

Semejante a una lámpara que extingue su luz al pie del ara, una vez consumado el sacrificio y el combustible del *oleum* consumido, así terminó sus días Magdalena de Pazzis, a quien el fuego del amor de Cristo incendió su envoltura material, cual si fuese estopa resinosa al contacto de la lumbre.

JACULATORIA:

¡Bella Magdalena de Pazzis, que en congojas de tedio mortal supiste de aislamientos, de dudas y desencantos! ¡Conforta a la bien amada a fin de que el frío de esas nieblas no entumezca el corazón!

¡Tú, La Desolada, que apuraste la copa de amargura cuando abandonada de tu Dios, desgranabas en silencio el rosario de tus cuitas! ¡Asiste a quien te implora para que nunca, mientras viva, sienta en su alma el abandono del Dios Amor! Amén.

XXVIII

EL MORTIFICADO

Fué un patricio romano, hijo de rico senador, que recibió el nacimiento de su hijo cual fruto de oración y de piedad, dada la esterilidad de su compañera.

En poco tiempo adelantó en ciencia y en virtud; precisado por su padre a tomar estado se desposó con doncella rica en todo y linajuda como él.

En la misma noche de sus bodas, a semejanza de Abraham, El Solitario, abandonó el hogar; había rompido, de acuerdo con su Dios, con todos los afectos del corazón y con los intereses todos del mundo.

Para violentarse más en su lucha interior y hacer más meritorio el acto, esperó el enlace con hermosa mujer a fin de agregar la mortificación de esposo a las naturales de hijo y de patricio.

Un buque desde el puerto de Ostia le llevó al Oriente. En Edesa comenzó su vida de mortificación. Mendigo, vagabundo y harapiento, era insultado, mofado, escarnecido por las calles.

Con dificultad le daban, después de los oprobios, un pan para su hambre. Mientras más despreciado se veía, mayor era el gozo de su alma.

Buscaba escarnios, burlas y humillaciones para imitar en algo a su Maestro.

Hizo de la puerta de una iglesia su refugio ordinario. Cuando no pedía limosna hacía oración.

Las noches las pasaba debajo del dintel, sobre la dura tierra y bajo la luz de las estrellas.

Deseando no ser descubierto se mortificó de tal manera, que cambió de rostro y de costumbres hasta llegar a encanallarse.

Voz misteriosa anunció que el mendigo de la iglesia era acepto al Dios de ésta; y al ver que los dicterios se habían trocado en reverencias, dejó Edesa y se embarcó para Tarso.

Los vientos le llevaron de tempestad en tempestad por derrota opuesta al mismo puerto de Ostia.

Una vez allí resolvió ir al paterno hogar y en él vivir como un pobre extranjero.

Nuevo género de mortificación inventado para mortificar aún más, en las que latentes sentía voces interiores de la sangre, de la carne y de abolengo ilustre.

Corrió Alejo a su padre Eufemiano y le suplicó en nombre de su Dios, un rincón en su palacio para guarecer en él su cuerpo y sus andrajos.

La piedad del senador cristiano dió asilo al hijo suyo disfrazado de mendigo.

Debajo de la escalera del principal un cuartucho oscuro le sirvió de celda. Los criados, que recibieron la orden de cuidarle, sólo le daban mendrugos de pan sazonados con injurias; cumplían el mandato del amo con repugnancia servil.

Cada insolencia de éstos era un nuevo triunfo para Alejo.

Pero en lo que más se mortificaba era en la tristeza que veía a todas horas en los rostros de padres y esposa que, inconsolables, suspiraban por su ausencia.

A estas mortificaciones del espíritu agregó las corporales: ayuno, cilicios, oración y penitencia. Artista inteligente en toda clase de mortificaciones, al golpe del cincel formó, en el lento espacio de 17

años, y de tosca piedra de hombre, la estatua milagrosa de El Mortificado San Alejo.

Ya para morir escribió quién era él y cuál la historia de su martirio.

La misma voz de Edesa anunció a Eufemiano, que se hallaba con el Papa y el Emperador, la muerte de un Santo, el pordiosero refugiado en su palacio.

Fueron allá y le hallaron muerto tendido sobre el suelo.

En el escrito que tenía en la mano vió ser su hijo el mendigo que, durante 17 años, había vivido de pobre extranjero en su misma casa.

Hoy se encuentran en el monte Aventino restos del palacio de Eufemiano, convertido por los fieles, a fines del siglo V, en iglesia de San Alejo.

JACULATORIA:

¡Oh Alejo, que tuviste valor para alejar de ti toda sensación de la carne, y todos los sentimientos de la sangre y de abolengo ilustre!

¡Aleja del suplicante las tentaciones del mundo y de la carne, siempre que éstas sólo sean pretensiones ridículas y necias!

Y de su lengua, ¡aleja oh Alejo, la natural propensión del hombre que tiende a censurar lo que del hombre nace!

¡Oh Alejo, aleja bien lejos a tu hermano en las mortificaciones, de las cosas tristes y necias de la vida! Amén.

XXIX

LA AFRICANA

El año 332 vino al mundo en una ciudad de Africa. Mónica, la madre de Agustín El Convertido.

Una criada la amonestó un día, siendo aún niña, porque se hallaba trastornada a causa del vino: tenía inclinación natural a la embriaguez.

Bastóle la sola reprensión de la sierva para ahogar en sus entrañas el instinto vinoso. Cosa imposible para tantos hombres.

Fué dada en matrimonio a un rico ciudadano de Tagaste, contando con su influjo para convertirle al cristianismo.

Patricio, su marido, era dominado por la cólera y la incontinencia, las que supo sojuzgar la inteligente esposa por medio del amor, del silencio y la paciencia.

Cuando le hablaban sus amigas del humor inaguantable de sus maridos, les decía: la mujer casi siempre es la responsable. Para aplacar la cólera y domar el mal genio de los hombres, no hay nada mejor que el silencio y la prudencia. La sumisión debida a ellos nos lo impone. El contrato matrimonial es oneroso a la mujer, pues exige de ella el saberse amoldar a los defectos del marido. La que sepa callar conseguirá corregir las brutalidades geniales de los hombres.

La santidad de Mónica, al par del cumplimiento de sus deberes, no sólo corrigió a Patricio sino que le hizo cristiano.

Santa Mónica debe ser la protectora, pero con áni-

mo de imitarla, de todas las mujeres que tengan por maridos a hombres coléricos y licenciosos.

A poco tiempo murió su esposo. Mónica aumentó en piedad y se consagró al cuidado de sus tres hijos, siendo Agustino el primogénito; éste la hizo trasladarse a Cartago para su educación.

Su talento despejado unido a un natural impetuoso encenagaron su juventud atormentada. De los lugares del vicio en las calles de Sagaste y de Cartago era recogido por sus compañeros de orgía: el vino, herencia materna, y la sensualidad, herencia de su padre, flagelaron por muchos años su cuerpo adolescente y varonil.

A sus pasiones agregó los errores de su inteligencia. En Cartago se hizo maniqueo. Y en cátedra de alumnos explicaba la secta del persa Manes, consistente en dos principios: uno el del bien, la luz; y el otro el del mal, las tinieblas. Así demostraba la existencia del bien y del mal que existen tan unidos en todas las cosas de la vida.

Cansado de Cartago pasó a Roma. Tenía para entonces treinta años. Allí estuvo próximo a morir por motivo de enfermedad.

La noticia de ésta en tierras lejanas aumentó en la madre la plegaria, la que humedecida en lágrimas de amor no cesaba de remontarse al cielo, implorando la conversión del hijo pródigo.

De Roma pasó a Milán. En ésta el cansancio de su vida tumultuosa atosigó su corazón y su cerebro. Y ejerciendo su influjo la intervención milagrosa de la madre, sintió dentro de sí mismo renacimiento de un nuevo hombre.

¡Habíase verificado la conversión de su vida pecadora!

Tenía Agustín para entonces 33 años. La satisfacción de Santa Mónica, que se había reunido con

él en Milán, fué inmensa: igual sólo al continuo padecer que por espacio de veinte años y en súplica de hinojos, hostigó en sus labios al implorar de su dios el cambio de vida de su hijo.

Pronto partieron para Cartago. La muerte llegó a la madre en Ostia, puerto romano. Tenía 56 años. La mayor parte de éstos fué consagrada al amor, a la piedad y a la mudanza de las costumbres licenciosas en los suyos.

JACULATORIA:

¡Santa Africana, que a fuerza de virtud conseguiste la conversión de tu hijo, el disoluto Agustín y filósofo maniqueo, en Padre de la Iglesia y en Aguila de Hipona!

¡Concede, oh Mónica, a la santa mujer madre de quien te implora, que pueda regocijar su alma, antes de terminar su vida mortal, con la conversión de su hijo el pecador! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXX

EL JUGADOR

Camilo de Lelis hijo de un militar y de mujer estéril hasta los 60 años, nació cerca de Nápoles en 1550, en un establo y con dificultades a causa de la avanzada edad de la parturienta.

Hasta los 19 llegó sin aprender nada de provecho; el juego y sus consecuentes compañeros, alcoholismo e incontinencia, le dominaron por completo.

Luego se alistó entre los Venecianos para guerrear contra los Turcos. Su vida atormentada por enfermedades, naufragios, propósitos de enmienda y recaídas, le llevó a la mendicidad por haber perdido hasta el último maravedí.

Entró a servir en el convento de Capuchinos de Manfredonia; allí las palabras del padre guardián le hicieron cavilar durante algún tiempo; y un día la luz de la gracia iluminando la senda oscura que transitaba, le descarnó, con sus rayos de ciencia milagrosa, la fealdad de sus errores, y arrepentido del pasado se hizo Capuchino. Tenía 25 años.

Una llaga, secuela del pecado, renovósele a causa del hábito; y dejando el convento buscó asilo en un hospital de Roma.

Allí conoció a Felipe Neri, quien le hizo ver que no podía continuar de Franciscano por ser la úlcera incurable.

Le consiguió la mayordomía en el hospital de Santiago, donde se consagró al cuidado de los enfermos.

Los de enfermedades más repugnantes atrajeron más su fraternal solicitud.

Notando no ser bien atendidos se propuso formar una congregación para su auxilio, sin tener más recompensa que la piedad.

En unión de nueve compañeros se instaló en el oratorio del mismo asilo, comenzando a dar sus frutos a favor de los miserables.

Los intentos de los dioses, siempre ocultos a los hombres, hicieron que la llaga del pecado, obstáculo a su vida franciscana, le llevase al hospital para en él formar su congregación de enfermos.

Intrigas de un empleado le fracasaron la empresa al nacer.

Un dia, que de hinojos ante el Cristo se lamentaba de su derrota, a tiempo que vió lleno de asombro desclavadas las manos del madero, oyó, no menos asombrado que le dijo: "¿de qué te afliges, pusilánime?, sigue tu empresa que yo te ayudaré."

De ahí adelante alentado por aliento vital de inspiración no desmayó en su tarea, hasta que su congregación fué elevada a nueva religión quedando Camilo general a perpetuidad.

Roma, que la peste de 1594 la diezmó en sus habitantes, recibió de San Camilo inmensos beneficios: por todas partes se le veía con sus compañeros socorriendo a los apestados, auxiliando a los abandonados y enterrando a los muertos.

En aquel tiempo, cuando una epidemia azotaba un pueblo, cada casa se convertía en hospital: de ahí la labor de los enfermeros de Camilo de Lelis.

Las ciudades italianas recibieron en breve el beneficio de esta orden, construyeron asilos de hermanos enfermeros.

Viendo su fundador que la congregación había

prosperado, renunció el generalato; y quedó de simple criado.

La humildad del Santo ahogó hasta la débil brizna de ambición personal.

En sus postreros años pasaba las noches a la cabecera de sus enfermos: aliviando al sufriente, consolando al triste y aviando espiritualmente al que partía: semejaba, cabe el lecho del dolor, al ángel de los últimos amores.

Murió a los 65 años, de los cuales pasó cuarenta curando llagas, mitigando males.

Es el abogado de las mujeres que tienen por maridos a hombres jugadores, incontinentes y alcohólicos.

JACULATORIA:

¡Oh Camilo, jugador napolitano, que diste ayer al suplicante aliento para la cura de los mismos males que hirieron tu virtud!

¡Arranca tú, jardinero de humildad, esos brotes de ambiciones e intereses mundanos, que germinan en el corazón del hombre al par de sus envidias y egoísmos!

Ayuda, ¡oh Camilo de Lelis, al hermano que te invoca! ¡Que todas sus pasiones, cual en tu alma acaeció, se conviertan en la sola de amar, ahogando por completo todo cuanto atañe al odio, envidias y ruindades de los hombres! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXXI

LA LUSITANA

Obsesionada desde niña por el matirio bien puede decirse que el día que tuvo de solicitarlo, estaba a punto y en sazón de recibirlo; ¡por más que se hallaba a la puerta de la juventud sin haber entrado en ella!

Sobresaltada la madre por el deseo vehemente de la hija, y sabiendo del nuevo edicto contra los cristianos, determinó de alejarla de la ciudad; entrambas a dos se partieron para un campo suyo de ellas puesto que eran acomodadas de los bienes de fortuna.

Allí, frustradas fueron las buenas mañas de aquélla en su empeño maternal.

Eulalia, junto con una su amiga y compañera que lo fué también de martirio, regresó a la ciudad, y al punto se presentó al delegado del César.

El cual delegado, sorprendido de la belleza y tierna edad de Eulalia, le pregunto en seguida: quién era ella, y quién sus padres eran.

Sabido que venía en busca de martirio como de cristiana estirpe, quiso ganarla para hacer de ella rico presente a los amos del Imperio.

Nada que no fuesen suplicios apagar podían la insaciable sed de aquella atormentada del martirio.

Ordenó al punto que cayeran sobre ella todos los tormentos inventados por el paganismo, para ahogar la semilla del árbol de la cruz.

Cuando Eulalia se vió su blanco cuerpo de don-

cella grabado de roturas por las puntas de los escorpiones, y todas sus partes punto por punto desgarradas y bañadas en su propia sangre, una suprema satisfacción inundó su alma quedando embargados sus sentidos.

El fuego que atizaron los verdugos, y que sirvió de marco luminoso al cuadro de su martirio, sofocóla al punto.

Viéronse sus cabellos descogidos como un manojo de rayos destrenzados, que flamea en ocaso de sol cuando éste tiene de envolverse en incendios de arreboles.

Así consumóse el sacrificio de Santa Eulalia; cumplidos solos 12 años de edad.

San Gregorio de Tour cuenta que en su época había tres árboles que daban sombra a sus reliquias, los que de flores se cubrían por Diciembre.

Como no era propicia la estación para el florecido, estos raros árboles que daban en ciertas horas exquisito bálsamo, curaban dolencias de quien debajo de sus ramas en flor, y bajo la invocación de Santa Eulalia lograban aspirar de su perfume.

JACULATORIA:

¡Oh bella Lusitana! ¡Doncellita de tierna edad! ¡Deja caer sobre el cuerpo de la amada esas tus flores que fecundó tu sangre de martirio! ¡Y conserva en ella el bálsamo que cure con su aroma las angustias del suplicante! Amén.

XXXII

EL CONVERTIDO

Hijo de Santa Mónica y nacido en Tagaste el año 354, fué atormentado por sus pasiones.

Impuros pensamientos saturados de la impureza de la carne, flagelaron desde la niñez hasta los 33 años su alma y sus sentidos.

Su juventud licenciosa, en compañía de jóvenes disolutos de Tagaste y Cartago, fué escándalo del vicio.

Estimulados por éste, se esforzaba cada uno en recibir de sus compañeros aplausos y alabanzas al final de sus placeres, cual bravos Efebos en lucha de festines.

Y Agustín el más inteligente y orgulloso, sobrepujaba a los demás en el desorden de la orgía.

Elegante, instruído y filósofo, fué el más completo mundano de la populosa Cartago.

La filosofía de los Maniqueos que explicaba a sus discípulos, llegó un momento en que no satisfizo al pensador. Leyendo "El Hortensio" de Cicerón encontró algo nuevo que avivó sus ansias de doctrinas nuevas.

En seguida buscó la fuente de las Sagradas Escrituras; no calmaron ni la angustia de su alma ni la sed de su inteligencia.

Combatido sin cesar por dudas, ansiedades y pasiones dejó a Cartago y pasó a Roma y a Milán.

En esta última, la vida de la gracia disipando los errores de su inteligencia, y acallando las pasiones

de su corazón, le abrió nuevo campo a sus investigaciones filosóficas.

Treinta y tres años tenía para la fecha de su conversión. La palabra persuasiva de San Ambrosio, obispo de Milán, y la lectura de las obras de Platón. completaron el esfuerzo de Santa Mónica, quien, durante la vida crapulosa de Agustín, no había cesado un momento de implorar de la misericordia de su Dios la conversión de su hijo libertino.

En los tres años que pasó Agustín en Milán, le acompañó su madre, que había venido desde Cartago en busca suya.

Halló en Milán el Tabor de su ascensión: desde entonces el polluelo que peroraba en cátedra de Cartago sobre los errores maniqueos se convirtió en águila, que desde la cumbre de Hipona, ciudad de Numidia, habló al mundo, entre el fragor de alas poderosas, de las grandezas del cristianismo.

En el huerto de la casa que habitaba en Milán, bajo la sombra de una higuera, y en lucha consigo mismo venció el espíritu a la carne.

Un torrente de lágrimas que el arrepentimiento hizo verter de sus dolientes párpados, lavó para siempre la mancha de sus vicios.

En medio de su dolor oyó una voz que le dijo: *tolle et lege,* y creyendo ser un aviso del cielo, corrió adonde le esparaba un compañero que leyendo se estaba las Epístolas de San Pablo.

Abrió al acaso, y los versículos leídos le hablaron de su vida licenciosa.

Este pasaje, célebre en la vida de Agustino, cerró el largo paréntesis de su vida libertina.

El huerto de Milán fué para el hijo de Tagaste, lo que el camino de Damasco para el de Tarso.

Voces interiores hablaron a la conciencia de estos

dos grandes pecadores, en el punto inicial de convertirse en dos grandes paladines de la fe cristiana.

Y rara coincidencia: el filósofo mundano de Cartago halló en las letras de Pablo, antiguo filósofo mundano de Tarso, la explicación de las palabras misteriosas que resonaron en su alma.

Cuando Mónica supo de la completa conversión del hijo, llenó la boca suya de alabanzas a su Dios, y descansó su espíritu en la satisfacción del beneficio impetrado.

Agustín consagró los 43 años restantes de su vida al servicio de la Iglesia, llegando a ser una de sus más fuertes columnas, conocido con el nombre de El Aguila de Hipona.

La Ciudad de Dios, las *Confesiones* y el *Tratado de la Gracia* hablan de su ciencia y de su fe.

JACULATORIA:

¡Hermano en el pecado! ¡Escucha la súplica de quien te invoca! ¡Concédele llegar a ser también hermano tuyo en la conversión de su vida pecadora!

¡Del foco luminoso de tu cerebro envía débil resplandor que rompa con su lumbre, la maraña de extravíos que pueblan su espíritu y su mente!

¡Haz que sus plantas sean ligeras para el bien, como de cervatillo sediento en busca de la fuente; y que sean pesadas, como de inmóvil paralítico, para todo lo que tienda al mal! Amén.

XXXIII

EL PREDICADOR

Vicente Ferrer entró a los 17 años en el convento de los Predicadores de Valencia, su patria, una vez terminados los estudios de filosofía y teología.

A los 24, en el mismo Instituto de Santo Domingo daba clase de filosofía a los demás frailes. La piedad, la oración y el estudio absorbieron por entero su vasta inteligencia.

En Lérida recibió el grado de doctor en teología; y a los 28, comenzó su vida de predicador, cosechando de ahí adelante hasta su muerte, mieses en abundancia para las trojes de Roma, no sólo en los trigales de Cristo, sino en los de sectas diferentes a su religión.

En los primeros años de su misión de apóstol fué combatido, tal sucede a los grandes domadores de instintos groseros, con tentaciones múltiples, las cuales supo vencer con las armas de la oración, del cilicio y del estudio.

Una vez victorioso de sí mismo, su verbo de misionero se dejó oír por todos los pueblos de Europa; y en distintas lenguas habló de las grandezas del cristianismo a las multitudes, que ansiosas recogían la miel de sus palabras.

Empezó por los pueblos de España, luego vinieron los de Francia, Italia, Alto Rhin, Germania, Países Bajos e Inglaterra.

Al don de gentes acompañaba el de milagros. En los pueblos que asombró con su palabra de convenci-

do, quedó grabado el recuerdo del santo misionero en las conciencias de todos aquellos que le oyeron.

Los convertidos de sectas y creencias opuestas a la religión del Gólgota se contaron por millares; y por millares también seguían al predicador de pueblo en pueblo, y en las plazas públicas llegaron a unirse hasta ochenta mil.

En los cuarenta años que duró su vida misionera, la abstinencia, el lecho de espinas, la oración y el estudio fueron sus inseparables compañeros.

El reposo de este hombre infatigable no vino sino con el descanso definitivo de la muerte.

Vicente Ferrer, el Apóstol de Europa; Pablo de Tarso, el Apóstol de las Gentes; y Francisco Javier, el Apóstol de las Indias, no conocieron, en su fecunda tarea de predicadores, sino lo más bello de la vida: la acción.

Del púlpito al altar y de éste al lecho de sarmientos. Casi olvidaron las necesidades urgentes del animal: la comida, la bebida y el reposo.

En el último cuarto del siglo XIV y en el primero del XV, Vicente Ferrer fué el oráculo de la Iglesia. Pontífices y Cardenales, Reyes y pueblos acudían al consejo del Santo, y su palabra siempre tuvo el don de persuasión.

Murió en Bretaña en 1419 a los setenta de su edad, dejando ejemplo vivo de lo que puede un hombre que consagra su vida al servicio de una idea.

JACULATORIA:

De tu verbo que convirtió paganos, cismáticos y herejes a la religión del crucificado, infunde un algo de persuasión ¡oh Vicente Ferrer, a la palabra de quien te invoca! ¡Que sepa implorar en lenguas, pue-

blos y razas diferentes, las gotas de ambrosía que destilan los labios de mujer; y pueda convertir, al influjo de tu verbo, eriales de olvido en campos de rosas y azucenas! Amén.

San José de Cúcuta, 1915.

NOTA.—Andando el tiempo el mundano que supo de la embriaguez de mirtos y de rosas, halló, en los brazos de la mujer que buscaba, la ruta de su nueva vida. Así como Pablo de Tarso encontró, en el resplandor del camino de Damasco, el culto de su nuevo Dios.

Y todo el paganismo de aquella idolatría de mujeres hermosas, convertido quedó en sólo un culto. ¡Oh Vicente Ferrer, acude y sostén a Vicente de los Capachos, hasta el final de sus días sobre la tierra, en el ara votiva de ése solo culto!

México, D. F., Mayo de 1943.

XXXIV

LA PARALITICA

Hija espiritual de San Pedro, patricia romana dotada de la belleza genial de las mujeres del Tíber, joven y de talento despejado, floreció en santidad y en lecho de dolor, en el primer siglo de la Iglesia, la hermosa Petronila.

Su casa, habitual hospedaje de Pedro y amigos convertidos continuó siendo, aún después del martirio del Apóstol, el asilo de todos los cristianos y el granero, siempre abastecido, de pobres y abandonados.

Deseando ardientemente Petronila morir en cruz como su Dios, fué complacida en parte: una parálisis general humilló el uso de sus miembros y por mucho tiempo vivió muriendo en lecho de cruz.

Pedro un dia mandó a la paralítica que abandonase su camilla y volviese a la vida; luego, comprendiendo le era preciso purificarse más en el crisol del sufrimiento, la dejó que continuara en su lecho de amargura.

Ni la santidad, ni la paciencia, ni la belleza de sus formas se amenguaron en nada con el largo padecer.

Consciente de que el flagelo corporal no es castigo a faltas de mujer que no tenía, sino que el dolor es sencillamente el fuego que consume la impureza del metal antes de convertirse en oro reluciente, su faz se iluminaba de alegría intensa.

Semejaba al placer sutil que debe de experimentar

el bloque de grosera piedra, cuando al golpe del cincel se transforma en obra inmortal.

A poco tiempo de la muerte de Pedro volvió la vida a sus miembros paralizados. Consagróse más que antes a la oración y a la obra piadosa para con los enfermos y encarcelados, no consiguiendo sus múltiples tareas marchitar aquel vaso de belleza que, cual rosal en los jardines del Pincio, ostenta en primavera la galanura de sus ramas florecidas.

Un caballero romano prendado de su virtud y belleza, pretendióla por mujer. Urbanamente le pidió tres días para responder a su demanda amorosa.

Consagrada que estaba a su divino esposo, suplicóle que antes de pertenecr a mortal alguno ahogase su vida en lágrimas o en sangre.

El fervor de la plegaria fué tan intenso que el tercer día, al pie de los altares y consumida por el fuego del amor, doblóse en el seno de la muerte cual lirio tronchado que se inclina sobre el tallo.

El patricio halló por toda respuesta los funerales de una Santa, en vez de las nupcias de la hermosa que en su anhelo se forjaba.

El sitio donde fué enterrado su cuerpo y que sirvió más tarde para levantar en él cristiano templo, se encuentra fuera de la ciudad en el camino de Ardi, pues según usanza antigua los cementerios quedaban a la vera de las vías públicas y fuera de los muros.

Como esta Santa supo de la aflicción dolorida que en el transcurso de años atormentó su cuerpo paralítico, quedó desde entonces, en la conciencia del creyente, sirviendo de abogada a los que sufren este mal.

JACULATORIA:

¡Hermosa Petronila! ¡Deja caer desde la eminencia donde moras mirada compasiva sobre una mujer

que joven y hermosa como tú, permanece en este rincón de tierra colombiana, tendida en su camilla inmóvil, doliente, paralítica!

En su vida de belleza y juventud no tuvo más que una falta: el haber nacido hermosa. ¡Si es que falta constituye en la mujer el don supremo de los dioses!

En recompensa de su impecable vida y de su martirio incruento, que pronuncien tus labios de santidad aquellas palabras redentoras, las mismas que en los caminos de Judea decía Jesús al paralítico: *¡levántate, toma tu camilla y anda!*

¡Hermosa Petronila! ¡No desoigas el ruego de quien te implora por una hermana tuya, que en lecho de cruz sufre tormentos indecibles! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXXV

EL LEON ALADO

Discípulo, compañero y amanuense de Pedro en su tarea de sembrador, cuando éste se ausentó de Roma quedó encargado del cultivo de la viña.

En su ausencia escribió Marcos el Evangelio conforme a lo que había escuchado de labios del Maestro.

Era Cirenaico, compatriota del que ayudó a Jesús en la faena de la cruz.

En Aquileya, puerto sobre el Adriático, fundó iglesia de gran celebridad.

El año 49, obedeciendo a San Pedro penetró en la Libia; durante 12 años estuvo predicando en aquellas provincias de gentiles. Siguió a el Alto Egipto, y en ambas Tebaidas fué por largo tiempo sembrador de la semilla evangélica.

Evangelio en mano parecía un leñador que descuajaba con su hacha, forjada por él mismo en los talleres de Cristo, los montes seculares a cuya sombra adoraba el paganismo sus ídolos de arcilla; y en su lugar sembraba el grano del cristianismo.

En estos desiertos propicios al cultivo, los anacoretas y cenobitas, que vinieron a ellos por millares, cosecharon en abundancia la semilla que regó Marcos el de Cirene.

Como en la parábola del Sembrador en las Tebaidas la simiente dió ciento por uno.

Del Alto Egipto vino a Adejandría, la segunda ciudad después de Roma.

En la cual comenzó su apostolado con la conversión de Aniano que, de humilde zapatero remendón de las sandalias de Marcos, se transformó, en el corto espacio de dos años y al sentir su ánimo enardecido por la fe, en obispo de la ciudad.

Alejandría fué para el cristianismo semillero de creyentes donde en pocos años, la abundancia de frutos recompensó el afán del sembrador.

Multiplicáronse los templos, reemplazando por doquiera con el Dios crucificado el culto de grosera idolatría.

De aquí salieron armados caballeros de la fe a poblar los desiertos del Nilo, por espacio de siglos, los llamados *Terapeutas:* porque consagraron su vida al servicio de su Dios.

Sublevároнse los vencidos ante los triunfos de la nueva idea; el tumulto hizo regresar a Marcos al desierto, aprovechando su estada en él para el cultivo de la vid; luego, alentado el ánimo para el sacrificio que preveía entró de nuevo en la ciudad.

La plebe amotinada echóle una soga al cuello y arrastrado por las calles rególas con su sangre. Pedazos de su cuerpo quedaron insepultos. Así consumóse el sacrificio de San Marcos el año 68 en la ciudad de Alejandría.

Sus discípulos lograron enterrarle en la cueva de Buoleso cerca del mar, adonde iban con frecuencia a orar.

En este sitio y en capilla fabricada a su memoria, se veneraba para el siglo VI el manto del Evangelista, que a manera de *pallium* ostentaba el obispo de Alejandría el día de su consagración.

Apóstol de Egipto dejó grabada su figura San Marcos, con imponencia de pirámide y con rostro de león, en las márgenes del Nilo; simbolizando así la cara

derecha de los cuatro animales de que habla Ezequiel en sus visiones. (1)

Su cuerpo estuvo en Alejandría hasta el año 829 que los Venecianos, arrebatándolo al poder del Musulmán, lo trasladaron a sus lagunas para hacerle patrón de su República.

El viajero al visitar Venecia, y, antes de pisar el muelle principal, saluda al león alado de San Marcos que sobre columna de granito se destaca cerca de El Molo.

Luego visita con entusiasmo de turista plazoleta, torre, plaza y Basílica de San Marcos, esta última construída para guardar sus cenizas.

JACULATORIA:

¡Evangelista que encarnaste visión alada de Ezequiel!

¡Orea con tu melena de león que el viento del desierto en alas convirtió, la simiente que este implorante sembrador siembre en pecho de mujer: para que caiga la semilla en terrenos propicios al cultivo y dé, como tu grano en las Tebaidas, ciento por uno! Amén.

---

(1) *Según San Jerónimo, Mateo tiene por atributo el hombre, porque él insiste en la humanidad de Cristo; Lucas, el buey, porque trata de su sacerdocio; Juan, el águila, porque vuela más alto que los otros y habló de su divinidad; y Marcos, el león, porque su Evangelio atestigua sobre todo su resurrección.*

La capilla del Palacio Real de Madrid ostenta en sus cuatro ángulos, los símbolos de los cuatro Evangelistas en figuras casi naturales de bronce dorado. En muchos templos y capillas de la Nación mexicana, se admiran los Cuatro Evangelistas.

XXXVI

EL DESOLLADO

Humilde de nacimiento, oscuro de condición y tosco de oficio fué este pescador galileo uno de los doce apóstoles; sus gloriosos hechos y su martirio, cruento como el que más, vinieron con el tiempo a ser pregonados de mano en mano por sus verdugos mismos.

Fué el hijo de Talmai, como lo reza su nombre Bartolomé, compañero inseparable del Maestro, y fiel testigo de los prodigios del Taumaturgo de Galilea.

¡Tal vez, y en las tardes de fatiga a orillas del Tiberíades, contemplando las redes de su antigua industria, y colgada el ánima de las palabras del Apóstol, pensó, allá en sus espíritus que el nombre humilde de Talmai, tramontaría sus nativos montes al confín de las edades!

En el reparto que tuvieron de hacer luego de muerto el Salvador, y una vez esparcidos por el mundo los sembradores de la divina simiente, Bartolomé, apercibido para la empresa que era de suyo asaz violenta, se partió adonde le cupo su tarea armado de punta en blanco como un apóstol doctrinario.

Licaonia, Albania y Armenia fueron el teatro de su palabra evangélica.

Los ídolos de los paganos templos enmudecieron a la presencia del galileo, y los hombres se convirtieron por millares.

Los sacerdotes del ídolo Astarot y los ministros del de Berit, al ver que entrambos dos ídolos cayeron en tierra, avergonzados de su impotencia ante el ver-

bo persuasivo de Bartolomé, quedaron de concierto de recurrir al príncipe Astiages, gentil que no se avino con las nuevas doctrinas, a fin de darle muerte al hijo de Talmai.

Llegado que hubo el galileo a los dominios de Astiages, en región armenia, determinaron sus enemigos de quitarle la vida de un modo original.

Al punto le desollaron vivo; y viendo que después de este cruel tormento predicaba aún, ¡tajada fué la cabeza cercén a cercén, cayendo en tierra cual silvestre amapola que corta la hoz del segador!

El martirio de San Bartolomé, original de suyo y asaz peregrino, sirve de argumento a uno de los más hermosos mármoles de la hermosa Italia.

El Duomo de Milán, exornado de cerca de 2.300 estatuas de mármol, contiene el San Bartolomé desollado de Marcos Agrates. Esta sola es de tal mérito que bien se puede visitar el Duomo por conocerla y admirarla.

Levantada la piel sobre sus hombros y brazos el desollado apóstol la lleva pendiente. Y a guisa de trofeo y con ademán de vencedor se miran en relieve venas, músculos y tendones con tal precisión que muy y mejor que un mármol, semeja la vivisección de un hombre que desuella mano de hábil cirujano.

Grabado por buril al pie de la estatua se lee: *Non me Praxisiteles, sed Marcos finxit Agrates;* no me hizo Praxiteles sino Margos Agrates. Y quizá tenga mucha razón la presuntuosa inscripción aquella.

JACULATORIA:

¡Oh tú, El Desollado de Galilea, cuyo martirio quedó inscrito en libros de santidad, y esculpido en mármol de inmortal renombre!

Trepado sobre la pira humeante de las víctimas piadosas, y batiendo el jirón ensangrentado de tu piel como triunfal bandera, ¡anuncia en lenguas de tolerancia a los Astiages de la conciencia religiosa, que el libro del martirologio está completo! ¡Que hoy el pensamiento religioso tiene derecho a ser libre, semejante al ave que vuela hasta donde llega el empuje de sus alas, sin que un vuelo interrumpa otro vuelo en la inmensidad de los espacios! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXXVII

LA PORTUGUESA

Nieta de Don Jaime el conquistador y santo, y bisnieta de Isabel la santa reina de Hungría, trajo en sus venas sangre de realeza y santidad.

Vino, pues, envuelta en el rojo manto de los reyes, señores de los hombres; y nimbada de aureola de santos y dioses, señores de los reyes, como decía César el romano, en lenguas de orgullo, hablando de su estirpe.

La leyenda comenzó en su cuna, trayendo su nacimiento la armonía que rompida estaba entre los suyos por intrigas palaciegas.

Las buenas partes de que adornada estaba, y su olor de virtud atrajeron sobre ella demandas reales para hacerla reina.

La obtuvo en matrimonio el de Portugal.

Una vez puesta una por una en la corte de Lisboa, admiró a nobles y cortesanos con sus regios modales de santidad: en la piadosa reina corrían parejas caridad y penitencia.

En ocasión que visitaba a una enferma ulcerosa, dominando su instintiva repugnancia cubrió de besos las pústulas de aquélla, y al punto quedó curada la mujer.

Este acaecimiento tuvo lugar al pie de unos 70 años, antes que la rosa del milagro floreciese en labios de Catalina la sienesa.

El día aquel que su regazo tuvo florecimiento de frescas rosas, cuando en éstas se trocaron unas cuan-

tas monedas de metal, quizá, y aun sin quizá, una de las más bellas leyendas nimbó la frente de Isabel de Portugal.

Tal que desde aquel punto la representan siempre con el regazo suyo florecido.

Tras éste vino el de la conversión de su esposo el disoluto rey.

Jamás ni una queja ni un reproche salieron de sus labios; envuelta en su silencio se estaba día y noche implorando de su Dios la conversión aquella.

Y su Dios la oyó.

Luego vino el hecho natural y sencillo, pero que sí orea sobre él algo de viento leyendario.

Envidias cortesanas de un paje a otro paje llevaron calumnias de la reina a el ánimo del rey.

Este, presto a escucharlas, como acaece a los hombres, dió oídos a la invención palaciega, y determinó de perder al servidor de Isabel.

Retrasado en la orden real el intrigado por sus achaques de devoto, llegó a inquirir el calumniador el cumplimiento de aquélla: y al punto mismo pereció en el fuego de la calera equivocadamente.

No bastó el hecho de suyo milagroso para que el rey tomase en cuenta la santidad de su mujer.

Indignado con su hijo, a la sazón rey de Castilla, como Isabel interviniese fué violentamente echada de palacio.

En su retiro adonde llegó resignada, sin echar menos en punto alguno la grandeza de la corte, se bastó a sí misma; y acompañada de sus solas virtudes se halló feliz.

De tal modo que cuando el rey, convencido al fin de quién era su compañera, hubo de restituirla al trono, dejó con dolor y tristeza su amada soledad.

Luego murió su esposo; y ella abandonando ho-

nores y riquezas se retiró a una celda, donde terminó sus días en olor de santidad.

Fué el año de 1336 a los 65 años de su edad, y a los 105 de la muerte de Isabel de Hungría, cuando tuvo de volver su espíritu a manos del Creador.

JACULATORIA:

¡Santa reina de Portugal! ¡Escucha la plegaria de quien admira tus virtudes! ¡Concede a las palabras de su boca el ser suaves y persuasivas, cada vez que de caer tengan a oídos de mujer, así cual fueron de frescas y perfumadas las rosas del milagro!

¡Haz que en sus manos de ella se truequen siempre en rosas de primavera, los abrojos y espinas que el suplicante encuentre en los zarzales del camino!

¡Y que en los labios también de ella, a guisa de enjambradero, enjambren las abejas del amor sus panales de miel y de ternura!

¡Y sea en las rosas de sus rosales, florecidos en su regazo al conjuro de tu leyenda, donde liben aquéllas su néctar para fabricar con éste la miel de sus panales! Amén.

XXXVIII

EL SIMPLE

De Edesa lo mismo que Abraham El Solitario; noble y de talento cultivado fué, a usanza de aquel tiempo, a visitar con su amigo los Santos Lugares.

En éstos, teatro de la pasión del Salvador, se inflamó de tal modo el espíritu del Edesano, que comenzó a sentirse con ánimos de consagrarse al dios de los cristianos.

Al regreso, pasando cerca de Jericó, y al ver los monasterios del Jordán, resolvieron de quedarse en uno de éstos definitivamente.

Era de hasta edad de 20 años cuando se hizo monje. Allí permaneció con su compañero por espacio de un número igual, excediendo a los demás en todo género de penitencias.

Acaso un día nueva inspiración le hizo abandonar el convento para ir a las ciudades en busca de humillaciones, aguijoneado por peregrina idea de santidad.

Partióse al punto que concibió el intento; y apercibido para ello dejó su amada soledad y el hasta entonces compañero suyo.

Una vez en Emesa, población siriaca, comenzó a practicar el no conocido género de locura, que desde aquel punto se proponía laborar a manera de artífice de santidad.

La naturaleza de Simeón El Simple debió de ser acomodada al marco de su locura; que ni echó menos las cosas que abandonado había, ni tampoco echó

de menos lo que en Emesa diariamente despreciaba.

Se entró por lo más intrincado de la maleza humana, y fué adonde la canalla a cosechar en ella oprobios, burlas y desprecios hasta lograr encanallarse con la plebe.

Entre los muchachos, las mujeres perdidas y todas las clases de vagabundos pasaba por un su camarada lleno de extravagancias, las que atrajeron no solas humillaciones sino que haciéndose el hazmerreír, consiguió tal vez tundas de golpes y de palos.

Al fingirse loco se proponía en su empeño de serlo, hijodalgo e inteligente que era, humillar el orgullo y la soberbia de los grandes.

Luego le vino la idea que por ser el populacho semillero tan acomodado a hallar descarriados, él, aparentando locura diría verdades: y sacando fuerzas de flaquezas se dió a la tarea de corregir, amonestar e importunar con sus consejos en son de burlas a los vagabundos, borrachos y mujeres perdidas.

Amén de las mortificaciones que su fingida locura debía de proporcionarle, no eran menos las que en el silencio de su celda él mismo se buscaba.

Azotes y cilicios no le iban en zaga al ayuno y oración.

La locura que le servía de guardar su propósito de altruista debió de acompañarle hasta morir.

Soportó todas las calumnias y vilezas de la canalla sin nunca estar a punto de descubrirse, por más que ésta le abrumase con el fardo de aquéllas. Su secreto de cordura y su piadoso intento no eran cosas de las que él temía que se pudriesen de guardadas.

Y cuando una del partido hizo público que el fruto que llevaba en sus entrañas era de Simeón, El Simple, ni tan siquiera trató de desmentirla, sino que puesto a su talante confirmó de suyo la calumnia.

En esto de humillaciones de viles gentes ninguno ha ido más allá que Simeón.

Todo cuanto en la canalla sirve de encubrir los malos instintos de la bestia humana, agobió, junto con éstos, el dorso de El Simple en su locura de santidad.

Cuando tuvo de morir, descubrióse a un su huésped, suplicándole a trueque el secreto inviolable de su vida.

Y la jamás como se debe admirada locura de Simeón, quedó en testimonio de hasta donde llega el hombre cuando una idea se apodera de su espíritu y su mente.

Granos de locura, simiente de genio, o semilla de santidad todos germinan, florecen y fructifican cuando caen en terreno abonado semejante al de El Simple edesano.

JACULATORIA:

¡Oh, tú Simeón, que bajo el disfraz de la locura y encubierto con el velo de la simpleza, lograste llevar al ánimo de las gentes palabras de consuelo y redención!

Que las del suplicante dichas al oído de mujer con la pertinaz constancia de importuno amor, aunque se tengan por simplezas y locuras, ¡oh Simeón El Simple, oídas y escuchadas siempre sean! Amén.

XXXIX

EL EMPARRILLADO

Aquel día del año 258 que en Roma un Español tendido, cuan largo era, sobre una parrilla de hierro enrojecido, y que a guisa de lecho le servía en el jamás como se debe admirado tormento de Lorenzo, se oyó la frase más bella del martirio humano.

Con tranquilo y alegre continente vuelto a su verdugo dícele: "de este lado ya estoy en sazón; manda, si te place, que me tuesten del otro".

Fué menester el transcurso de 13 siglos para que frase igual se oyese, en idénticas circunstancias, de labios de varón.

En 1522 en Méjico, cuando Hernán Cortés condenó a Cuauhtémoc, último Emperador azteca, a la muerte de carbones encendidos porque confesar no quería el sitio de sus tesoros reales, dicen las crónicas de la conquista, que volviéndose a su Ministro Coanacoch, que sufría tormento igual, y le hablaba de descubrir el secreto, con toda entereza le contestó: "¿por fortuna estoy en un lecho de rosas?"

El diácono Lorenzo, cuando hubo de saber que el Papa Sixto, anciano venerable, se estaba en la prisión Mamertina corrió a él, y le ofreció, puesto que así le venía en voluntad, seguir tras él una por una su ruta de martirio.

Vé, le dijo el Santo Padre, y entre los pobres distribuye los tesoros de que tú conoces.

Enardecido en la gloria de su próximo triunfo par-

tióse al punto, y en volandas fué a cumplir su cometido.

Luego que hubo regresado de adonde le envió el Pontífice, quedó en prisiones por denuncias que hicieron de él al Emperador Valeriano, creyéndole dueño de inmensos tesoros.

Obligado a hacer entrega de éstos, compareció otro día a la presencia del César, y puesto al frente de míseros cristianos dijo de cómo esa astrosa muchedumbre, eran los tesoros de la consabida denuncia.

Si va a decir la verdad, la respuesta aquella dada como de burlas, ofendió de modo tal al Emperador que al punto ordenó el martirio del diácono Lorenzo.

Todo cuanto conocido era de los verdugos en la industria suya de ellos, quedó cumplido con todas veras sobre el dislocado cuerpo del cristiano.

Y hubo de apelarse al menester de hierros y leños encendidos para dar fin y remate a El Emparrillado Lorenzo.

A mediados del siglo XVI, debido al triunfo que las armas españolas tuvieron de conseguir en los campos de San Quintín el 10 de Agosto, día de San Lorenzo, determinó Felipe II de llevar a cabo la construcción del coloso de piedra, que llamó Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

El ruinoso coliseo romano y el soberbio del Escorial, son dos monumentos que más y mejor representan dos épocas, dos civilizaciones y dos razas de conquistadores.

La estatua de Lorenzo, de un solo bloque de granito, teniendo asido de su mano derecha el instrumento de su martirio, se destaca a la portada del Edificio.

El plano de éste, según refieren, tiene la forma de la inmortal parrilla.

JACULATORIA:

¡Ilustre Emparrillado, que con alegre continente dijiste a tus verdugos que bien podían, sobre el mismo hierro enrojecido, tornar el cuerpo de por el lado sin tostar!

¡Acude con tu fe a quien sediento de amor, de gloria y de verdad, y sintiendo los ardores de sus ansias cual si fuese lecho de brasas en rescoldo, desespera en el esfuerzo, y teme desfallecer en la apretura en que se halla!

Y tú también, ¡valiente Cuauhtémoc! ¡Postrero monarca del Imperio azteca que de habitar tienes el Empíreo tal que San Lorenzo!

¡Consigue de los dioses en beneficio del que ha amado mucho, que la pasión de la mujer sea siempre lo que tú echaste de menos en tu martirio de brasas: un lecho de rosas encendidas! Amén.

Cúcuta, 1915.

XL

EL JESUITA

Fué contemporáneo de tres grandes reformadores religiosos: Martín Lutero, el monje agustino, que fundó el protestantismo en Alemania; Juan Calvino, en Francia y Suiza el calvinismo; y Enrique VIII, el anglicanismo en Inglaterra.

Por vías opuestas trajinaron el monje y el cortesano. El uno, abandonando a sus compañeros agustinos fué contra ellos y estableció una nueva religión; el otro, dejando la corte de Fernando el Católico, el ruido de las armas y el amor de las mujeres se hizo fundador de la Compañía de Jesús.

Nació de padres ilustres en Guipúzcoa, región de la Cantabria, adonde llegan las olas en tumulto a estrellarse contra el peñón, y donde los hombres son bravíos y turbulentos como el mar.

Su vida de disipación duró hasta la edad de 30 años.

No fué crapuloso como Agustino ni perseguidor religioso como Pablo, mas cortesano y mundano si; y pudo y supo por conservar su gentileza, soportar las más duras operaciones cuando la herida que recibió en el sitio de Pamplona, pretendía baldar su cuerpo.

Tal vez el espíritu inquieto de este atormentado quiso abrevar en la fuente de la gracia, mas la carne hablando más fuerte en él le retraía de nuevo al llamamiento del deleite.

En tanto que manos piadosas le hacían la cura de sus heridas en Loyola, pueblo de su nombre y abo-

lengo, una visión le habló de una vida nueva cuya clave encontró en libros de santidad, leídos acaso para distraer sus ocios de convaleciente.

De aquí adelante trocóse el gentil cortesano en pordiosero de rústicos modales, como si humillando todo lo que había de noble en Ignacio de Loyola, fuese más acepto el holocausto ofrecido a su Dios.

Y aquel cuerpo que era rebosante cornucopia para el placer de los sentidos, se vió en aquel punto de su conversión azotado, escarnecido, hasta convertirse en vaso de elección.

Partióse de donde encontró la fuente del milagro, dejando en exvoto de su mundana vida, y colgada en un pilar del templo, la espada del cortesano.

Y trocada fué por el saco del cilicio. Llegado adonde se encontró libre de importunos, comenzó en la cueva de Manresa su extremosa penitencia.

Allí tuvo de apelar al menester de los más de los tormentos aun no imaginados para aplacar la carne insurrecta, que hambriento lobo exigía su alimento acostumbrado.

Creyóse abandonado del nuevo dios; halló de bronce el cielo y sordo a sus plegarias; y en medio de mortal angustia quiso morir.

Casi exánime le hallaron a la puerta de la gruta.

Tal la iniciación de Ignacio en la vida de la fe.

De la terrible prueba salió vencedor; y armado caballero de todas armas domadoras de la carne y los sentidos, comenzó su peregrinaje de mortificación y enseñanza.

Los cortesanos de aquel entonces ayunos de letras, apenas se ocupaban en hilvanar intrigas políticas y galantes.

Ignacio se propuso viajar mendigando porque la limosna atañe al propósito; en el camino estuvo a

punto de morir como sospechoso de espía, y al llegar a Barcelona comenzó allí los primeros estudios.

Tenía para esta fecha 33 años. La de Agustín el día de su conversión.

En aquélla, por reformas severas que junto con el capellán del convento trataron de instaurar, fué molido a palos; y estuvo en un tris de perder la vida.

En Alcalá, adonde llegó a estudiar filosofía, hizo de una pecadora suya nueva Magdalena; esto le atrajo acusación de embrujador; y a poco la Inquisición oyó la voz elocuente de su virtud.

Pasó a Salamanca. Allí la intriga le hizo llevar, cargado de cadenas, a la cárcel pública.

Se defendió de las nuevas acusaciones presentando un su escrito sobre ejercicios espirituales. Libro inspirado en la fuente espiritual del arte místico, que cincela en cantera de pecadores mármoles de convertidos.

Siguió a París el año de 1528. En ésta se vió a Ignacio estudiando aún en bancas escolares.

En la Sorbonne, calumniadores de la misma laya le implicaron en enredos; y estuvo a pique de ser azotado nuevamente.

Allí conoció y trató al navarro Francisco Javier hijodalgo no sólo por la cuna, sino que también lo era por sus costumbres y por su elevada inteligencia.

A éste, a cinco de sus compatriotas y a tres Franceses comunicó su pensamiento: de formar asociación religiosa, más militante que contemplativa, para ir por el mundo convirtiendo pecadores.

Ignacio los llevó a la iglesia de Montmartre, y en la capilla subterránea hicieron voto, estos diez cruzados, de consagrarse al apostolado.

El sitio era propio al intento de la obra, consagrado que fué por el martirio de San Dionisio y compa-

ñeros. Hoy se yergue en él la basílica soberbia del *Sacré Coeur*.

Contaba El Jesuíta 43 años de edad.

Igual que los Apóstoles cuando inspirados en el espíritu de fe se partieron de Jerusalén a anunciar a Judíos y gentiles la *buena nueva;* tal hicieron al descender de Montmartre, estos diez cruzados que se prometieron, con ánimo varonil, de extender por el mundo sus conquistas.

Amén de los votos de pobreza y castidad perpetuas, quedaron obligados a la enseñanza gratuita del niño, a viajar a expensas de la caridad pública, y a luchar con los herejes bajo el pendón de Cristo y con el mote de la Compañía de Jesús.

Paulo III confirmó el instituto en religión; y recibió de Ignacio el voto solemne de ir cualquiera de ellos adonde fuese menester su nuevo ministerio.

A poco tiempo obreros de esta laya seguramente que tuvieron de hacerse sentir en su violento empuje de fe; y los pueblos de Europa, Asia, Africa y América fueron teatro y testigos de sus luchas y conquistas.

Desde entonces para acá, esta Compañía de suyo batalladora, no ha tenido como los antiguos combatientes y en espacio de siglos, ni más tregua que la lucha ni más descanso que el pelear.

Los Jesuítas en sus primeros días tuvieron tres poderosos enemigos: Lutero, Calvino y Enrique VIII. Todos triunfaron a su manera.

Esta clase de contendores no la han echado menos en la historia de su religión asaz combatida.

La lucha fecundó la simiente y multiplicó el obrero: a comienzo del siglo XX contaba la Compañía 23,0000 Jesuítas.

La actividad infatigable de Loyola en todo lo que atañe a la caridad cristiana, no quedó en zaga ni al

cultivo de su inteligencia ni al cilicio de su cuerpo penitente.

Cuando llegó la hora nona de su vida ya estaba extendida por el mundo su falange de luchadores; y, en diez y seis años de fundada su Compañía, los frutos cosechados fueron opimos.

Murió a los 65 años; 30 de ellos consagró al mundo y sus placeres, 35 a su Dios y a la conquista de almas para el cielo.

Felipe Neri fué el panegirista en los funerales de Ignacio de Loyola.

JACULATORIA:

¡Ignacio el Guipuzcoano, que si estampado dejaste en tus aventuras galantes tu sello varonil de mundano y pecador, también y muy mejor quedóse en las cristianas del Jesuíta!

¡Deja caer de tu pendón de combatiente triunfal, semillas de mirtos y laureles! ¡Fecúndalas con tu aliento de mundano convertido, y haz que el suplicante termine sus cortos dias sobre la tierra, bajo la sombra de esos plantíos! Amén.

XLI

EL DOCTOR ILUMINADO

En Palma de Mallorca, isla que unge el azul Mediterráneo con la espuma voluptuosa de sus olas, vino a la vida de estéril matrimonio Raimundo Lulio.

Apuesto galanteador en la corte de Jaime I de Aragón enturbió su alma, a semejanza de Ignacio de Loyola, en toda clase de deleites, y en carnalidades de hembras pecadoras se embriagó.

Joven aún casó con noble dama, mas no cambió por esto su vida disipada; tal que muy pronto se halló perdido de amores de Ambrosia de Castello, genovesa que unía a su gentil talante su donosura de italiana hermosa.

Como ésta no le quisiese tan presto como él quererla quiso, dió de perseguirla a dondequiera que iba; un dia el hecho asaz escandaloso corrió de boca en boca en la ciudad de Palma: Raimundo Lulio había entrado de a caballo por la puerta del templo de Santa Eulalia, en persecución de la hermosa genovesa hasta profanar con ella la morada del Señor.

Si va a decir la verdad el tenorio mallorquino, ebrio de pasión rasgó con ímpetu violento al pie mismo del altar el peto y corpiño de Ambrosia; y cuando quiso cubrir la desnudez del seno con túnica de besos, seguramente que no fueron morbideces marmóreas lo que de ver tuvo, que fueron si senos corroídos por lacras cancerosas.

El hecho, de suyo inusitado para el licencioso tenorio, le hizo cambiar de género de vida.

Empezó por aprender la lengua árabe con un su esclavo, quien comprendiendo ser el intento de su amo combatir los ritos del Corán le dió de puñaladas, dejándole por muerto. Curó pronto, perdonó al fanático musulmán, y como por entonces muriese su esposa repartió sus bienes, y vestido de penitencia se retiró al monte Randa.

Cuando descendió de éste, después de meses de ascetismo, y apercibido que estaba para la empresa suya, en noche de oración vió que la zarza florecida que embalsamaba su gruta de perfumes, tenía escritos en sus hojas caracteres latinos, árabes y griegos, prodigio que de suyo confirmaba el propósito concebido.

Combatir en lenguas diversas y en diferentes pueblos a los múltiples enemigos de la fe.

Antes de partirse de Mallorca quiso ver por última vez, no con ojos carnales sino con los del espíritu, a la sufriente genovesa. Fué adonde ella y la encontró murada en su orgullo y dolor; porque humillada desde el día de la profanación de su pecho canceroso, fué calumniada además por los que ignorantes de su mal y su desdén la tenían por mujer liviana, creyéndola amante de Raimundo Lulio.

Le habló de su resolución definitiva; combatir con su palabra lo que él creía errores de sectarios.

Y como le dijese haber visto en el cáncer de su seno el resplandor que a Pablo iluminó en el camino de Damasco, y le suplicase de hinojos el besar la lacra del milagro, la de Castello al fin se avino con el suplicante.

El cáncer iba en aumento; gusanos que nacían cada día devoraban a una el seno de la virgen.

El beso piadoso de Raimundo fué beso de viejo Taumaturgo, que cayendo en cauterio de carbones

encendidos, purificó la cruenta herida y trocó los gusanos en reguero de diamantes.

Raimundo recogió de ellos y al punto se alejó de su última ilusión.

Ambrosia de Castello, triste que estaba con lo acaecido en ella, tuvo visión de que el beso del penitente, curando su dolencia, hacía brotar blanco lirio del fondo de su pecho.

Y como a poco de esto curó de su dolor con todas veras se consagró, rica y generosa que era, a socorrer necesidades y a cuidar de los enfermos de Palma.

Vestida de humildad recorría diariamente las calles de la ciudad en su industria de hermana.

Los años a los años sucedieron y en la capital mallorquina, Ambrosia de Castello, habiendo expiado la culpa que no tenía, recibió en recompensa de sus muchos beneficios el dulce nombre de "Hermana" que los Palmesanos le dieron desde entonces.

Cuando hubo de morir la "Hermana" sobre la tierra removida del sepulcro, que humedeció con lágrimas el agradecimiento humano, brotó, en estación invernal, no propicia para ello, hermosa flor de lis.

Los Palmesanos que fueron testigos por muchos días del prodigio en flor sobre la tumba de la mujer altruísta, agregaron al nombre de la hermana el de la flor: y fué la hermana Lis, Sor Lis que dicen las crónicas piadosas.

En tanto que la leyenda nimbaba la frente de Sor Lis, Raimundo Lulio peleaba sus batallas por la fe.

En la Sobornne, oye y escucha a Escoto; luego discute con este inglés que desde Oxford había venido a París, y era el verbo de la época.

En Córdoba refuta en lengua árabe al comentador Averroes sus doctrinas, y fustiga, apóstol indignado, el sensualismo musulmán.

En Chipre, Palestina, Egipto, azota con su pala-

bra de Doctor Iluminado a los apóstatas y disidentes de su ortodoxia.

En Bona, luego que con argumentos de sólida ciencia confunde a cincuenta doctores árabes. el populacho le insulta, le apedrea y llega hasta poner candado en aquella boca de oro.

Estuvo a pique de perecer en varios naufragios; en Túnez azotado es, y en Bujía expulsado por loco y en seguida apedreado.

Túnica de piedra cubrió su cuerpo octogenario; por la noche piadosos mercaderes de Génova, descubriendo el cuerpo del anciano le hallaron con vida aún, y así ensangrentado que estaba en la sangre de sus roturas le transportaron a su galera.

Ya cerca de Mallorca murió divisando las costas de su patria.

Semejante a Pablo de Tarso libró batallas de fe con varonil denuedo, y en elocuencia de lenguas durante 45 años.

Su cadáver hizo entrada triunfal en su nativo pueblo.

Otro día, después de enterrado cerca del sepulcro de Sor Lis, amaneció zarza florecida sobre su tumba, y blanco lirio sobre la de aquélla.

Desde 1315, año en que murió Raimundo Lulio, florecen por primavera sobre la tumba de los dos amantes, que piedad y penitencia santificaron a una, níveo lis, emblema de heráldicos escudos y piedad cristiana; y rosada zarza, símbolo de martirio y penitencia.

JACULATORIA:

¡Ilustre Raimundo Lulio, que tuviste valor para romper el corpiño de la mujer ansiada al pie mismo del altar!

¡Infunde tu aliento de varón al pecho del suplicante, a fin de encontrar en los senos de otra Ambrosia de Castello el prodigio de conversión, que tiene de tener la vida pecaminosa de quien te implora!

¡Y cuando tenga de encontrarla que cubra su cuerpo enloquecido con túnica de besos, así como tu cuerpo escarnecido fué cubierto, en las calles de Túnez y Bujía, con sábana de piedras! ¡Que los labios del suplicante sean brasas sobre el cuerpo de la amada, y se conviertan al caer sobre la blancura de sus carnes en pétalos de rosas encendidas! Amén.

Cúcuta, 1915.

XLII

EL SILENCIARIO

En Nicópolis de Armenia nació el año 454, de padres ilustres, Juan, el amante del silencio.

A los 18 años distribuyó entre los pobres su rico patrimonio y con diez compañeros, jóvenes como él, fundó un monasterio en las inmediaciones de su pueblo.

Cumplidos diez años de anacoreta, puesto que su virtud y austeridad de claustro habían hecho célebre su nombre, fué consagrado obispo de Colonia.

Su vida de penitencia, de recogimiento y de piedad, no fué menos ejemplar en la nueva dignidad que por espacio de diez años desempeñó; pero los disgustos que le proporcionó el Gobernador de Armenia en defensa de los intereses de su Diócesis le entristecieron de tal modo, que renunciando en secreto el obispado partióse a Jerusalén.

Oraba en ésta pidiendo a su Dios le iluminase en qué convento debería sepultar para siempre el resto de sus días.

En visión de éxtasis una estrella le encaminó hasta el de Laura, en los desiertos de Palestina, gobernado entonces por San Sabás.

Llegó Juan a él y se ofreció de simple criado. Los oficios más humildes eran solicitados por este atormentado de la expiación, que ansiaba verse en desprecio por todos, penitente pecador que era.

Admirado Sabás del profundo recogimiento y del silencio de Juan, le concedió una celda; allí vivió tres años sin hablar una palabra.

Fué luego hecho mayordomo y en este empleo siguió en cuanto pudo su vida de Silenciario.

En premio de su consagración trataron de elevarle al sacerdocio; se vió precisado a descubrirse, obispo que era de Colonia.

Después de esto le fué concedida por San Sabás una nueva celda; permaneciendo en ella cuatro años en completo mutismo. La contemplación de su Dios le absorbía por entero sus noches y sus días.

Disensiones domésticas en el convento le obligaron a salir de él yendo al desierto de Ruba, donde permaneció nueve años viviendo de frutas y plantas silvestres.

Vuelta la calma a la Laura, regresó El Silenciario a su antigua celda; cuarenta años de continuo silencio cayeron sobre sus labios por lápida sepulcral.

Muerto San Sabás se vió en la necesidad de ponerse al frente de los monjes para defenderlos de una violenta persecución que había contra ellos.

La muerte le encontró en su último destino a la edad de 104 años, habiendo pasado 76 en los desiertos y cincuenta y seis de ellos en profundo silencio, en la sola contemplación de su Dios.

La vida de Juan el Silenciario, vaso de elección, de mudez y santidad, es flor de holocausto, que en aras del sacrificio humano se inmola, en compensación de tantos millares de lenguas que, espadas maldicientes, destrozan la honra y el honor del prójimo, y llevan al banquete diario de la difamación los jirones ensangrentados de sus víctimas.

Estos cincuenta y seis años de absoluto silencio

del Nicopolitano son de un precio tan elevado, que en la cancelación de cuentas de la humanidad, esencialmente falaz y murmuradora, sirven de contrapeso a una parte de la enorme montaña que los viles, con sus falsos testimonios, hacen gravitar sobre el dorso de los calumniados.

La imagen del Silenciario debería estar presente en cada hogar, con el índice sobre la juntura de los labios, concretando así la muda expresión de cincuenta y seis años de silencio; a fin de que la tarea contumaz de los murmuradores tuviese siquiera, en la urdimbre de sus contumelias de deshonor, el reproche de San Juan el amante del silencio.

JACULATORIA:

¡Severo Silenciario! ¡Hermano mayor en la mudez! ¡Asiste con la fuerza que tiene el pensamiento en los hombres que aman el silencio, a este pecador en sus continuas prevaricaciones a causa tal vez de la palabra!

¡Pon sobre sus labios el formidable sello de tu mudez!

¡Haz que su lengua no se mueva a censuras de liviandades, y responda con el silencio al vituperio y la calumnia!

¡Infunde en el alma del suplicante esa virtud de su buen padre, que tanto amó el silencio!

¡Tú bien sabes, puesto que hoy se encuentra al lado tuyo, que sus labios durante los setenta años de su vida mortal, no se movieron a censuras ni a murmuraciones de los hombres!

¡Y sabes también que a toda ofensa de éstos, se

envolvió en el silencio fecundo que produce el fruto generoso del perdón!

Por eso, ¡Ilustre Silenciario, infunde en el suplicante el alma de su buen padre que acaba de partir, y fué toda ella de silencio y de perdón! Amén.

Capacho del Táchira, 8 de Agosto de 1918.

XLIII

EUFROSINA

A cincuenta kilómetros al sur de Florencia, en una comarca deliciosa de Toscana se encuentra Siena, la ciudad de las tres colinas, que ocupa en el renacimiento del arte italiano el cuarto lugar después de Roma, Florencia y Venecia.

Catalina de Siena nació en ella en 1347 y comenzó desde los ocho años su vida de contemplaciones místicas; en tan tierna edad hizo voto de perpetua castidad, viniendo la oración, el cilicio y la abstinencia a confirmar su vocación.

La constante comunicación que de allí adelante tuvo con el divino esposo, la abrasó en incendios de amor y en extáticos coloquios hasta que terminó su vida mortal.

Sus padres por contrariar su vocación, la sometieron a los trabajos serviles de la casa; pero Jesús la consoló diciéndole: haz de tu corazón una celda que yo moraré en ella, y desde allí seré tu compañero fiel en el tráfago de tus labores de sierva.

Llegó a tal extremo el continuo coloquio con su Dios, que en éxtasis divino pasaba la mayor parte de las horas; y casi convirtió en esencia espiritual el vaso corporal que la envolvía.

Su vida ejemplar no sólo fué para el milagro, sino que ella en sí fué un milagro vivo: en sus últimos años bastóle una hora de sueño; y semanas enteras pasó con el solo alimento eucarístico.

Esta flor de santidad también tuvo sus luchas con

la carne: pensamientos torpes y libidinosos flagelaron sus sentidos, pero domadora de éstos, salió vencedora de los deseos mundanos.

Dejó la celda de sus éxtasis y revelaciones para ejercer la caridad pública. Había en aquel tiempo en las calles de Siena entre otras varias mujeres de mala vida, tres grandes pecadoras: Teca, Andrea y Palmerina, las cuales purgaban el escándalo de sus vicios con el azote de sus cuerpos ulcerados.

Catalina las recogió y con el ungüento que en apósitos colocaba la blancura de sus manos y con la unción de sus palabras, trataba de curar las podredumbres de sus almas y sus carnes.

Pero encanalladas con la vida licenciosa y endurecidas por la misma vida, devolvían injurias y calumnias en pago del beneficio.

Estas últimas se hicieron tan públicas que pretendieron manchar la veste inmaculada de la Santa.

Y un día a tiempo de hacer la cura en la podredumbre de una de ellas, como sintiera cierta repugnancia al hacerla, a causa quizá de la calumnia, sofocó generosamente la repulsión instintiva aplicando sus labios a la llaga cancerosa.

La sorpresa de la mala mujer fué tal, que cayó a sus pies demandando perdón por la infamia cometida y clamando en público la santidad de Catalina.

Cuenta el guardián cuando se visita la casa de ésta en Siena, situada en el ángulo formado por las vías Galluzza y Benincosa, nombre este último de su padre el tintorero, la leyenda de la rosa llamada *Catalina* en la región sienesa. (1).

Luego que la Santa hubo aplicado la dulzura de sus labios en los sanguinolentos de la pústula, como acariciase con ellos las blancas rosas que mano in-

(1) *En Colombia se llama Papabundia.*

fantil le ofrendara trocáronse al momento los albos pétalos en color *mordoré*, a causa de la humedad rojo-morada que destilaba la esponja de su boca.

De ahí la color roja con manchas moradas que tienen los pétalos de la rosa *Catalina*, en testimonio del acto meritorio de la Sienesa incomparable.

Y cuentan también que la úlcera curó en seguida, pues el beso del perdón fué cauterio de cura milagrosa.

Cuadros y frescos de Ventura Salimbeni, de Giunta Pisano y de Peruzzi ornan las diferentes piezas de la casa, convertidas hoy en oratorios, con asuntos de su vida y el recuento de sus milagros.

Uno de ellos, el de Pisano, bastante sugestivo, representa a Catalina en Pisa recibiendo los estigmas de la pasión, que un Cristo velado y a través de misteriosa transfusión, deja impresos en los miembros de su dulce esposa.

A su vida de éxtasis, de revelaciones y de piedad, agregó también la intervención en asuntos de interés general.

Excomulgados los Florentinos por el Papa Gregorio XI, su mediación de diputada de éstos trajo la paz de las conciencias.

Encontrándose en Avignon este Pontífice a causa del cisma de la Iglesia, logró Catalina, célebre por sus revelaciones, que trasladara su silla a Roma, después de setenta años de ausencia.

Al advenimiento de Urbano VI, sucesor de Gregorio, nuevo cisma hirió la cristiandad. La palabra autorizada y varonil de la Santa, fué eficaz en el reconocimiento de Urbano por legítimo heredero de San Pedro.

La muerte la encontró en Roma a la edad de treinta y tres años, habiendo pasado veinticinco en la oración, en momentos en que partía para Nápoles y Si-

cilia ante la reina de estos pueblos en representación de Urbano VI.

El prodigio genial de gracia y dulzura encantadoras que daba a todos sus actos, tanto públicos como privados, le valió de contemporáneos el bello nombre de Eufrosina, con que los antiguos designaban a una de las tres gracias.

Y es que Catalina a la belleza moral unía la belleza de su cuerpo.

JACULATORIA:

¡Oh hermana en el éxtasis! ¡Eufrosina de amor y de piedad, que tuviste por labios brasas encendidas de amor divino, con el raro privilegio de convertir a su contacto la podredumbre del pecado en rosas de perdón; y de hacer que la calumnia, con que la ingratitud recompensó tu consagración y sacrificios, cayera a tus plantas avergonzada y deshecha en lágrimas de arrepentimiento!

¡Concede a los labios de la amada la virtud de los divinos tuyos, a fin de que al dejarlos caer sobre la frente y labios de quien te implora, convierta sus lacras de pecaminosa juventud en plantíos de rosas místicas; y si alguna vez sus labios se mancharon siquiera con la sombra de leve ofensa a la mujer, queden purificados para siempre de tamaña iniquidad! Amén.

Cúcuta, 1915.

XLIV

EL ALEJANDRINO

En la riente ciudad de Alejandría, a principios del siglo IV, platicaban con frecuencia en su bullicioso muelle Pafnucio, joven filósofo y mundano en quien despuntaba ya el místico de las Tebaidas, y Thaís, botón de Rosa de Alejandría que a pesar de su núbil castidad, mostraba en sus donaires unas sombras y dejos de cortesana.

Pafnucio amó a su pequeña amiga, no como hombre de pasión sino como un Estagirita a través de retóricas y cuentos de lirismo; mas ella sedienta de sensuales goces y defraudada en sus anhelos de mujer, se alejó para siempre del platonismo de su novio.

El filósofo, cansado del mundo trajinó vías de santidad en las Tebaidas, adonde se retiró en traje monjil a hacer vida de penitencia. Por derrota opuesta siguió Thaís. Llamada por el mundo fuertemente fué a él, y en brazos del pecado surcó el revuelto mar de las pasiones.

En pocos años su belleza, talento y complacencia de cortesana, pasando de mano en mano con rumor de escándalo y con prestigio de carnal deleite, llenaron la ciudad de Alejandría.

El alma de Thaís vibró no sólo con el placer en lecho perfumado, sí que también con la sensación del lucro; y cuando quiso recoger aplausos de escena subió a los teatros alejandrinos y representó tragedias de los antiguos.

La de Magdalo y la Egipciaca se dieron por amor de artistas; Thaís se entregó por el placer y por la paga.

De ahí que su vida de cortesana escandalosa que fué, tuvo además asomos de codicia con ribetes de comedianta.

Pafnucio desde el fondo de su celda tenía una punta del hilo misterioso que le conducía al laberinto mundano, donde Thaís enredaba y desenredaba en su cuerpo pecador la madeja del hilo de sus días.

Atormentado que estaba con el rumor escandaloso de Thaís, su última amiga cuando en el mundo era, determinó, armado de cilicio y oración, de salir en busca de la extraviada cortesana.

Puesto una por una en Alejandría usó de vestidos adecuados para su intento; fué al teatro y se convenció de cómo era verdad ser Thaís el ídolo del pueblo cortesano.

Siguióla a su morada donde oficiaba de reina del placer, y allí, se hace anunciar por mundano y rico mercader.

Una vez en presencia de aquella hermosura hecha carne de liviandad, deja caer sus ricas vestiduras quedando en tosco sayal de penitencia.

La sorpresa de la pecadora y la palabra persuasiva del asceta, hirieron de tal modo su imaginación que al punto dió cabida en su ánimo al retiro de expiación que le indicaba el indignado monje.

Corre semejante a una posesa, despide a sus criados, reparte entre los pobres sus riquezas, en pira de incendio consume los vestidos del pecado, y en hábito de pobreza sigue al cenobita a través de las arenas del desierto.

Como las marchas eran largas, y ensangrentados que iban los delicados pies de la cortesana, tuvo

Pafnucio de acudir a la industria de llevar sobre sus hombros el cuerpo de la nueva hermana.

Sobre las roturas de sus plantas que brotaban sangre y gemian dolor, ponía el asceta para estancar la una y calmar el otro, en las horas que descansaban de la fatiga del camino, sus manos y sus labios que él creía eran carbones encendidos en amor del Nazareno.

Al cabo de penosas marchas llegaron por fin a la Tebaida, y en convento de mujeres dejó Pafnucio a la penitente. Encerrada en celda puso sobre la puerta sello de plomo, indicando con esto el aislamiento de sus hermanas de claustro.

Pan y agua eran los solos alimentos que podían llevarle por una ventanilla que dejaron abierta.

Una vez cumplida la piadosa empresa regresó Pafnucio a su convento.

Allí vinieron a una todas las visiones carnales que azotar pueden los sentidos de un hombre casto, y tomaron posesión del monje.

Este acudió a la medicina del ayuno, cilicio y oración.

Flageló su cuerpo hasta desangrarlo, ayunó y oró mucho; pero cuanto más aumentaba el rigor de la tortura, tanto mayor aún era la violencia de sus visiones tentadoras.

Sus noches eran presas de febril insomnio: Thaís se acercaba a su lecho con caricias de hermana que cuidaba de su mal, luego era la cortesana de Alejandría, que en desnudo de pecado, y cubierta sólo con túnica de carnalidades le invitaba al placer.

Pafnucio sentía entre sus brazos el cuerpo desnudo de la pecadora que él había cargado en los desiertos, y que se envolvía al suyo cual llama al tronco que calcina.

En la desesperanza de acallar la tentación acudió

al martirio de la columna. La fama del nuevo Estilita atrajo al pie de ésta a las multitudes comarcanas.

Y vióse a San Pafnucio, por espacio de muchos días con sus noches, como se miran hoy agujas coronando torres góticas, que hablaba a sus múltiples oyentes en lenguas de santidad.

A medida que ésta acrecía, acrecían también las visiones del penitente en su columna. Angustiado de su mal corrió adonde estaba el grande Antonio, mas éste, que leía la impureza de su alma en tentación le alejó de sí.

Comprendiendo ser inútil cuanto hacía de martirio para sofocar la carne, determinó de ir al monasterio Thaís.

Partióse al punto; una vez en él supo de cómo la cortesana penitente en ese mismo instante se moría en brazos de su Dios.

Fué a su lecho, y apenas llegó a tiempo de asistir al final de una vida de expiación.

Una vez muerta la causa de sus torturas, éstas dejaron de azotarle, y su vida terminó en los desiertos en olor de santidad.

JACULATORIA:

¡Ilustre Alejandrino! ¡Que harto supiste de la tentación de la carne cuando llevaste sobre tus hombros, y por los desiertos del Nilo a Thaís la cortesana!

¡Asiste a quien la carne tienta, y sucumbe como tú, a pesar de tu cilicio de Estilita!

¡No le abandones en la flaqueza de sus caídas; que con tu aliento de hombre atormentado, logrará vencer las gratas tentaciones de la carne tentadora! Amén.

XLV

EL ESTILITA MENOR

Este nuevo Simeón de Antioquía siguió las huellas del Siriaco, llegando a superar lo que humanamente parecía insuperable.

Comenzó desde niño su vida temperante hasta llegar siendo adulto, casi a una completa abstinencia.

A los doce años llegó al monasterio del Taumastoro, monte admirable, y hecho monje admiró a todos con su género de vida.

A su mismo maestro Juan de Estilita dejó atrás en su vida de columna.

Logró en poco tiempo reducirse a una comida cada ocho días.

Pidió mucho a su Dios le librase de las necesidades groseras de comer y beber y casi fué escuchado.

De esta legión de abstinentes ninguno llegó adonde el Estilita menor.

En alta y estrecha columna, en la que sólo podía estar de rodillas, permaneció sesenta y tres mortales años en pleno éxtasis, y todo él una úlcera a causa del cilicio.

Interrumpíale para hablar en palabras encendidas a la muchedumbre que ansiosa de escucharle, hacía guardia día y noche al pie de la columna; o para escribir cartas que decidan en asuntos de fe en las mesas de Reyes, Emperadores y Concilios. Semejaba columna de humano mármol en prolongación de la de piedra.

Hoy miran los navegantes en noches de tormenta

con alegría, la luz intermitente y varia de color de los potentes faros, que anuncian la costa hospitalaria.

Tal fué para el cristianismo durante sesenta y tres años y al pie del Monte Admirable el Estilita menor.

Clavado arriba en la columna como un faro dió luz y siempre luz: unas veces roja, sus homilías a los creyentes, y sus réplicas contra sectarios; otras amarilla, rayo de luz para el milagro; y otras azul, el fuego sutil de la oración.

La luz de aquéllos cuando alumbra la tempestad parece más intensa, a causa de la densa obscuridad que los envuelve; en Simeón sucedía cosa igual, en la lucha con sus pasiones, cuyo fermento salía no de la carne, sino de la medula de sus huesos, la luz de sus doctrinas adquiría mayor intensidad.

En los años que permaneció izado en el mástil de su columna, rojo gallardete de combate consigo mismo, no fué ni un momento arriada la bandera de su asta.

Ni cuando murió; lo hizo en pleno invierno, y la nieve que cubrió el cadáver, armazón de huesos y pellejos, le sostuvo hincado de rodillas durante muchos días hasta que aquélla se fundió.

Los hombres tuvieron a Simeón durante más de medio siglo y al pie del Taumastoro, por rojo incensario de sacrificio que en eminencia de columna, fué lentamente consumiendo sus carnes en holocausto de santidad.

Los carbones del incensario se apagaron, pero el humo, acepto a la divinidad, continúa aún en su ascensión por sobre la cumbre del Taumastoro.

Así terminó sus días el Estilita menor, y fueron setenta y cinco los años de su vida.

Pero el recuerdo de estos 63 de viva penitencia sin casi necesidades corporales, y dando sólo palabras y pensamientos, quedó clavado en la cima de los mar-

tirios humanos cual faro luminoso que señala a los náufragos del mundo, costas de una patria hospitalaria.

JACULATORIA:

¡Valiente Simeón el de Antioquia! ¡Constructor que fuiste de una cumbre desde la cual contemplaste bellezas de paisajes infinitos; y adonde hoy se dirigen los siglos para ver tu severo perfil de Estilita!

¡Alienta al constructor no de una cumbre, sino de fácil vía para trepar a ella, y poder admirar desde su altura los panoramas del mar, del valle y la colina!

¡Infunde tu aliento, y que a manera de entusiasmo anime, a quien lleve a cabo la construcción de un funicular que conduzca a la Silla del Avila al viajero, desde donde gozar pueda del paisaje que ante su vista se despliega!

¡Tú, que pasaste la vida toda trepado en las divinas cumbres, comprenderás la belleza que hay para los hombres en subir a las humanas, aunque éstas sean de rocas y montañas! Amén.

XLVI

LOS BIOTHANATOS

Saliendo por la puerta Capena se entra en la via Appia que conduce a la campiña romana donde, en tarde autumnal, el sol del medio día da a las ruinas y contornos de la Ciudad Eterna, la magnificencia crepuscular de los paisajes italianos.

Prestigian sus orillas las Termas de Caracalla, la tumba de los Scipiones y la de Cecilia Metella; a lo lejos restos de los acueductos que semejan esqueletos en parada de dromedarios, recuerdo de conquistadores africanos; y allá, en el fondo, la pintoresca Tívoli, que parece jardín de blancos jarrones pendientes de las colinas del Gennaro que el Teverone riega con sus aguas.

Para esta época llegó a tener la ciudad imperial diez y nueve Acueductos y once Termas.

Las aguas del Teverone al caer de escuetos peñascales forman cascadas y grutas caprichosas. El templo de la Sibila llamado también de Hércules, y formado por bóvedas y columnas naturales, presenció a principios del siglo II el martirio de Santa Sinforosa y el de sus hijos.

Después que su marido fué decapitado en las riberas del Tíber, se vino a sus posesiones de Tívoli con sus siete pequeñuelos. Consagrada al cuidado de los suyos y a obras de piedad para con los cristianos perseguidos, se vió obligada a vivir oculta en una cisterna seca, donde templó el ánimo de sus hijos y los apercibió para el martirio.

La Sibila del templo la denunció como enemiga del pagano culto; una vez en presencia del Emperador confirmó la denuncia con gesto varonil.

En la misma gruta se dió comienzo al sacrificio. Después de golpes y torturas la colgaron de los cabellos; y como no fuese suficiente para aplacar la cólera de Adriano, mandó que la arrojaran al Teverone llevando al cuello enorme piedra.

Desde aquel punto la Sibila enmudeció; y en el mismo sitio donde Sinforosa estuvo largo tiempo en vilo de sus cabellos, cuentan que brilla en noche de pavura un resplandor, como si alguien colgase en la cresta del monte gavilla de espigas luminosas, o manojo de rayos del sol que alegra la campiña romana.

La luz del nuevo día alumbró, siete lechos de Procusto, sobre los que fueron dislocados los miembros infantiles, de los siete pequeñuelos que con igual entereza de ánimo confesaron la fe de sus mayores, y soportaron la crueldad de sus verdugos.

El César, poderoso que era, al verse en esta vez vencido y humillado por unos niños despreciadores de la tortura, del dolor y de la muerte ordenó, en su impotencia de verdugo, que el puñal completara lo que el tormento dejó con vida.

Nada más admirable que oír en labios humedecidos aún con la leche del materno seno, la palabra formidable del varón: "antes la muerte que el deshonor", y la deshonra para los hijos de Sinforosa era el culto del paganismo.

Se admira a Bruto y a Catón desgarrándose las entrañas cuando comprenden que está perdida la libertad romana. Filósofos paganos enamorados del patrio ideal.

Fué preciso que uno nuevo, al descender del Gólgota, incendiase los corazones para que niños cristianos, emulando los actos de los antiguos, fueran

como ellos varones de alto temple, y grandes en el esfuerzo y en la muerte.

Hércules, dios pagano, encarnación de la fuerza física del hombre, contempló desde su altar el triunfo de la fuerza moral en pueriles pechos.

Cerca del sitio que sirvió de tumba a la madre fueron arrojados los cadáveres de sus hijos en un foso, llamado desde entonces *los siete Biothanatos*, es decir, los despreciadores de la muerte.

JACULATORIA:

¡Grandes pequeñuelos, que agigantados en la empresa del martirio, salisteis vencedores del dolor y de la muerte!

¡Templad el ánimo de quien invoca los vuestros, para ser como vosotros despreciador de la muerte y del dolor! Amén.

XLVII

LA COPA DE GLORIA

Detrás de la Capilla de San Luis está la Cúpula de los Inválidos. En la pintura que la adorna se mira al Cristo recibiendo de San Luis, Rey de Francia, la espada vencedora de los Sarracenos.

En su agonía de cruz apenas lanza mirada compasiva a quien usó de hierro y fuego para imponer su código de amor. El santo Rey parece algo corrido ante la mirada que encierra un reproche de parte de Jesús.

La tumba de Napoleón I está debajo de la Cúpula. Un solo bloque de pórfido de Siberia cubre el mármol que guarda los restos del vencedor de Europa. Del que supo entrar en todas sus capitales sin destruir ni siquiera un edificio de los pueblos conquistados.

Las baldosas de la cripta narran sus glorias: Rívoli, Las Pirámides y Marengo; Austerlitz, Jena y Friedlan; Wagran y Moscova son los poemas de su espada.

A la entrada de aquélla, que permanece cerrada al público, un inválido hace la guardia de honor. Estatuas de bronce presentan en homenaje espada y globo, cetro y corona, a quien fué capaz de ambicionar todos los tronos de Europa.

Duroc y Bertrand, cincelados en mármoles negros, continúan acompañando a su Emperador, acaso en espera de órdenes para trasmitir a Reyes y pueblos europeos.

Sobre la cornisa de la puerta cerrada se lee una frase de su testamento: "Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la Seine, au milieu de ce peuple francais que j'ai tant aimé."

Y los restos del gigante están allí, cabe la orilla del Sena, custodiando la Ciudad Luz.

Cuando se visita este túmulo en la hora de nona, los rayos del sol al desmayarse entran por las vidrieras del ocaso, y descomponiéndose en regueros de luz, iluminan de un color de gloria el semblante del Cristo que se eleva sobre el altar, apareciendo en apoteosis de Tabor en su vuelo al infinito.

Ese color gualda se difunde por sobre la tumba del Emperador, y es entonces cuando la Cúpula de los Inválidos semeja una copa de gloria, como si el pueblo francés convidara fraternalmente a los hombres que la visitan, a escanciar en ella los ideales que caben en los dos símbolos que iluminan el sol poniente bajo la Cúpula de los Inválidos. El Cristo, encarnación del arte y del amor; y Napoleón, emblema de glorias y conquistas.

JACULATORIA:

¡Espíritu potente del coloso, que en los campos de batalla serviste de aliento al bravo luchador francés!

¡Que tu nombre siga protegiendo a la Ciudad Luz, la más hermosa y la más amada de las ciudades todas!

¡Y no permitas nunca que la bota del guerrero teutón logre pisar su sagrado suelo, porque hará con ella lo que hicieron los bárbaros germanos, sus abuelos, con la Roma de los mármoles: que destruyeron vengativos sus palacios, sus templos y sus dioses, castigando así la grandeza misma de la Ciudad Eter-

na, cuyas ruinas centenarias protestan todavía contra aquella barbarie de los hombres!

¡Que tu férreo esqueleto de gran conquistador cada vez que invadan el territorio francés, semeje al Encédalo que dormita en las entrañas del Etna, que con sólo moverse en su lecho de fuego ruge el volcán, se incendia la montaña y cubre con su lava las colinas!

¡Y el Marne sea siempre, como los Campos Cataláunicos, el sepulcro de los Teutones! Amén.

Caracas, Venezuela, Julio, 1921.

NOTA: Desgraciadamente la falta de Hombres de Estado en Francia trajo a ésta, en Junio de 1940, una triste humillación. Y París fué hollada, en son de conquista, por la bota grosera del germano.

Cuando el clarín guerrero resonó por sobre la línea Maginot, fué cuando los franceses se dieron cuenta de la realidad. Tarde despertaron. La barbarie los tenía aprisionados.

Y desde entonces han sido explotados, escarnecidos y humillados los héroes de otros tiempos. Hitler, dominador de casi toda Europa atacó a Londres; destruyó gran parte de la ciudad, pero se estrelló contra la serenidad del pueblo inglés. Allí sufrió su primer derrota. Colérico invadió el suelo de su aliado ruso y se adueñó, a fuego y sangre, de ciudades, pueblos y aldeas. Pero en Noviembre de 1942 Stalingrado, la ciudad heroica y mártir, le rechazó victoriosamente.

La derrota desde el Cairo a Túnez y Biserta, de Noviembre anterior a Mayo del 43, fué la más completa. El brillante ejército nazi-fascista de 300 mil combatientes y más, fué aniquilado y el resto cayó en poder de los aliados. Todo el equipo bélico y sus principales jefes fueron botín de guerra. Sólo Rommel, el Mariscal, pudo salvarse en alas del avión.

Barrido el suelo de Noráfrica de la barbarie prusiana por ingleses, americanos del norte y franceses, toca a los vencedores limpiar el Mediterráneo. Y conjuntamente destruir, día a día, la gran maquinaria de guerra hitlerista. No quedará

en pie, sobre la haz de la Europa conquistada, ninguna fábrica de instrumentos homicidas.

Y cuando sus chimeneas estén mudas, y los libertadores invadan a Europa, toca a los pueblos humillados ponerse de pies y empezar las vísperas sicilianas. En ellas los verdugos de ancianos, de niños y de mujeres pagarán con sus vidas, los crímenes de lesa humanidad.

Abatido el poderío militar de Hitler en la Europa subyugada, la barbarie nazi se refugiará en Alemania. Y si allí persiste en defenderse, será destruída. Sometida Alemania incondicionalmente, un Consejo Militar juzgará a Hitler, Mussolini y sus respectivas comparsas, por sus enormes crímenes en Europa. Amén de los pueblos y campos devastados en el territorio ruso. Cosa igual debe hacerse con el Japón, hasta destruírlo como potencia militar.

Alemania, una vez castigados los responsables de la hecatombe mundial, volverá a la vida de nación industrial. La agricultura, la cría y el comercio como de antes. Las ciencias, las artes y sus Universidades recobrarán su prestigio secular. La propiedad será respetada y la libertad de cultos garantida. Pero las maquinarias de guerra, destruídas las actuales, no volverán a fundir cañones de ninguna clase. Ni siquiera pistolas ni revólveres se fundirán.

Ningún instrumento de pólvora homicida saldrá de los arsenales teutones. ¡Que vuelvan a la guerra como los Godos y Visigodos, sus abuelos, cuando destruyeron a Roma a fuerza de pica, de arietes y de lanzas!

Esta imposición estará garantizada por la permanente vigilancia de Inglaterra, de Rusia y de los Estados Unidos de América. Que a ellos les compete el estricto cumplimiento. Por lo menos cincuenta años estará en vigencia. De este modo las nuevas generaciones de alemanes crecerán sin la enseñanza de la guerra contra Europa.

Al pueblo alemán, como a un organismo enfermo de orgullo y de soberbia dominadora, no se le permitirá en las escuelas, colegios ni Universidades asignaturas militares que fomenten sus instintos ancestrales de matanza.

¡Y sólo así vendrá la paz de Europa, y desde luego la paz universal!

¡Salve a tí Ciudad Luz, en eclipse total durante años! ¡Que tu reino de belleza y tu señorío de suprema inteligencia, vuelvan de nuevo a imperar entre los hombres libres!

Que las estrofas a Victor Hugo, del vate veracruzano Salvador Díaz Mirón, no vuelvan a resonar en tus oídos:

"¡Profanado el augusto tabernáculo
y erguidos y triunfantes los protervos!
¡Apagada la zarza en el pináculo
y allí agrupados en festín los cuervos!
¡El pueblo subyugado por la tropa,
el pueblo audaz que con ardor fecundo,
dando su sangre en holocausto a Europa,
reinvindicó la libertad del mundo!
¡Radiante y vencedor el culto falso!
¡La virtud perseguida con encono!
¡El deber expirando en el cadalso
y la infamia sentándose en el trono!
¡Oscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
¿En dónde estaba Dios, que no veía,
puesto que así dejaba
prevalecer la noche sobre el día?"

México, D. F. Mayo de 1943.

XLVIII

PLEGARIAS

En el Album de Isabel Piton.

¡Oh Cristo!, cuando era niño y mi madre me conducía al templo en un día de Viernes Santo colocaba, con la fe de un creyente ingenuo, en el sepulcro donde yaces cadáver, las plegarias que modulaba con fervor, a fin de que fueran en el transcurso del año auxilios de lo Alto en las necesidades del hombre-niño.

Hoy, en evolución mi cerebro respecto a ideas y creencias de aquel tiempo de mi niñez sencilla, me acerco a ti, redentor de ideas generosas, a colocar en tu sepulcro mis pensamientos de hombre, a fin de que ilumines con el resplandor de tu Doctrina los senderos oscuros de mi vida.

¡Oh Cristo!, fuiste hombre, y las tentaciones de tus instintos conmovieron tu organismo, pero fuerte, las venciste. Asísteme en la lucha tenaz que libro diariamente con las mías.

¡Oh Cristo!, la tentación del espíritu del orgullo se insinuó en tu oído, con frases halagadoras de dominio, sobre la cumbre de la ciudad Sagrada. Deja que me tiente a mí también, pero que sus promesas sean cumplidas.

¡Oh Cristo!, con látigo de Apóstol expulsaste del templo de oración a los mercaderes fariseos. A fuerza de pensar expulsaré, como tú, del templo de la

conciencia, los instintos mercenarios del animal que vive en mí.

¡Oh Cristo!, ante la débil esposa que pecó, confundiste a sus hipócritas acusadores porque se encontraban tan llenos de pecados como ella. Me esfuerzo cada día más, en pugna con el instinto orgulloso de mi frágil arcilla, en formular juicios sobre los hombres a través de tu sentencia: "El que esté sin pecado que tire la primera piedra."

¡Oh Cristo!, hacías abandonar las camillas de vergüenza a los paralíticos de Judea, que en las veredas del camino te imploraban la limosna del milagro. Acude a mí, y que sea tu Doctrina la que rompa esta ligadura que aun retiene la camilla de instintos serviles, que hereda el hombre cuando a la vida viene.

¡Oh Cristo!, llevabas a la mudez del hombre el tesoro inmenso de la palabra. Dame el verbo de persuasión en todo lo que tienda a la conquista.

¡Oh Cristo!, tenías para el silencio sepulcral de los oídos la clave de escuchar las armonías de la vida. Haz que la voz de triunfo suene siempre, acá en mis oídos, como mandato del Olimpo anunciado en días de victoria por el clarín guerrero.

¡Oh Cristo!, al conjuro de tu voz los posesos de espíritus malignos quedaban fuera de toda servidumbre. Tus ideas de filósofo antiguo quebrantan, en la noche de ignorancia, el vasallaje del error.

¡Oh Cristo!, en horas de tempestad anunciabas tranquilo sobre las ondas del Tiberíades, sin que éstas humedecieran la orla de la túnica, tus enseñanzas de misionero. Que al surcar las ondas en los mares de la vida, no se enfangue el esquife en que bogo sin cesar hacia la muerte.

¡Oh Cristo!, para saciar el hambre de las gentes que te seguían en tropel, multiplicabas el alimento. Que tu Doctrina, en lo que tiene del filósofo y del

apóstol, calme las ansiedades múltiples de mi ser pensante.

¡Oh Cristo!, volviste a la vida al hermano de Marta y a la hija de Jairo. Que torne siempre a mí, tras la sombra del dolor, la alegría de la vida en copas de amor y de placer.

¡Oh Cristo!, convertiste en vino, en las bodas de Caná, el agua de manantial. Que en el cántaro de mis labios halle siempre la mujer el vino del amor.

¡Oh Cristo!, confundiste en medio del templo a los Sacerdotes intérpretes de la ley mosaica. Que pueda un día confundir a las malquerencias de espíritus aviesos.

¡Oh Cristo!, en lenguaje de altruismo hablaste, en tu Sermón de la Montaña, las frases de mayor consuelo que han escuchado los vencidos de la vida. Que en mis oídos vibren desde la cumbre del placer las frases, que en labios de mujer, hacen grata la desventura del vivir.

¡Oh Cristo!, cuando la pecadora de Magdalo tus pies ungió con ungüentos de perfume, los roció con lágrimas, mezcla de amor y arrepentimiento, y luego los enjugó con la rubia toalla de sus cabellos, tú la dijiste, en lenguaje de dioses, lo más hermoso que llegar puede a oídos de hermosa pecadora: "Levántate, mujer, porque has amado mucho te perdono". ¡Oh Maestro!, desde hace mucho tiempo sólo el amor purifica mi ser de las flaquezas humanas.

¡Oh Cristo!, la convicción profunda con que doctrinabas a las muchedumbres, bastó al paralítico a hacer del techo puerta y descender hasta ti; y a la fervorosa Cananea para creer que, con sola tu voluntad, su hija quedaría sana y salva. Infunde en la lobreguez de mi conciencia, una chispa de esa fe, que hace trasladar montañas, a fin de continuar la ta-

rea de la vida, con la sola esperanza de triunfo entre los hombres.

¡Oh Cristo!, encontrabas lógico que al que tenía mucho se le aumentara aún más a expensas de aquéllos que tenían poco. Asísteme con tu sentencia, para que lo poco se convierta en mucho, a fin de que lo mucho se convierta en más.

¡Oh Cristo!, predicador en verbo de verdad, que como fuente de agua viva no estanca su corriente, apostrofaste al que pretextaba de un muerto cuando le llamabas a la vida. Reconcentro en mí tu palabra de profeta, y con valor sereno de filósofo camino hacia la muerte.

¡Oh Cristo!, exhortabas a tus discípulos a desprenderse de los bienes reales de la existencia a trueque del cielo que prometías. Auxíliame con los bienes de la vida, y una vez salvados los lindes del sepulcro con las manos llenas de obra llegaré a tu reino.

¡Oh Cristo!, al confundir de nuevo a tus enemigos deslindaste lo que corresponde a cada quien, y desde entonces se marcaron mejor los derechos del Amo-Dios y los derechos del Amo-Rey, que son los deberes del esclavo. Que llegue un día en que estos dos tiranos se anonaden en mi conciencia, y mis deberes para con la Humanidad sean correlativos a mis derechos de ciudadano.

¡Oh Cristo!, diste a la Samaritana del pozo de Jacob por un poco de agua de su cántaro, el venero inexhausto que manaba de tus labios. Que sea propicia a mi ventura esa Samaritana para aplacar en el cántaro de sus labios mi sed de amor: y escancie ella sus ansiedades de mujer en el inmenso torrente de los míos, que como agua desbordada afluye de todas las raigambres de mi ser.

¡Oh Cristo!, hablabas de la presunción humana cuando el hombre veía la mota en el ojo de su her-

mano, y no sentía la viga dentro del suyo. Que pueda darme cuenta real de los actos del hombre para hacer justo aprecio, tanto de pequeñeces ajenas como de las propias mías.

¡Oh Cristo!, para el Hijo pródigo había, según tu parábola, fiestas y regocijos en el hogar paterno al regresar de aventuras y correrías mundanas, en tanto seguía en sus labores el hermano que nunca cesaba en la faena diaria. Que sea siempre el hijo pródigo de la fortuna, de la mujer y del cariño.

¡Oh Cristo!, sembrador de simientes redentoras. Para confirmar tu vida de apostolado con muerte de martirio, tuviste de entregarte en venta por monedas y en ósculo de traición al pueblo que pedía tu sangre. Como no soy Apóstol, ni me entrego en brazos de hombres, no seré traicionado ni vendido; pero sí reclamo la muerte de cruz en los brazos de la mujer amada.

¡Oh Cristo!, en el huerto de los Olivos, cuando en el fervor de la oración tus vasos capilares trasudaron sangre, pediste al Padre que alejara, si posible era, el cáliz de amargura. Ningún hombre, desde que entra en la vida, puede desviarse ni una línea siquiera de su destino. Y hay que exclamar como tú: "Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío."

¡Oh Cristo!, al consagrar en la noche de la Cena Pascual el pan y el vino como encarnación viviente de tu cuerpo y de tu sangre, dejaste a los discípulos en la sencilla comunión de aquellas formas un símbolo real de tu presencia. ¡Oh Maestro!, sin abandonar el símbolo de comunión sagrada, hoy, creyente del ritual pagano, comulgo, en la religión ingenua del cariño con formas tangibles de mujer.

¡Oh Cristo!, en la pendiente del Calvario el símbolo de piedad, que es mujer, enjugó tu rostro injuriado por el martirio, y tú dejaste impreso, en aquel

lienzo del dolor, las huellas del sacrificio. ¿En qué manos piadosas hallaré el lienzo que enjugue mi rostro en la pendiente del Calvario, por donde asciende el hombre con la pesadumbre a cuestas de la vida? En las manos de la piadosa amada.

¡Oh Cristo! Pedro te negó hasta por tres veces. Siempre el vocablo de negación tiembla en los humanos labios cuando la cobardía amedrenta el ánimo de los hombres. Que en la ruta de mi destino no se marque ese humillante recodo, en donde se niega, no por convicción, que es glorioso, sino por cobardía, que es vileza.

¡Oh Cristo!, los verdugos que arrancaron la túnica inconsútil que cubría tus vergüenzas de hombre, echaron sobre ella los dados del azar, juego simbólico del destino humano, y así se apropiaron con algún derecho de tus despojos. ¿Quién se librará del reparto que necesariamente hacen sobre cada hombre en días de martirio o de venganza? Nadie, porque hasta de los mismos dioses son repartidos sus despojos.

¡Oh Cristo!, sobre el madero ensangrentado de la Cruz te sentiste abandonado de tu Padre. Todo hombre clamará como tú: "¡Elí! ¡Elí! ¡lamna sabacthani!" . . .

¡Oh Cristo!, para aplacar tu sed de herido, en la hora de sexta, y sobre un peñasco estéril, manos de verdugo exprimieron sobre tus labios de agonía esponja saturada de hiel y de vinagre. La Filosofía, que el esfuerzo de la inteligencia ha venido atesorando a través del tiempo, podrá disminuir esa amargura que lleva en sí todo acto humano, puesto que el hombre, en horas de angustia y en la crucifixión del ideal, busca siempre cómo calmar la sed de sus dolores.

¡Oh Cristo!, el agua que manó la herida de tu costado, al caer sobre el rostro del asesino, cuenta el

idioma del prodigio que curó la ceguera de su vista. Que cuando broten sangre mis heridas, sea, como en la tuya, bálsamo que cure al agresor.

¡Oh Cristo!, ya para expirar clamaste al Padre pidiendo el perdón de tus verdugos. Fueron tus más bellas palabras de hombre escarnecido. Que mis labios, como los tuyos, contesten siempre a cada injuria humana con el vocablo del perdón.

¡Oh Cristo!, sellaste tu misión de Apóstol encomendando tu espíritu en manos del Creador. Todo tu ser de hombre terminó. Pero tus discípulos, continuando tu Evangelio por el mundo, modelaron tu memoria en bronces de inmortales, y con el prestigio de un Dios te colocaron, ya santificado por el martirio, en el altar de la conciencia humana.

Caracas, 1908.

XLIX

DECALOGO DE RENUNCIACIONES

A Rosa Claps de Cagnoni, escritora argentina.

1º—En los dinteles del "Colegio del Sagrado Corazón de Jesús", en la Grita del Táchira, regentado por el educacionista Monseñor Jesús Manuel Jáuregui, dejó el que suscribe, en Septiembre de 1894, su primer renunciamiento. Fueron sus ideas religiosas con su aparato de culto externo, que durante cinco años practicó diariamente en el internado de aquel católico instituto. Tenía 20 años de edad y acababa de graduarse de Bachiller en Filosofía y Letras.

2º—La segunda renunciación fué en la ciudad de Mérida, donde empezó en 1896 sus estudios médicos. Con motivo de una hija natural que tuvo en una muchacha, criada honestamente en casa de familia, y por lo cual la madre tuvo de abandonar dicha casa, resolvió no volver a fecundar hijos bastardos. La receta la encontró en la Biblia que por aquella época leía.

3º—En Marzo de 1898 vino a Caracas a continuar su carrera científica. Mas, una vez terminada ésta, como no se encontraba con vocación suficiente para el desempeño de la profesión médica, no la ejerció nunca. Y fué su tercera renunciación, por Diciembre de 1901, cuando se graduó de Doctor en Medicina.

4º—Debido a sus estudios de clásicos antiguos, en

especial los Filósofos griegos y latinos, hizo su aprendizaje de ascetismo. Allí renunció al juego de azar, que si no era un vicio, sí era una mala costumbre. Se entiende por esto toda clase de juegos donde la fortuna protege a sus creyentes. Esta fué su cuarta renuncia.

5ª—Más tarde vino su quinto renunciamiento. Fueron las bebidas vinosas, alcohólicas y el hábito de fumar, que si no constituían vicios, eran una mera necedad, dado que su organismo irritable no tenía necesidad de estimulantes.

6ª—En la ciudad colombiana de Cúcuta, frontera del Táchira, por Septiembre de 1914, una vez convencido de que las revoluciones en Venezuela estaban desprestigiadas por ausencia de un Caudillo Militar, se despidió de su antiguo Jefe, General Olivares, a quien juzgó incapaz de encauzar una revolución. Más de veinte años confirmaron el pronóstico, de carácter reservado entonces. Se alejó para siempre de toda insurrección armada. Fué la sexta renuncia. Tenía 40 años de edad.

7ª—En 1915 trató con el Dictador Juan Vicente Gómez su regreso a Venezuela, y le ofreció no volver a tomar cartas en asuntos políticos durante su gobierno. Una vez en Caracas, en 1917, se refugió en los viejos infolios de Archivos, donde ha trajinado en estudios de investigaciones históricas y publicado libros. El séptimo renunciamiento fué la política venezolana durante la Dictadura Gómez.

8ª—Por Enero de 1927 resolvió, allá en sus adentros, abandonar definitivamente su infecunda vida de solterón empedernido, pues ya frisaba en más de medio siglo. Y al efecto, se comprometió en matrimonio. Tal la octava renuncia.

9ª—Un día del mismo mes y año se despidió de la mundana vida con una de las amigas que cortejaba

realmente. Estaba en vísperas de fundar hogar al cual se consagró en espíritu y en verdad, según la expresión de los Evangelistas. El noveno renunciamiento no fué un sacrificio: fué la aceptación deliberada y voluntaria de un deber.

10º—En cuanto a la décima renunciación, con la cual se completa este Decálogo, consiste en un esfuerzo que ha venido haciendo a través de varias disciplinas espirituales, y durante el largo espacio de cuarenta años, con el ánimo de moderar su carácter violento. Difícil tarea en verdad, corregir sus actos de ira "porque airado de cabeza, pero no de corazón", ha tratado en vano de modificar su temperamento irascible. Por más que está siempre alerta a fin de sofocar sus ímpetus de cólera, poco ha logrado. ¡Que no está en manos del hombre sofrenar el impulso del instinto!

JACULATORIA:

¡Oh genio del mal! que surges con tus violencias, como espíritu infernal que eres, del fondo del organismo, y te complaces en enturbiar las ideas de quien se precia del dominio de su yo intelectual. Contesta tú, que te enraizas en el fondo de mis entrañas desde que a la vida vine. ¡Acaso no piensas abandonar a quien ha resuelto ahogar sus ímpetus insanos de iracundia! En nombre de los viejos taumaturgos te expulso de mi yo moral. ¡Oh Genio del mal que me haces hacer lo que hacer no quiero yo! Amén.

Santiago de Chile, 1939.

L

LA MONJA TUNJANA

A Sofía Quijano de Ayram, escritora colombiana.

Vino a la vida de padres de ilustre abolengo en sitio descampado, donde reina la ventisca. A 2,800 metros de altura, en colina descubierta, tiene su asiento la ciudad de Tunja.

En duro trance nació la niña el año de 1671. Desde la infancia todo el ser de la pequeñuela, que se llamó Francisca Josefa del Castillo, se resintió de la apretura del parto de la madre, Da. María de Guevara y Niño, tunjana también.

De salud enfermiza no buscaba los juegos infantiles. Amaba la soledad. Pero ya crecida se aficionó a leer comedias y trató de agradar. Criolla bien nacida y de porte señorial, lo consiguió al punto.

Uno de sus deudos la requirió de amores y correspondido, la pidió en matrimonio. Pero como al Lic. y Teniente de Corregidor, el español D. Francisco del Castillo, no le agradó, su hija desistió. Este primer tropiezo en asuntos amorosos la empujó, con ímpetus violentos, hacia el monjío. Era su inclinación natural.

Todos los atavíos personales que usó en los ensayos de su vida social fueron reemplazados, con creces, por el tosco lienzo, cilicios, oración y penitencia en la soledad de la alcoba.

Huía de los hombres y de los mismos encantos de la naturaleza. En la finca de Bonza, propiedad de sus

padres, los sitios más apartados eran su refugio. Ya ansiaba la comunicación con su Dios.

Por eso a los 18 años de edad entró en el Monasterio de las Monjas Clarisas. El claustro la atraia. Era el ambiente colonial y el orgullo de las familias. Y Tunja, Bogotá y Popayán fueron las tres urbes monásticas del Nuevo Reino de Granada.

Desde que entró en la clausura, como novicia, empezó la lucha encarnizada del espíritu del mal contra el espíritu del bien. Porque las almas selectas entienden por el primero los instintos de la carne. Y como tratan de sofocarlos, a fuerza de flagelos, ayunos y penitencia, aquéllos se sublevan.

Al cuerpo endeble la voluntad inquebrantable de la novicia, trataba de purificarlo para ponerse en contacto con el divino amante. Pero en la lucha entablada era víctima de sí misma.

La naturaleza física que "andaba cargada de cilicios y cadenas de hierro, hasta que sobre algunas crecia la carne", según expresión suya, reclamaba sus derechos.

De ahí las constantes tribulaciones y enfermedades de su organismo, que en varias ocasiones la tuvieron a pique de muerte.

A la edad de 23 años se hizo Monja Clarisa y entró de lleno en la vida del ascetismo conventual. Durante medio siglo vivió en plenitud de martirios, físicas dolencias y perennes alucinamientos. Ya en los postreros años la serenidad la envolvió, y era de hasta 71 cuando tuvo de morir. En el convento de Tunja fué todo, desde portera hasta Madre Abadesa.

En la relación de su vida que escribió, por mandato de sus confesores que la apreciaron como inteligente que era, se halla una monja contemplativa, mística e intelectual. Buscó el claustro porque allí podía entregar "su corazón llameante lo mismo que

una luz", al estilo de Santa Teresa de Jesús, a su divino esposo.

Fué víctima cruenta de las infernales visiones que engendra la vida conventual, tanto más torturantes cuanto mayor es el anhelo de entregarse más pura. Que el amante, enclavadas sus manos en el madero de la cruz, como es intangible, es purísimo. No acepta almas que tengan visos y sombras de pecado.

La monja Francisca mientras más se azotaba para calmar las impurezas de la carne, más ahína surgían las endiabladas tentaciones.

Su ardiente imaginación en organismo enfermo, cada día aumentaba sus dolencias físicas y morales. Y sus alucinaciones servían de mofa a las demás Clarisas que la tenían por loca.

Y como tratase de aumentar el martirio de su cuerpo virginal, hasta sangrarlo, para ahuyentar aquéllas, el conflicto del espíritu y la carne era mayor. En su misticismo exaltado creía que su Dios la abandonaba a su solo padecer. Y desesperada acudía al confesor.

En las almas escogidas, que aspiran a la mayor pureza para juntarse, en éxtasis de amor, al ideal amante, el confesor es su amparo. El las consuela, las purifica en la confesión del pecado de sus lúbricas visiones y las junta, por medio de la eucaristía. con su Dios.

De ahí que cuanto más pretende limpiarse de sus impurezas imaginativas, más necesita el agua lustral del confesonario. Esta urgencia se aleja a medida que el fervor religioso disminuye.

Poco después de su entrada en el Monasterio murió su padre. Este, aunque tenía otros hijos religiosos, no se avino con el monjío de Francisca. A su madre, como hizo de sus ojos fuentes de lágrimas en su viudez, le ocasionaron la ceguera. Y paralítica ade-

más, fué a parar a una celda conventual y murió en brazos de su hija.

En el claustro, propicio al estudio, la monja Castillo se ilustró. La Biblia en latín fué su lectura predilecta, como se ve en las dos obras que dejó: "Mi Vida" y "Afectos Espirituales", donde campean versículos de la obra sagrada de los judíos.

Tiene frases clásicas y conceptos de alta filosofía. Ante la imprudencia del pelícano, que construye su nido en las eras, al mero alcance del labrador, exclama: "El águila anida en lo más alto y tajado de las peñas; la paloma se aleja, huye y descansa en la soledad; la tórtola se esconde en los agujeros de la piedra, en las cavernas del cercado; el pájaro hecho solitario, busca lo alto de los techos; la lechuza se oculta entre las ruinas; los peces se sepultan en los senos del mar; aun el sol conoce su ocaso y su escondrijo; las flores nacen cubiertas y dan así oculto su fruto siempre guardado entre cortezas y cáscaras; y cuando crecen más los árboles, profundan más sus raíces y se ocultan; las fuentes traspasan por medio de los montes para salir a lo profundo de los valles. Si fueres como el gusano, entrando al corazón de la yedra en la consideración, en breve espacio caerá seca la vanidad e inconstancia de la vida. Entonces te asentarás entre los príncipes, cuando edificares en la soledad tu sepulcro, y él será glorioso."

Y ante las aflicciones que entristecían el ánimo, escribe: "Si fueres fuerte para sufrir el desconsuelo, no saldrás con ligereza a buscar o aposentarte en los alivios humanos; serán tus muros como de hierro y de bronce; entonces dará Dios sus palabras en tu boca, cuando fueres como ciudad cercada de secretos, que en silencio será tu fortaleza. Sabe sufrir callando y padeciendo, sea tu muro como de hierro, que así será prisión para los enemigos interiores, y resis-

tencia para los exteriores. Pon tu rostro, como piedra durísima, para recibir el golpe de cualquiera vejación, imita el no moverse, ni para huir, que asegunde el castigo, ni a mostrar que lo sientes, ni con palabras, ni con acciones: sea sólo el dolor tuyo en tu secreto, y cuando tu amado te visite, como hacecito de mirra, en la tribulación escóndelo en tu pecho, y sea para ti sola, y tú para él solo, que si la vara de su corrección te hiriere, dará la piedra agua con qué se riegue la tierra siempre sedienta, que esta agua, como lluvia voluntaria, perfeccionará Dios con ella su heredad cuando está enferma, y tu alma hecha ciudad de Dios, será alegre con el ímpetu de estas aguas. Ten silencio para no reprobar lo que te aflige, ni mostrar con razones que las tienes."

Estas hermosas frases, de puro clasicismo, le han dado lugar y puesto de honor en las letras colombianas.

Una nueva tortura cubrió su espíritu cuando sus ideas, asaltadas por errores y herejías, la dejaron clavada en el potro de la duda. Su confesor la consoló.

Su vida toda fué un rosario de tribulaciones espirituales y de físicos quebrantos, encajados en el marco del cilicio corporal. Y en los mortales desalientos que le causaba el empeño de purificar más y más, el vaso impuro que contenía el ánima a sus oídos le llegaban las voces del amado. "Ea, alienta tu corazón: anégate en el mar de las misericordias mías. Mira que vendrá la aurora, y se acabará la lucha y la batalla, y se dará fin a las tinieblas, en entrando la aurora."

A medida que se acercaba el final de su existencia de expiación, su cuerpo enflaquecido y torturado estaba ya en quietud, porque su imaginación había entrado en el reino de la calma. Y la serenidad de su

espíritu era la misma plenitud de su confianza en Dios.

Y entonces la Santidad, como un manto de oro, cubrió a aquel ser que se moría, y su alma, purificada en el crisol de las penitencias, subió al Eterno.

Los que visiten en Tunja al antiguo Convento de las Clarisas, conocerán la celda que albergó a la Madre Francisca Josefa del Castillo.

Su rústico ajuar recuerda el que tiene la celda que habitó Felipe II en El Escorial. En ambas la ventanilla que da a la Iglesia servía, a la Monja y al Rey, para asistir al sacrificio de la Misa.

La ciudad de Tunja acaba de conmemorar suntuosamente, en Agosto de 1942, el segundo Centenario de la gloriosa muerte de la Ilustre Monja Tunjana.

JACULATORIA:

¡Divina brasa de incensario, que consumiste tu cuerpo y tus sentidos en holocausto de tu Dios! ¡Rosa empurpurada en el martirio, que tus mismas manos dieron a tu cuerpo virginal! ¡Cubre con tu manto de Santidad a las madres colombianas, cuando en el trance más sublime de la mujer, y en la dificultad del parto en apreturas, invoquen tu nombre! ¡Que seas amparo y auxilio de ellas, puesto que tú viniste al mundo, en apremio difícil de la madre que te dió el ser!

¡No desoigas la súplica de quien ama a Colombia por sus grandes hombres, por sus enhiestas cumbres y por sus mujeres de espiritual belleza! Amén.

México, D. F. Junio de 1943.

LI

LA MONJA MEXICANA

A la memoria de Teresa de la Parra, novelista venezolana.

En el caer de las faldas del Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl, nació esta flor de belleza intelectual por los años de 1651. Fué en las alquerías de Nepantla, más allá de Amecameca.

Hija del guipuzcoano D. Pedro Manuel de Asuaje y Vargas Machuca, apellidos los dos últimos de esclarecido linaje. La madre, Da. Isabel Ramírez de Santillana, era mexicana.

Su infancia la pasó en Amecameca, donde subían y bajaban el "Sacro Monte" las continuas peregrinaciones de creyentes. A sus oídos llegaban voces del nahuatl indígena, y del vazcuence y castellano de sus padres.

En la escuela donde aprendió a leer halló libros de versos, y en ellos se inició su fuerte inclinación a la poesía.

Su bien enraizada voluntad, que atisbó desde sus mocedades, puso el sello de mujer fuerte en todos los actos de su vida. Intelectual por excelencia y de fibra poética, a los siete años se ensayó en versos místicos, que el ambiente reclamaba.

Y como el medio no era propicio a su mentalidad, buscó la manera de venir a México y entrar en su Universidad. Pero pretendía hacerlo disfrazada de varón. Este rasgo demuestra el ímpetu varonil de sus dotes naturales.

Los juegos infantiles no la atraían, estaba sedienta de ciencia y luz. Su potencialidad la inclinaba a cosas del espíritu.

Por el año de 1660 se estableció en casa de sus deudos. Su género de vida cambió. Allí se basta a si misma, fuerte y llena de energías que era. Modela su futuro, desde los primeros días, bajo el mandato de su sobria y austera voluntad.

La pequeña pueblerina pudo adaptarse a las exigencias del medio social de la Urbe. Era nacida para vivir la vida metropolitana.

Una vez en México halló inconvenientes para asistir a Cátedras universitarias; se recogió en sí misma y aprendió, entre otras cosas, el latín, idioma madre, y al lado del español, el portugués, lenguas de la Península.

Mujer precoz, su ingenio fué celebrado en los salones. Carente de timidez, el desenfado de sus modales le daba el dominio de su yo entre gentes del gayo saber.

Con fama de inteligente y de maneras civiles, y bastante ilustración para su corta edad, llegó al Palacio de los Marqueses de Mancera.

El favor y aprecio de ellos dió alas al vuelo que emprendía, en su Pegaso, a las cumbres del Olimpo. Que muchos de sus versos son del mismo corte clásico de poetas griegos y latinos.

Un día sometieron a prueba su ingenio. En la Corte hubo reunión de unos cuarenta hombres de letras para juzgar, por sí mismos, hasta dónde llegaban los pujos de la novel escritora que despuntaba en poetisa de gran vuelo.

Apenas contaba catorce años y ufana y vencedora salió de las manos de los concurrentes. A todos supo

contestar, dado sus conocimientos en diversas materias. Y por sus atinadas respuestas, llenó de admiración y asombro a sus oyentes.

Que fuera objeto de cortejos amorosos en la Corte, no cabe duda. Un ingenio de tan raros quilates, en una joven de encantos personales, forzosamente tuvo de tener adoradores.

Que sintiera las honduras pasionales, sus desdenes y hasta sus imposibles, cosa es esta que se descubre en sus versos. Están muy hondamente sentidos. Todo su raigambre de mujer filosófica, con un barniz de sentimiento, vibra en ellos.

Los pequeños devaneos que tuviera en la Corte, sin la edad suficiente para las grandes pasiones, una vez en el claustro crecieron y ella los vivió y los engrandeció.

Por eso en todas aquellas luchas de amor su inteligencia sabe manejar, diestramente, los dos factores principales de las tragedias amorosas en la mujer. La pasión que desea entregarse, y la voluntad que la sofrena.

La nota sensual no vibra en sus recuerdos, que no fué para vivida. El pensamiento hondo se sobrepone al sentimiento del corazón, porque Sor Juana, como mujer, no fué lúbrica ni sentimental, sino mera intelectual. La razón ilustrada es la que resuelve todos los motivos de sus magistrales composiciones, en defensa de la mujer, conquistada o comprada por el hombre, y luego vilipendiada por el mismo seductor o comprador.

Las lágrimas no bañan ni la ausencia ni la muerte del amado, porque en ambos casos son asuntos de su vehemente imaginación creadora.

A los quince años renunció a la Corte. No se avino

con ella. Su ansiedad de conocimientos humanos buscaba el claustro, no para la oración y penitencia, sino para la meditación y el estudio. No era el monjio que la llamaba, era la celda del filósofo la que ansiaba como puerto seguro a su inquietud intelectual.

En 1668 entró de novicia en el Convento de San Jerónimo. Al año siguiente profesó. Llegaba allí no por su misticismo, ni por amores contrariados, sino sedienta de ciencia y luz.

Naturaleza privilegiada la de Sor Juana. Comenta los problemas sexuales de la mujer, desde un punto de vista hasta donde pocas inteligencias han llegado.

Y no deja de ser femenina en sus versos. Sólo que sus sentimientos pasan por el tamiz de su talento y voluntad, disciplinados. Todas sus poesías no están a la altura de sus "Décimas" o de sus "Redondillas".

Salta a la vista que el ambiente no era propicio a versos realistas, moldeados en celda conventual. A la postre, cuando estaba en la plenitud creadora, tuvo de enmudecer aquella pluma de oro.

Si la fortuna material la hubiese acompañado, seguramente que su hogar habría sido un Parnaso, donde ella hubiera imperado como suprema musa.

Escribió cohibida, a hurtadillas, a despecho de las monjas y de la misma Sor Juana, como apunta acertadamente su biógrafo E. Abreu Gómez. Y no obstante dejó en sus poesías la defensa más humana, altísima, de los derechos de la mujer caída.

En este concepto pueden parangonarse, aquéllas, con las dos sentencias de Jesús: "Porque has amado mucho, te perdono", y "el que esté sin pecado, que tire la primera piedra".

Sin la exaltación mística de las posesas, su nu-

men se inspiraba no al pie del madero de Cristo, por más que se apellidó Sor Juana Inés de la Cruz, sino en las antiguas cumbres del Parnaso y del Olimpo.

Su celda fué centro de hombres de letras y de gentes del gran mundo social.

Monja dilecta tuvo a su cargo el archivo y contaduría del convento. En su Biblioteca particular, de unos cuatro mil volúmenes, había también instrumentos de física, de pintura y cuadernos de música.

El Obispo de Puebla en 1690 le aconsejó, en malhora para las letras americanas, que dejase la vena fluída de sus versos mundanos y se enfrascara en los místicos. Obedeció el mandato y la poesía mexicana perdió unas cuantas bellezas literarias, que se pudrieron en la tumba de la monja más brillante que hubo en los claustros de la Nueva España.

Desde 1691 enmudeció la Musa Americana al terminar la vida intelectual de Sor Juana Inés de la Cruz. Pues en sus cuatro últimos años no produjo nada clásico.

El misticismo la envolvió en parte. Todos los enseres de la escritora fueron a los pobres. Y se entregó a la oración, a despecho de ella misma. Hubo en su interior un renunciamiento de lo que ella era.

En esta crisis de su vida apareció una epidemia en la ciudad y Sor Juana a la cabecera de sus enfermos, como San Luis Gonzaga, se contagió del morbus. Y el 17 de abril de 1695 terminó su preciosa existencia la monja de San Jacinto. Tenía apenas 44 años de edad.

He aquí unos cuantos botones en flor, del jardín poético, de la Monja mexicana. En las "Décimas" donde analiza el amor que *nace de elección* y el *de influjo imperioso,* se expresa así: "El que a las pren-

das se inclina,—sin influjo celestial,—es justo que donde el mal—halle también medicina;—mas a aquel que le destina—influjo que le atropella— y no la estima por bella—sino porque se inclinó,—si su estrella le empeñó—vaya a cobrar de su estrella."

Para la lucha de la pasión femenina que se entrega gozosa, contra la voluntad que niega altiva la sumisión, tiene esta estrofa magistral: "Cuando fuera, amor, te vía—no merecí de ti, palma;—y hoy que estás dentro del alma—es resistir valentía.— Córrase, pues, tu porfía—de los triunfos que te gano,—pues cuando ocupas, tirano,—el alma sin resistillo—tienes vencido el castillo—e invencible el castellano."

En la ofrenda heroica que ofrece a la Virreina de México, hállanse estos originales cuartetos: "A Cortés y Pizarro—tiene en las cejas—porque son sus divisas—medias esferas.

César son y Pompeyo—sus bellos ojos,—porque hay guerras civiles—del uno al otro."

Al despedirse del amante que no tiene, pero que lo inventa su anhelo defraudado de mujer, entristecida clama: "Dame por prendas firmes—de tu fe no violada,—en tu pecho escrituras,—seguros en tu cara, —para que cuando baje—a las estigias aguas,—tuyo el óvolo sea—para fletar la barca.—

Y adiós, Fabio querido,—que ya el aliento falta— y de vivir se aleja—la que de ti se aparta."

En sus "Glosas", el cuarteto cuyos versos le sirvieron de final a sus décimas, es primoroso para explicar amores que nacen con la primer mirada: "Luego que te vi te amé:—porque amarte y ver tu cielo,— bien pudieron ser dos cosas,—pero ninguna primero."

En otro cuarteto semejante interpreta, en clásica factura, la frase castellana de no hay gusto sin dis-

gusto: "Si de mis mayores gustos—mis disgustos han nacido,—gustos al cielo le pido—aunque me cuesten disgustos."

En "Liras" llama al ausente que no obstante la distancia, como se queja muda, de sordo pueda escucharla: "Oyeme con los ojos,—ya que están tan distantes los oidos,—y de ausentes enojos—en ecos de mi pluma mis gemidos;—y ya que a ti no llega mi voz ruda,—óyeme sordo, pues me quejo muda."

Sus "Redondillas", sostienen un clásico valor especial, en esa tan femenina contradicción de darse y no darse. Que si la pasión la empuja violentamente a caer, la voluntad decidida la defiende de sí misma. Esa lucha secular del sexo al sexo queda expuesta así: "Si daros gusto me ordena—la obligación, es injusto—que por daros a vos gusto—haya yo de tener pena.—

Y no juzgo que habrá quien—apruebe sentencia tal:—como que me trate mal— por trataros a vos bien.—

Mas por otra parte siento,—que es también mucho rigor,—que lo que os debo en amor—pague en aborrecimiento.—

Y aun irracional parece—este rigor, pues se infiere—¿si aborrezco a quien me quiere—qué haré con quien aborrezco?"

Y luego agrega más sobre la eterna contradicción de la mujer enamorada: "En mi ciego devaneo—bien hallada con mi engaño—solicito el desengaño— y no encontrarlo deseo.—

Si alguno mis quejas oye—mas a decirlas me obliga,—porque me las contradiga—que no porque las apoye.—

Porque si con la pasión—algo contra mi amor digo,—es mi mayor enemigo—quien me concede razón."

Pero donde Sor Juana escaló las cumbres del clasicismo español, fué en la defensa que hizo de la mujer. Ya seducida por audaz cortejador o ya comprada por lúbrico mercader. Que ambos, a una, o la repudian o la maltratan, porque se entregó amorosa o porque traficó con su hermosura. Que las siguientes estrofas de una virgen de cuerpo y de alma, que tan hondamente se internó en la escabrosa materia, le han conquistado puesto de honor entre los grandes poetas castellanos: "Hombres necios que acusáis—a la mujer sin razón,— sin ver que sois la ocasión— de lo mismo que culpáis,—

si con ansia sin igual—solicitáis su desdén—¿por qué queréis que obren bien—si las incitáis al mal?—

Combatís su resistencia—y luego, con gravedad,— decís que fué liviandad—lo que hizo la diligencia.—

Opinión ninguna gana,—pues la que más se recata,—si no os admite, es ingrata,—y si os admite, es liviana."—

¿Cuál mayor culpa ha tenido,—en una pasión errada,—la que cae de rogada,—o el que ruega de caído?—

¿O cuál es más de culpar,—aunque cualquiera mal haga,—la que peca por la paga—o el que paga por pecar?—

Pues ¿para qué os espantáis—de la culpa que tenéis?—Queredlas cuál las hacéis—o hacedlas cual las buscáis."

JACULATORIA:

¡Potente Musa americana que desde el Olimpo de los inmortales fulges como astro de primera magnitud! ¡Ilumina a las hermosas de tu patria que estando a pique de caer en brazos del amante, puedan de-

tender sus cuerpos virginales de un gruto en bastardía!

¡Tú, que supiste, intelectualmente, de la lucha interna del espíritu y la carne aguijoneada por la pasión, conforma el ánimo de tus hermanas en un tris del pecado!

¡Que la entrega final sea una vez sellado el pacto, ante Dios y ante los hombres! ¡Porque la sociedad ha menester que sea legítimo todo acto humano! Amén.

México, D. F., Junio de 1943.

LII

LA VIRGEN DEL TEPEYAC

A Elena Alicia Chávez.

En la cumbre pedregosa llena de cactus y de espinos, donde los antiguos mexicanos adoraban a su diosa Tonantzin, hoy se levanta el culto cristiano de la Virgen del Tepeyac.

Los Virreyes, desde fines del siglo XVI, la visitaban antes de hacer su entrada triunfal en la ciudad.

La flor milagrosa brotó siendo fray Juan de Zumárraga el primer Obispo de México. Era vizcaíno y llegó a su obispado en 1528. Fué un celoso defensor del indio, contra los desmanes de algunos gobernantes.

Gestionó, con eficacia, la fundación de la Universidad, de la imprenta y de un Colegio en Santiago de Tlaltelolco.

Días antes de morir fué ascendido a Arzobispo de la Diócesis. Por Junio de 1548 terminó su fecundo ministerio en el espacio de 20 años.

Fué en diciembre de 1531 cuando el mazehuatl Juan Diego, indito de Cuautitlán, oyó voces al pasar cerca del Tepeyac. Iba a la misa de la Capilla de Tlaltelolco. "Juanito", le decían. Subió al cerro y sorprendido vió la aparición. La Virgen María ordena "al más pequeño de sus hijos" que vaya a la casa del Obispo y le diga: que desea ser venerada en esa cumbre, donde nacen mezquites y nopales."

Al punto salió a cumplir el cometido. En presencia

del Prelado le contó, con su simpleza rudimentaria, el hecho. Pero no se le dió cabida, como era natural. Al regreso de Juan Diego al Tepeyac, la aparición le renovó el mandato. Era el 9 de diciembre.

Al dia siguiente el indito habló de nuevo con la Virgen que le renovó el cometido. El Obispo, ante la sencilla relación de aquél, le mandó pidiera a la Virgen una señal de su deseo. Ante ella, le manifiesta lo que le pide el Prelado. Ven mañana, le respondió, y llevarás lo que te piden.

El martes, muy temprano, acudió Juan Diego a la cita. Extravió la ruta anterior porque iba de prisa, en busca de un sacerdote para su tío Juan Bernardino que se hallaba enfermo. Pero la Virgen le salió al paso y le habló de que su tío estaba ya en salud. Ahora sube al cerrito y allá cortarás unas cuantas flores, que las traerás aquí, donde te aguardo. Esta fué la tercera aparición.

En efecto, arriba vió rosales florecidos, cortó las rosas, las recogió en su manta y volvió con ellas. La Virgen le ordenó las llevara al Obispo, como señal de su deseo. Una vez ante el Sacerdote extiende su ayate, y al caer las rosas todos miran, sorprendidos, que en la rústica tilma de Juan Diego se veia la imagen de la Virgen María.

Tal la aparición y el milagro de las rosas que creó la leyenda piadosa a raíz de la conquista. Ningún acontecimiento más trascendental que éste, para la unión espiritual de las dos razas. La espada, en manos del conquistador, abrió la brecha y sometió el vencido al vasallaje. Pero el Sacerdote y el misionero, en nombre del Cristo en cruz, hablaron al indio sojuzgado de una religión consoladora, y lo hicieron por medio de una Virgen morena, como el indígena, y pintada en tosco ayate por las mismas rosas del Tepeyac.

El Obispo al punto fué al cerro, cerca de la ciudad, donde a poco se fundó la primera Capilla con la Adoración de la Virgen María de Guadalupe. La manta de Juan Diego, donde quedó impresa la imagen, fué llevada a la Iglesia Mayor. El ayate, el mismo que se venera hoy en la gran Basílica, fué tejido con la fibra del maguey. Que las mantas blancas, de algodón, las usaban los nobles. El del milagro son dos piezas cosidas con hilo y de un largo de unos 90 centímetros.

Son varios los documentos, de fuentes diversas, que confirman la tradición de lo acaecido, y fué hasta motivo de coplas populares, de aquel tiempo. En las mandas de testamentos hay cláusulas para las misas en la Iglesia Guadalupana.

Bernal Díaz del Castillo, el principal historiador de la conquista, habla de la devoción a la Virgen del Tepeyac. Otros escritores se han hecho lenguas del prodigio; los poetas han cantado su grandeza y sus milagros; el periodismo lo ha divulgado en sus columnas y la imagen ha sido estampada en múltiples lienzos de pintores.

El culto de la Virgen milagrosa de la conquista, que empezó en el cerrito de la antigua Tenochtitlán, donde se erigió la primera ermita, ha continuado sin interrupción hasta los más apartados rincones del suelo mexicano.

Allí reposan los restos de Juan Diego, del tío Juan Bernardino y del cronista del culto, Lasso de la Vega.

La ermita del Tepeyac fué sustituída por una Iglesia, adonde acuden en constante romería los creyentes. Inditos y mestizos nunca faltan con sus ofrendas.

Otra capilla, que es de construcción artística, cubre una vertiente donde se verificó una de las apariciones. Se llama la Capilla del Pocito, y es fuente viva del milagro que alimenta el alma de la creencia.

Para los marinos, desde su aparición, fué la guadalupana faro luminoso en las borrascas cuando surcaban los mares, rumbo a México. Ex-votos de carabelas lo atestiguan.

Una curiosidad fueron las posadas que permitió construir el Prefecto Isidro Saliñana en 1675, en nombre de los quince misterios del Rosario. Fué en la Calzada precortesiana que va de la que fué lacustre Tenochtitlán al Tepeyac. Se levantaron a expensas de los fieles. Es sensible que la incuria humana las haya dejado en abandono. Quedan pocas en pie y son ornato de la ciudad.

En artísticos nichos de algunas esquinas, hay hornacinas con imágenes de bulto de la Virgen.

Fray Andrés de Urdaneta y el Capitán López de Legazpi, que descubrieron vías marítimas, llevaron en el siglo XVI el culto guadalupano a las Islas de Los Ladrones y de Las Filipinas.

Las principales congregaciones religiosas, fundadoras de pueblos y los únicos que civilizaron a los salvajes indios, extendieron la religión y culto de la Virgen Morena por toda la extensión de la tierra conquistada.

Hasta en la célebre batalla de Lepanto donde la cristiandad detuvo al turco musulmán, el 7 de octubre de 1571, en la nave capitana había una copia de la Virgen del Tepeyac. La llevó un fraile amigo de D. Juan de Austria.

El culto de esta Virgen fué la fusión religiosa de dos pueblos, y por eso quedó como un símbolo viviente. El indígena que adoraba animales feroces les ofrecía, en cruentos altares, sacrificios de víctimas humanas. Y el español que traía una religión de misericordias, sólo quemaba inciensos y regaba flores, al implorar beneficios ante el ara del Hombre-Dios. Este en vida, predicó el amor y la piedad y al morir

crucificado como Apóstol, pidió a su padre el perdón de sus verdugos.

Entre los frailes que más dieron impulso a la propaganda del culto guadalupano está Fray Margil de Jesús. Figura constructora de pueblos y civilizadora de autóctonos. Viajero incansable por breñas, barrancales y faldas de los volcanes de México y Guatemala, que los atravesó a pie en diversas ocasiones.

Hoy la devoción guadalupana se ha extendido por muchos pueblos de la tierra. Y será con el tiempo un culto en toda la Cristiandad.

Siendo Vizarrón y Eguiarreta Arzobispo de la Nueva España, una terrible epidemia azotó la ciudad. En tan criticas circunstancias acudieron a la Virgen del Tepeyac. Y logrado el beneficio convinieron, las autoridades eclesiásticas y civiles,, erigirla en Patrona de la ciudad. La Jura se verificó el 27 de Abril de 1737. Y resolvieron además que el 12 de diciembre, día de las apariciones a Juan Diego, sería celebrado en todo México.

En seguida se dirigieron a todas las provincias solicitando su adhesión. En consecuencia, obtenidas las respuestas afirmativas se declaró, el 4 de diciembre de 1746, por Patrona de los Reinos de Nueva España, Guatemala, Nueva Galicia y Vizcaya. Y el 12 del mismo mes, en el Santuario de la Guadalupe, se hizo la Jura pública y solemne.

El Sacerdote Jesuíta Juan Francisco López, de origen venezolano, solicitó en Roma del Santo Padre que confirmara el Patronato. Y al contemplar la hermosa imagen, pintada por el ilustre mexicano Miguel Cabrera, exclamó Benedicto XIV: "Non fecit taliter omni nationi".

Años más tarde de la reunión de un Cardenal, quince Arzobispos, cincuenta y cinco Obispos, tres Vicarios y otros Prelados de las Américas, partió la

solicitud a la Santa Sede para que se declarase Patrona del Nuevo Continente. En efecto, el Santo Padre, el 24 de agosto de 1910, la concedió. La solemne ceremonia tuvo lugar en la Basílica de San Pedro en diciembre de 1933.

En esos malos tiempos la impiedad religiosa había pretendido destruir la religión de la Patrona de México. Unos cuantos, ignorantes de suyo y torpes en demasía, obedeciendo órdenes de extranjeros amos, destruyeron templos, capillas y monasterios, que eran riqueza y ornato de la Nación mexicana.

Por los años de 1735 vino a México el italiano Botturini, intelectual activo que reunió rica documentación guadalupana. Con ella trató el empeño suyo de la coronación de la Virgen. Fracasó en él como extranjero en México sin pasaporte legalizado. Pero la idea quedó en sus publicaciones. Y el 12 de octubre de 1895 se llevó a cabo la Coronación en la Colegiata. El Santuario tenía este nombre desde 1725. La Corona, fabricada en París, es una joya artística y de gran valor. Todo fué de regalos piadosos.

En otros pueblos de Europa y de América, se ha verificado cosa igual: La Santa Sede en 1572, bajo el Pontificado de Gregorio XIII hasta los tiempos presentes, ha concedido privilegios espirituales a las devotas almas del culto guadalupano.

Este se halla hondamente encarnado en el organismo nacional. Desde su aparición, ella es todo en México. En la fusión religiosa de españoles y de indios, que dió por resultado la nacionalidad mexicana fundada en los troqueles del Conquistador Cortés, la Virgen del Tepeyac es el símbolo.

Y su nombre es invocado, con cariño filial, desde los míseros jacales del indígena hasta el Palacio de los Virreyes. Por eso en la alborada de la Independencia los conjurados de 1799, llevaron en sus ori-

flamas de rebeldes insignias guadalupanas. Y cuando sonó el Grito de Dolores, el 16 de septiembre de 1810, el Cura Hidalgo al frente de los atumultuados parte a San Miguel el Grande a organizar la insurrección. Pero al pasar por el Santuario de Atotonilco entra en él, agarra el lienzo de la guadalupana y lo entrega a uno de sus inditos.

Desde ese momento físico la imagen de la Virgen será el estandarte de las tropas republicanas.

Desaparecido Hidalgo lo reemplazan los Curas Morelos, Matamoros y otros y el oriflama religioso continúa cubriendo las huestes revolucionarias.

Simón Bolívar, Libertador de Colombia, que seguía los pasos de los insurrectos mexicanos, dice en su ostracismo en 1816: "Felizmente, los directores de la independencia de Méjico se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas; invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esa imagen en Méjico es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta."

El oficial realista D. Agustín de Iturbide luego de proclamarse Emperador, crea la Orden Imperial Guadalupana en 1822. Y cuando abdica tristemente, por no ser un Caudillo, lo hace ante el altar de la Patrona mexicana.

El Presidente Antonio López de Santa Anna, uno de los hombres más funestos de la historia de México, dejó al pie de los altares de la Guadalupe el mismo estandarte que flamearon victoriosos, antes de ser traicionados, los Curas Hidalgo y Morelos. Fué el año de 1853.

Los Juárez y los revolucionarios comunistas que atacaron el culto, y despojaron de sus bienes al Clero mexicano, fueron, indudablemente, contra los mismos intereses de la patria.

No así el Emperador Maximiliano que, como hombre de gran cultura, favoreció de todas veras el culto de la Patrona de México. Y era un extranjero.

Los partidos nacionales en sus luchas de bandería, pero sin la destrucción ni rapiña de los bienes clericales, han acudido siempre ante la Virgen Morena en demanda de sus auxilios.

Cuando vino la reacción contra la Dictadura de D. Porfirio Díaz, el Jefe D. Venustiano Carranza, firmó el "Plan de la Guadalupe" y paseó su grímpola revolucionaria por los ámbitos de la ciudad. D. Porfirio, no obstante su sistema de gobierno, hizo grandes beneficios a la Nación. Fué un fervoroso guadalupano.

La Iglesia de la Guadalupe fué dedicada solemnemente en 1709 y consagrada, como Colegiata, en 1750. Desde entonces las reconstrucciones han continuado hasta llegar a la Basílica de hoy. Esta es una de las más soberbias que cuenta la Cristiandad, y acaso la más bella del Continente de Colón.

Después de una labor incesante, costeada por todos los fieles, menos los infieles del saqueo, se terminaron los artísticos trabajos y fueron inaugurados el 12 de octubre de 1938. El 12 de octubre de 1941, ya en gobierno sensato y de reparaciones nacionales, presenció México las solemnes ceremonias del 46º aniversario de la Coronación de la Virgen como Patrona de América. Fueron presididas por el Arzobispo de México, Dr. D. Luis María Martínez. Prelado lleno de merecimientos y virtudes cristianas, de ilustrada inteligencia y orador persuasivo en su elocuencia sagrada.

En ese día en la artística baranda de hierro fundido, que rodea la Basílica de la Guadalupe, se izaron las veintiuna banderas de los países americanos.

Fué insinuación que hizo en el Cuerpo Diplomático el Sr. Manuel Arocha, que desempeñó ostentosamente el cargo de Ministro de Venezuela en México.

Al suscrito le tocó, como historiador venezolano, izar la tricolor bandera mirandina, que es la de su Patria.

JACULATORIA:

¡Virgen Morena que al nacer entre rosas en el rocoso Tepeyac, fuiste para el indígena atribulado su amparo y su defensa!

Y el indito Juan Diego, el más humilde del Anáhuac, fué el símbolo de la fusión religiosa del vencedor civilizado con el vencido bárbaro y salvaje.

¡Virgen del Tepeyac, todavía tus inditos permanecen en suma ignorancia. Que la revolución comunista, no benefició al indio!

¡Virgen Morena, ampara a tus hijos los labradores del campo y los obreros de fábricas, contra esa epidemia de Líderes, secuela de la Revolución! ¡Que ya el comunismo que destruyó en gran parte la riqueza nacional, pretextando el bienestar del campesino, acaba de morir como doctrina internacional!

¡Inspira al Hombre-Estado que encarne la grandeza de México a fin de que construya, pero en verdad, escuelas de letras y de labores en los campos, caseríos y pueblos de la República! De ese modo práctico el indio fabricará su propia casa, con todos los enseres, hábil como es, y así abandonará el mísero jacal.

¡Inspírale también este útil pensamiento: llevar la

inmigración europea al cultivo de los campos, y no dejarla en las ciudades. Allá, junto al nativo, será factor de aprendizaje, y así saldrá de su atraso secular!

¡Que ese Hombre-Estado, con miras de Administrador y sin los vicios de la política, pero con puños de varón, tenga para homicidas y ladrones una Penitenciaría, como la de San Paulo en el Brasil. O si no una silla eléctrica, de viaje rápido, al estilo de la Gran Nación del Norte, que será mañana la primera del mundo!

¡Que tu culto, como Patrona de América, sea extendido por todos sus pueblos, especialmente en Venezuela. Donde su Clero, que tiene Sacerdotes de ejemplar virtud y de cultivada inteligencia, lo hará con eficacia!

¡Que tu influjo benéfico que inspira obras útiles, anime a los hombres de Venezuela a que sus propósitos de gobernantes, sean acciones realizadas en pro de la comunidad!

¡Virgen Morena de Guadalupe, protege con tu manto imperial, en todos los actos de su vida de mujer, a la pequeñuela hija del suplicante! ¡Que si tuvo la emoción sagrada de recibir en los altares de tu Basílica Suntuosa, el pan eucarístico por vez primera, debes ampararla como a hija tuya; por todos los siglos de los siglos! Amén.

Vicente DAVILA.

México, D. F., Junio de 1943.

BIBLIOGRAFIA

OBRA DEL SACERDOTE JESUITA JUAN CROISSET.—En 12 tomos.—Traducida por el Padre José Francisco de Isla.—Madrid.—Año de 1818.

LA SANTA BIBLIA.—De Torres Amat.—La Vulgata Latina.—De San Jerónimo.—2 tomos.

MI VIDA, por la Madre Francisca Josefa del Castillo.—Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.—Bogotá.—1942.—Ordenada la reimpresión por D. Germán Arciniegas, Ministro de Educación Nacional.

REPERTORIO BOYACENSE.—Organo del Centro de Historia de Tunja.—Núm. 127.—Agosto de 1942.—Escrito de D. Ramón C. Correa.

CLASICOS DE MEXICO.—Sor Juana Inés de la Cruz.—Ediciones de Botas.—Año de 1940.—México, D. F.

ALBUM DEL IV CENTENARIO GUADALUPANO.—Obra recopilada por D. Antonio Pompa y Pompa, Secretario de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate".—Publicada en México, D. F. en 1938.

POESIAS COMPLETAS de Salvador Diaz Mirón, 1876-1928.—Porrúa Hermanos y Cía.—1941.—México, D. F.

INDICE

Págs.

Prólogo 5
Ofrenda 9

— — —

I.—El Estilita 12
II.—La Angélica 16
III.—El Hospitalario 20
IV.—La Limeña 24
V.—La Palermitana 28
VI.—El Solitario 31
VII.—El Mantuano 34
VIII.—La Pecadora 38
IX.—El Grande 42
X.—La Egipciaca 45
XI.—El de la Calzada 48
XII.—La Heroina 52
XIII.—El Paduano 56
XIV.—La Clarisa 59
XV.—El Protector 63
XVI.—El Nazianceno 67
XVII.—La Artista 71
XVIII.—El Arquitecto 74
XIX.—El Florentino 78
XX.—La Siracusana 80
XXI.—El Cenobiarca 82
XXII.—La Húngara 85
XXIII.—El Extático 89
XXIV.—La Sierva 92
XXV.—El Biblico 95
XXVI.—El Calabrés 99
XXVII.—La Desolada 102
XXVIII.—El Mortificado 104
XXIX.—La Africana 107

Págs.

XXX.—El Jugador 110
XXXI.—La Lusitana 113
XXXII.—El Convertido 115
XXXIII.—El Predicador 118
XXXIV.—La Paralítica 121
XXXV.—El León Alado 124
XXXVI.—El Desollado 127
XXXVII.—La Portuguesa 130
XXXVIII.—El Simple 133
XXXIX.—El Emparrillado 136
XL.—El Jesuita 139
XLI.—El Doctor Iluminado 144
XLII.—El Silenciario 149
XLIII.—Eufrosina 153
XLIV.—El Alejandrino 157
XLV.—El Estilita Menor 161
XLVI.—Los Biothanatos 164
XLVII.—La Copa de Gloria 167
XLVIII.—Plegarias 172
XLIX.—Decálogo de Renunciaciones 179
L.—La Monja Tunjana 182
LI.—La Monja Mexicana 188
LII.—La Virgen del Tepeyac 197
Bibliografía 207

Este libro se empezó a imprimir en los Talleres
de la Cooperativa, "Imprenta Manuel León
Sánchez", S. C. L., de la Ciudad de
México el día 25 de mayo de
1943, y se terminó el día 28
de junio del mismo año.

Obras del Autor:

1.—**VERDADES.**—Artículos político-sociales. Año de 1900.
2.—**PROCERES MERIDEÑOS.**—Biografías de algunos Ilustres Próceres de la antigua Provincia de Mérida. Año de 1918.
3.—**JACULATORIAS.**—Biografías místico-paganas de Santos. Año de 1919. Segunda edición. Año de 1925. Tercera edición. Año de 1943.
4.—**PROCESES TRUJILLANOS.**—Biografías de casi todos los Ilustres Próceres de la antigua Provincia de Trujillo, con un extenso Arbol Genealógico de los Briceños y otro de los Pachecos. Año 1921.
5.—**LOS COMUNEROS DE MERIDA.**—Estudio de Recepción en la Academia Nacional de la Historia, como Individuo de Número.—23 de julio de 1922.
6.—**BOLETIN DEL ARCHIVO NACIONAL.**—15 tomos de Indices de varias secciones, con 384 páginas cada uno, correspondiente a los años de 1923 a 1933, y 32 páginas de bibliografías hispano-americanas. Cada tomo son 4 boletines.
7.—**INVESTIGACIONES HISTORICAS.**—Estudio de documentos inéditos y crónicas de la Conquista, de la Colonia y de la Independencia y varios discursos. Con un Indice alfabético de los nombres que en él figuran. Año de 1923. Tomo II, Año de 1927.
8.—**DICCIONARIO BIOGRAFICO.**—Tomo I. Contiene 1,046 biografías de Ilustres Próceres de la Independencia Sudamericana, desde la letra A hasta la M. Año de 1924. Tomo II. Contiene 695 biografías de Ilustres Próceres de la Independencia Sudamericana, desde la letra N hasta la Z. Año de 1926.
9.—**ACCIONES DE GUERRA.**—Cuadro de éstas en Venezuela durante la Independencia, de 1806 a 1824, con un Mapa que señala, en las Provincias respectivas, el sitio del combate.
10.—**DON SANCHO BRICEÑO.**—Contiene el Arbol de los Briceños, cuatro veces Centenario. Y su monumento en la ciudad de Trujillo. Año de 1927.
11.—**ENCOMIENDAS.**—Tomo I. Contiene las hojas de servicios de los Conquistadores en la antigua Provincia de Caracas. 1927. Tomo II. Hojas de servicios de los Conquistadores en el Occidente de Venezuela, 1930.
12.—**BOLETIN DEL ROTARY CLUB DE CARACAS.**—3 números, de Enero de 1927 a Enero de 1928. Con la relación de sus 72 Conferencias sobre el ahorro.
13.—**INDICE DEL ARCHIVO DEL GRAL. MIRANDA.**—Presidente de la Comisión. Año de 1927.
14.—**ARCHIVO DEL GRAL. MIRANDA.**—Publicación de 14 tomos de 1927 a 1933. Cada tomo tiene unas 500 páginas con prólogo, resumen de lo más esencial en Miranda y con los Indices de materias y de nombres propios.
15.—**BIOGRAFIA DE MIRANDA.**—Folleto de 5,000 palabras. Año de 1933.
16.—**LABORES CULTURALES.**—Con 36 Capítulos sobre Escuelas, Dictaduras, Reclamaciones del Táchira y hoja de servicios del autor. Año de 1936.
17.—**DESTRUCCION DE PREGONERO.**—Por orden del bárbaro Presidente del Táchira, Eustoquio Gómez. Año de 1936.
18.—**PROBLEMAS SOCIALES.**—Tomo I. Santiago de Chile, 1939. Tomo II, en México, D. F. Año de 1942.
19.—**BOLIVAR INTELECTUAL Y GALANTE.**—México, D. F. Año de 1942.